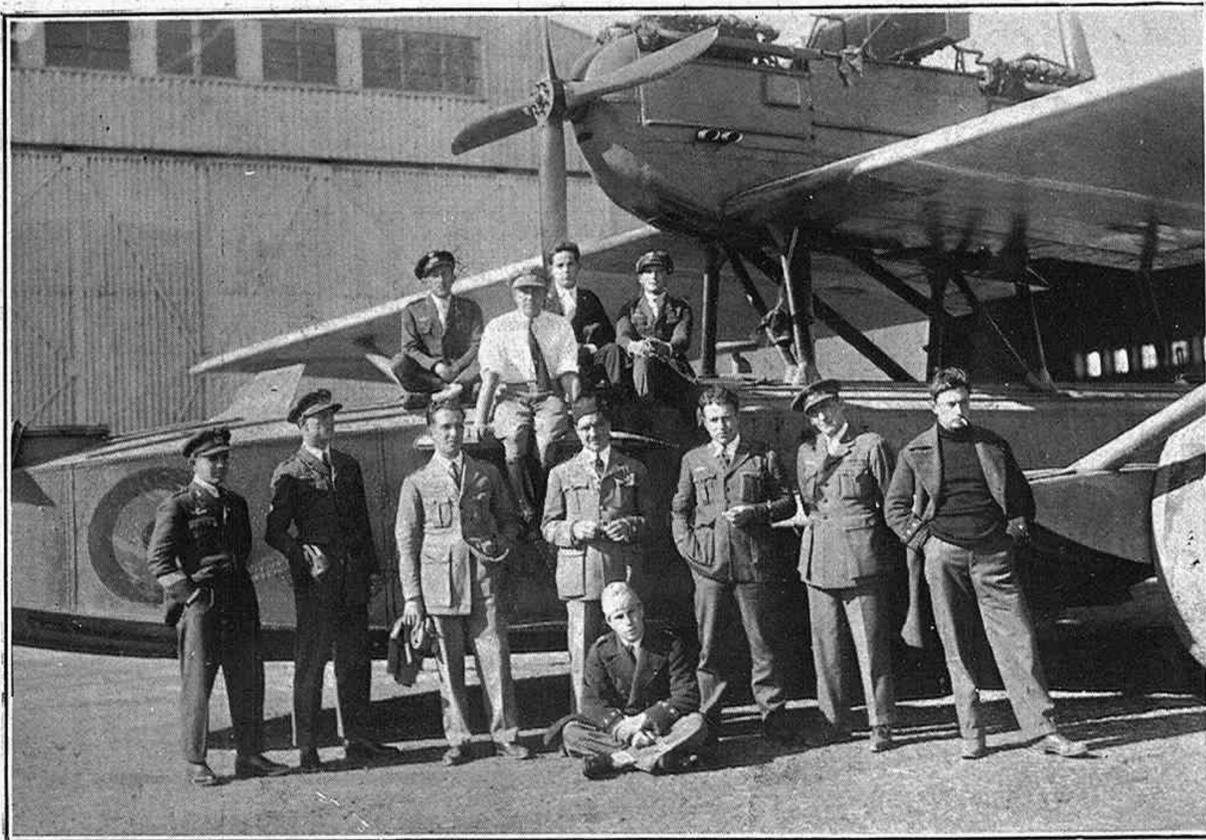


## UNA GRAN BODA EN MÉJICO

Natalia Elías Calles, hija del insigne estadista don Plutarco Elías Calles, que hoy preside la República de Méjico y es la figura política más importante de las dos Américas y tal vez del mundo, en el momento de firmar el acta de su matrimonio con D. Carlos Herrera, ceremonia que tuvo lugar en el Palacio de Chapultepec

(Fot. Vidal)

*Natalia Elías Calles  
y Carlos Herrera*



La tripulación de la escuadrilla «Atlántida»: En el centro, el comandante D. Rafael Llorente, jefe de la expedición



Volando sobre el Marruecos francés.—Vista general de Casablanca

## EL GLORIOSO VIAJE DE LA ESCUADRILLA "ATLÁNTIDA"

### UNA CHARLA CON EL JEFE DE LA EXPEDICIÓN

#### EL «CLAVILEÑO» ABUELO DEL HIDRO

SIEMPRE, ó casi siempre, responde el fruto á la sementera. El que tira en el surco vileza, recoge ignominia, y el que siembra heroicidad, recoge gloria. En estos tiempos prosaicos y chapuceros en que vivimos, de individualidades encogidas y rastreras, tonifica y ensancha el ánimo estrechar la mano de estos hombres que buscan los caminos del cielo cabalgando sobre los lomos de máquinas estrepitosas. Si amas la tierra, tierra eres; y si amas el cielo, cielo eres, dice San Agustín; y el aviador, caballero del infinito, ama el espacio, como la mariposa la luz. Este héroe ha desahuciado á los inquilinos milenarios de las alturas, el águila y el cóndor.

Montado en su vocinglera maquinita, hiende el aire, y se abre camino por el espacio, donde hay también trochas y encrucijadas peligrosísimas. El vuela sobre las altísimas montañas, los lagos tenebrosos y por encima de los bosques inexplorados; roza los tajos profundísimos, y deja una manchita de sombra sobre la lámina de los grandes y misteriosos ríos, ó sobre los mares de arena del desierto. Y tienen estos señores del aire un precursor magnífico y de limpia prosapia: don Quijote. El Caballero de la Triste Figura quiso también volar, y dejó á su flaco y resfriado Rocinante por las ancas duras y esquinadas del Clavileño. Y en su caballo de madera se elevó el hidalgo hasta las nubes, entre las risotadas de la plebe zafia y aldeana, que no comprendía la

grandeza del héroe, y que no ve, con su espíritu chato y miope, en la fantasía de hoy la realidad de mañana.

EL «RAID» Á GUINEA. «UNO PARA TODOS Y TODOS PARA UNO». DIECINUEVE MIL KILÓMETROS DE VUELO. LAS ETAPAS. COMO VIEJOS CABALLOS. UNAS PALABRAS DE FRANCO

Los héroes de la «Atlántida» acaban de llegar á Madrid. Sentados en este sillón blando y muelle, yo oigo la charla amena, la palabra fácil y entonada del jefe de la escuadrilla, el comandante D. Rafael Llorente. La «Atlántida» ha hecho el peligroso y magnífico *raid* á Guinea, y sus autores han conquistado su derecho á un jirón de gloria. Unos hombres bravos, animosos y fuertes, han llevado á nuestras lejanas colonias un saludo de España. El jefe de la expedición, don Rafael Llorente, cuya faz está ennegrecida por el aire y el sol, me dice:

—La dotación de la escuadrilla de hidros la «Atlántida» era de doce hombres. Un jefe, siete oficiales, un sargento, encargado de la radio, y tres mecánicos. Yo estoy encantado de la disciplina, unión y concordia que ha reinado en el vuelo. Mis compañeros se han portado como buenos, haciendo honor al lema de la patrulla: «Todos para uno y uno para todos». ¿Y los mecánicos? ¡Han hecho maravillas!

—¿Cuántos aparatos, comandante?

—Tres. El «Andalucía», que piloteaba el capitán Jiménez; el «Cataluña», cuyo jefe era mi hermano, y el «Valencia», que guiaba yo.

—¿Cuántos kilómetros han hecho de vuelo?

—El viaje de ida es de 7.500, y otros 7.500 de vuelta; pero hemos hecho, en conjunto, 19.000, pues hemos volado por todo el territorio de Fernando Poo, la Guinea española, y hemos dado un «paseito» al Kamerún (hoy francés), llegando hasta la línea ecuatorial.

—¿Y etapas?

—Melilla á Casablanca, Las Palmas, Port-Etienne, Dakar-Konakry, Monrovia, Grand-Bassan, Lagos y Santa Isabel de Fernando Poo.

—¿Cuántos motores llevaba cada aparato?

—Dos de 360 caballos cada uno.

—¿Se han portado bien los hidros?

—Bien, sí; bien—arguye rápido—. El que menos averías ha tenido en el motor ha sido el mío. Los motores han «rechinado», se han portado bastante mal. Pero, aun á regañadientes, han hecho el viaje. Los aparatos que hemos llevado son máquinas ancianas, de bombardeo, cansadas de luchar en la guerra, como los viejos caballos llenos de mataduras. Nadie creía en nuestra vuelta.—Sonríe Llorente y añade: —Franco me decía: «No seas tonto, no seas tonto, que no llegas; y si llegas, no vas á poder volver.» Y aquí estamos.

—¿Qué recorrido pueden hacer de una vez esos hidros?

—El radio de acción de los aparatos de la «Atlántida» es de mil kilómetros, y de Casablanca á Canarias hay 880.

—¿Han ocurrido incidentes en el aire?

—Yo—dice Llorente—, llevaba junto al mío los dos aparatos de la patrulla, y por medio de señales decía: «formar», «romper filas». Llegábamos á los pueblos de etapa formada la escuadrilla en cuña. En Casablanca se acercó á mí uno de los aparatos, y me dijo: «Avería pequeña; puedo continuar.» Yo «despegué» y me radió otra vez: «Sigo lo mismo; puedo continuar.»

En Casablanca nos cruzamos con los aparatos del Uruguay. ¡Buenas máquinas! ¡Se me iban los ojos detrás de ellas! ¡Con esos aparatos se «come» uno el mundo!

Y Llorente sonríe con ingenuidad, como un chico que recuerda un bonito juguete.

—Pues los «cacharros» de la «Atlántida» se han portado maravillosamente, comandante.

—¡Hombre, muy bien, muy bien!

—El viaje habrá sido trabajosísimo.

—La carga de los aparatos, sobre todo, es pesadísima, y todos los de la patrulla ayudábamos á los mecánicos. En eso se nos iba la tarde y la noche en los sitios de etapa. Una vez alojados, nos íbamos á dormir. Nos levantábamos temprano á preparar los aparatos, y ¡al aire!

—¿Qué comían ustedes?

—Plátanos cuando los había, y algún *foie-gras*...

EN LA LIBERIA. LOS MINISTROS ROS Y SUS MUJERES. UN BAILE DE CORTE

—¿Un cigarrillo?—nos pregunta Llorente rompiendo la boca de una cajetilla.

Irradia este hombre llaneza y simpatía. Cuando sonrío destaca la blancura de sus dientes en su faz tostada. De vez en vez rompe el hilo de la charla para hacernos constar que el éxito es de toda la patrulla «Atlántida». Todos han aportado su talento y esfuerzo, ¡todos!

—¿Han sido ustedes bien tratados?

—Sí, magníficamente. En Konakry (Senegal francés) nos recibieron con mucho entusiasmo. Nos llevaron a un casino muy bueno que tienen; nos obsequiaron con champán, y al entrar nosotros tocaron al piano la *Marcha Real* y la *Marsellesa*. Hubo discursos y abrazos. En Lagos, capital de la Nigeria inglesa, los españoles residentes allí nos tienen un gran afecto, y nos hicieron un recibimiento entusiasta. Y lo más halagüeño para nosotros es que los negros de la costa se han dado cuenta que los primeros aviadores que han llegado a sus campos son españoles, y esto contribuye a que aumente el prestigio y el buen nombre de España entre esas tribus y pueblos.

¿Y en Liberia? Liberia (Monrovia) es una República de negros, independiente, bajo el protectorado norteamericano. Todos los ministros son negros, excepto el ministro de Hacienda, que es norteamericano. Al llegar nosotros no pudimos comer, ni lavarnos. No estaba en el pueblo el cónsul español, y un «moreno», costroso y sucio, nos subió a una buhardilla del consulado, donde estábamos como sardinas en barrica. Allí dormimos acompañados de los bichos y salamandras que corrían y se deslizaban por la pared. ¡Un desastre!

El Gobierno negro acordó celebrar algunos festejos en honor de la «Atlántida», y nos dió un baile, adonde acudió lo más granado y lo más negro de la República.

Había *jazz-band* y vinos. Mis compañeros bailaron con las «damas» más distinguidas, y yo tuve el honor de bailar con la señora del Presidente, y luego con la del ministro de la Guerra. Agarrado a aquellas mujeres negras, gordas como toneles, chatas y sudorosas, yo me acordaba lo bien que se está en el aire. Mis compañeros también pasaron lo suyo. Yo veía la cara de los oficiales de la «Atlántida» tapada por los enormes y monstruosos labios de las mujeres indígenas.

—¿Cómo visten las mujeres?

—Se tapan con unos trajes de colcha rameados, y llevan junto a la oreja, como pegados con goma, unos sombreritos ridículos.

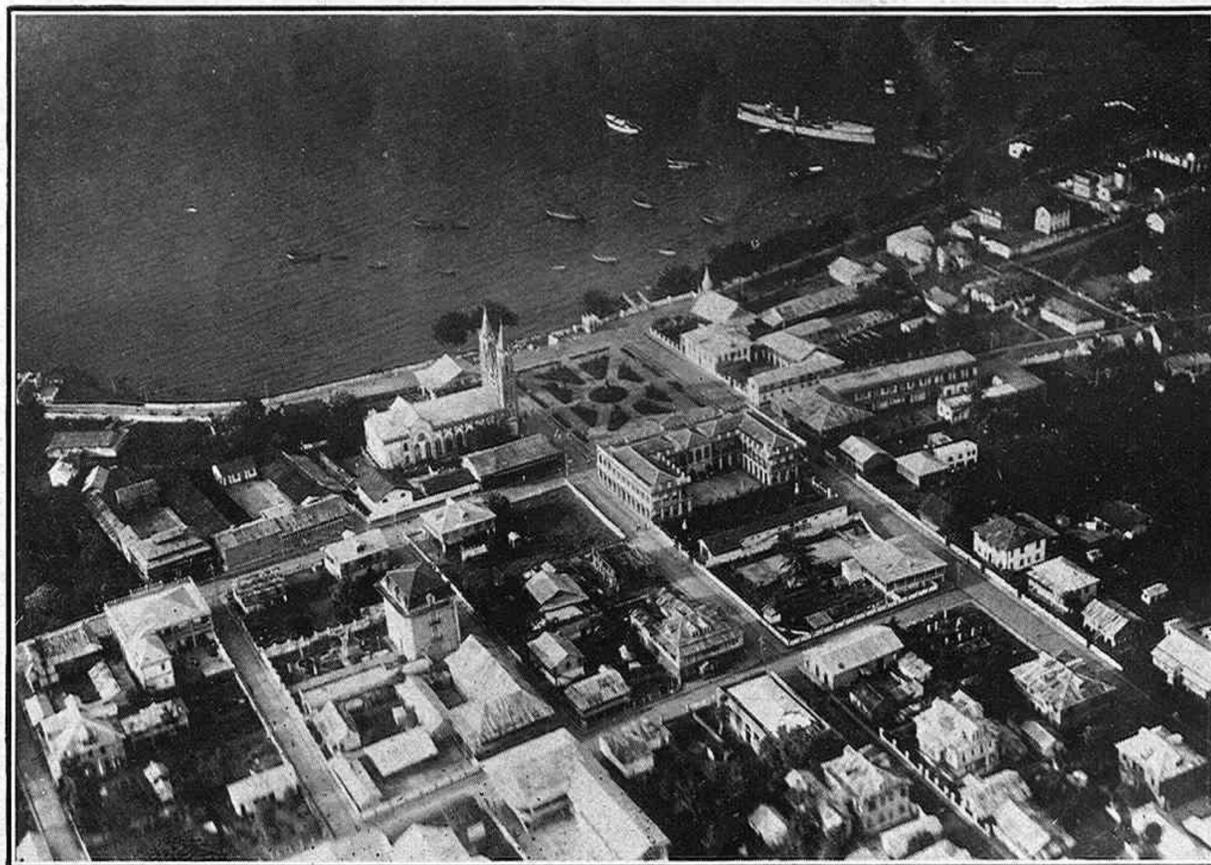
LA GUINEA ESPAÑOLA, PAÍS DE ENSUEÑO. EN LOS ALEDAÑOS DE LOS BOSQUES VÍRGENES. LA AVIACIÓN EN FERNANDO POO Y EN CANARIAS. LAS NUEVAS HAZAÑAS

—En Fernando Poo nos hicieron un recibimiento espléndido, magnífico—agrega el comandante después de una pausa—. Allí se quiere y se ama a España, y se trabaja, y se hace una labor digna de todo elogio, por el gobernador y el elemento oficial. ¡Qué magnificencia y qué riqueza la de aquella naturaleza tropical! Marea la orgía de luz y de exuberancia vital de aquella colonia. La Guinea española es todavía algo de ensueño. ¡Aquellos bosques que no puede pisar el hombre! ¡Aquellos ríos maravillosos, inexplorados, cuyas aguas pasan bajo millones de plantas y árboles seculares! Para llegar a los aledaños de aquellas selvas vírgenes, hay que ir precedidos por una pandilla de negros que van abriendo camino con palas, espichas y hoces, rompiendo la fuerte muralla de la maleza. Así, por este boquete ó trocha, se puede uno internar unos kilómetros, muy pocos, cinco ó seis al día. Y este camino, abierto a golpes de azada ó cuchilla, á la semana está otra vez tapado por el ramaje. ¡Qué tierra más fecunda y admirable! ¡Y hay que quedarse a las puertas de aquellos bosques maravillosos!

Fernando Poo necesita la aviación, como imprescindible elemento colonizador. Sólo por el aire se puede llegar a descubrir lo que hay «detrás», explorar aquellos terrenos que tapa una vegetación ubérrima. Con unos hidros se podrá



En vuelo sobre el Senegal.—Vista general de San Luis



La «Atlántida» en Santa Isabel.—Vista parcial de la ciudad. En el puerto, á la derecha del buque de guerra «Cánovas del Castillo», los hidros de la escuadrilla, fondeados

salir de los grandes ríos y reconocer lo que hay en los lados, y con aparatos terrestres meterse en el interior y hacer el plano perfecto. Y se puede establecer asimismo, por el aire, la comunicación entre la isla de Fernando Poo y el continente de la Guinea española. También se podría crear una línea aérea, regular, con nuestra Guinea, que luego por propio impulso seguiría hasta América.

En esas costas hay unas luchas muy grandes por el predominio, no sólo por las riquezas de esos países, sino porque es la futura ruta, el camino del porvenir para América.

—¿Qué tropas tiene allí España?

—Dos compañías de negros, dirigidas por clases y oficiales de la guardia civil. Están muy bien. El indígena de Fernando Poo, el negro, es abúlico, y carece de naturaleza guerrera. No tiene el espíritu acérrimo y rebelde del moro.

En Fernando Poo hay un problema de falta de brazos. La creencia que existe de que todo el que va allí se muere víctima de las fiebres, ahuyenta el oleaje emigratorio. Ni es verdad eso, ni

lo es tampoco el que al llegar allí, á los dos días, está uno rico. Otra necesidad, pero... ¿le estoy cansando á usted?

—¡No, señor Llorente!

—Pues verá usted. Las islas Canarias, esos españoles trozos de tierra española, necesitan también aviación para sus comunicaciones entre las islas, y llevarla luego á las costas de Africa y establecer la comunicación con España. En Canarias quiere esto todo el mundo. Esos caminos que abren los aparatos en el aire acercan á los pueblos y á los hombres.

—¿Tiene usted algún nuevo proyecto, comandante?

—No. Hay que dejar paso á otros. Tenemos un semillero de pilotos inteligentes y audaces, dispuestos á emprender todos los días nuevas hazañas. Se ha despertado entre nosotros un fuerte espíritu de emulación y de superación, que se traducirá en proezas que darán gloria á España. Y alargándome la cajetilla, insiste, amable:

—¿Quiere usted un cigarrillo?

JULIO ROMANO



### La vida literaria

Las lenguas regionales en la Academia Española. 1, don Ramón Cabanillas, y 2, don Armando Cotarelo Valledor, elegidos académicos por Galicia; 3, don Julio de Urquijo, y 4, el Padre Rurrección Azcué, académicos por las Vascongadas; 5, Don Eugenio d' Ors, y 6, don Antonio Rubió y Lluch, académicos por Cataluña; 7, el Padre Luis Fullana, académico por Valencia; 8, Mosén Lorenzo Riber (Roque Guinart), académico por las Baleares

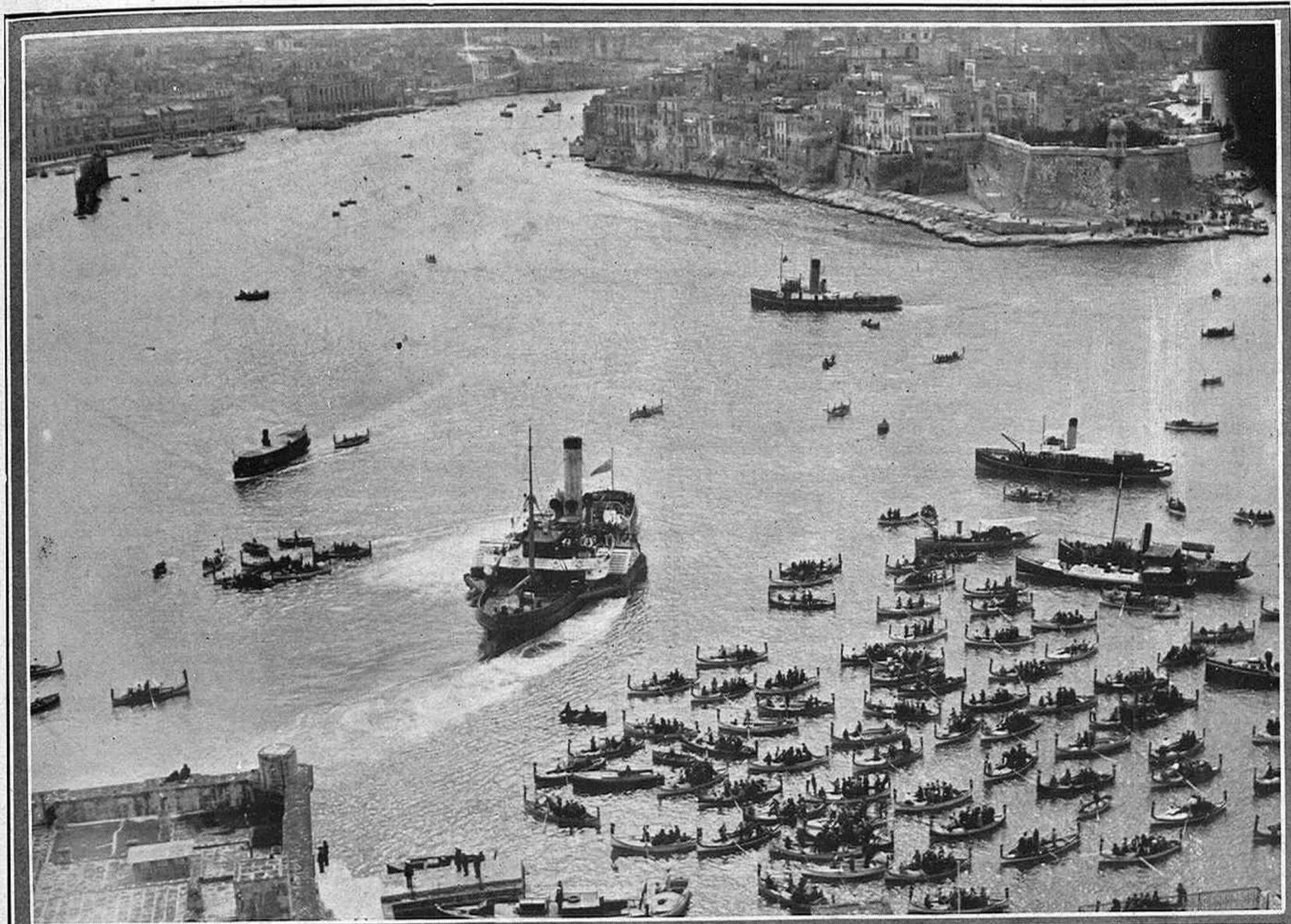


El Premio Nacional de Literatura. De izquierda á derecha, don Wenceslao Fernández Flórez, doña Concha Espina y don Ramón Pérez de Ayala, entre quienes se distribuirá el Premio Nacional de Literatura, correspondiendo 5.000 pesetas al Sr. Pérez de Ayala por su novela «Tigre Juan», 3.000 pesetas á la señora Espina por su novela «Altar mayor», y 2.000 pesetas al Sr. Fernández Flórez por su novela «Las siete columnas»

Los  
extraor-  
dinarios  
fune-  
rales  
del  
gober-  
nador  
de  
Malta

Sir Walter Congreve, gober-  
nador de  
Malta, que era  
un ferviente  
del yachting,  
había dispu-  
esto en su testa-  
mento que se  
le diera sepul-  
tura en el  
mar, frente a  
la costa de la  
isla cuyo go-  
bierno desem-  
peñó. Al morir  
recientemente  
Sir Walter  
Congreve, las  
autoridades de  
Malta y los  
herederos del  
gobernador  
fallecido se  
ajustaron a tal  
disposición.  
En estas foto-  
grafías apare-  
cen dos esce-  
nas del extra-  
ordinario fune-  
ral: el momen-  
to en que el  
remolcador  
«Chrysanthe-  
mum», llevan-  
do a bordo el  
ataúd, se diri-  
gió al lugar  
indicado para  
la inmersión;  
y sobre la cu-  
bierta de di-  
cho buque,  
los asistentes  
a la ceremo-  
nia, contem-  
plando el lu-  
gar en que el  
cadáver del  
gobernador  
acaba de ser  
inmergido

(Fots. Agen-  
cia Gráfica)



## VIDA ARTÍSTICA

## LOS ARTISTAS ANDALUCES

CONSECUENTE á sus iniciativas anteriores, que tan noblemente han destacado á *Heraldo de Madrid* entre los artistas, Rafael Marquina logra ahora reunir un conjunto de pintores, escultores y dibujantes nacidos en diversas provincias andaluzas, como antes reunió los conjuntos de Cataluña y Asturias.

Importa siempre que se aluda á la perseverancia de una idea recordar las anteriores etapas de los reiterados logros.

Primero la algarería moderna, impaciente, juvenil, de aquel grupo de artistas catalanes, donde todo eran evohés y diatribas iconoclastas.

Luego la revelación perdurable, armónica, verdaderamente madura de plenitud afirmativa de los artistas asturianos, que desde el prestigio hospitalario de los Amigos del Arte señalaron tanto una sorpresa como un derecho incuestionable á la admiración.

Después, la fiesta de la Canción Castellana en el Teatro Reina Victoria, donde eruditos de la categoría de Menéndez Pidal y de Torner, poetas como Eduardo Marquina y Enrique de Mesa, mezclaron sabiduría é inspiración á la fresca y perennial gracia de los cantos populares y al encanto sentimental de los viejos romances.

Finalmente—por ahora, claro es, ya que para Rafael Marquina y *Heraldo de Madrid* el propósito epílogo está muy lejano—, la manifestación de arte andaluz, cobijada en el erróneo y lamentable Salón de Exposiciones del nuevo Círculo de Bellas Artes, adecuado á todo menos á Exposiciones artísticas.

El mismo organizador se ha apresurado á decir, en el mismo diario que patrocina estos laudables exponentes de la sensibilidad regional, que la Exposición carece de algunos nombres culminales para ser completa.

Pero de esa falta no puede, en ningún modo, culparse al entusiasta organizador y á la empresa que secunda sus iniciativas.

Reunir un grupo de artistas, convencerles y demostrarles de que sólo se hace en obsequio, beneficio y esplendor de ellos y de sus obras, supone en España encontrar la resistencia pasiva, la hostilidad zafia, la reserva cazurra, el resquemor profesional, y tantas, tantas otras pequeñas pasioncillas que acaban por desalentar las iniciativas generosas, el estímulo del Estado, y terminarán por recoger nuevamente aquel triste fruto de la indiferencia pública y del predominio de los mediocres que caracterizaba la vida artística en nuestro país hace unos cuantos años.

Cierto que en la Exposición de Artistas Andaluces faltan algunos nombres importantes—de importancia positiva ó simulada—, y cierto que sobran muchas obras sin mérito. Pero si bien la ausencia de dos ó tres maestros hubiera podido atenuar esa primera impresión de inferioridad manifiesta que causa la tercera exhibición de *Heraldo de Madrid* respecto de las anteriores, no sería justo tolerar que la presencia de bastantes lienzos de escaso ó ningún valor arrastrase en el descrédito á unos cuantos artistas verdaderamente notables y de merecido prestigio que aceptaron la hidalga y desinteresada invitación del Sr. Marquina y del *Heraldo*.

Conviene, pues, no dejarse influir por el prejuicio de aquellas ausencias importantes y de esotras presencias importunas. No abandonar la Exposición á la primera y murmuradora visita del día inaugural, que para muchos sirve de único elemento enjuiciable.

Hay que prescindir—como ellos quisieron, al

eliminarse voluntariamente—de los que, después de todo, no hacen falta, y buscar, en cambio, á los que no temen las competencias multitudinarias, más seguros de sí en el fondo que los orgullosos y desdeñosos.

•••••

Afrontada así la Exposición; entregándonos libres de prejuicio á las diferentes sensaciones que causan tan diversos temperamentos, bajo una luz común y unos temas homogéneos, no debe ser negada por completo.

Carece de aquella unidad espiritual, de aquel íntimo parentesco estético que responde á la unidad etnográfica en el arte de otras regiones y consiente definirle dentro de la plenaria significación nacional. No basta, ciertamente, pintar toreros, patios floridos, lugares de luminosidad polvorienta, gitanerías, mocitas con indumento de Carmen, y siluetas arquitectónicas renacen-

Luisa Díez Canedo aquel noble sentido de la serenidad externa y de la exaltación interior. Es una delicia de finuras tonales, una generosa capacidad pictural, concretada de modo simple, sencillo y magnífico al mismo tiempo...

Ricardo Verdugo Landi, que totaliza en cuadros de grandes dimensiones la turbulencia libre del agua, como en esta *Marina* bella y sugeridora, apasionada del propio rumor que la hizo nacer, presenta, bajo el título general de *Málaga*, una colección de apuntes que también significan uno de los valores indudables de la Exposición. Son notas cálidas, veraces, tocadas con maestría y sentidas con emoción. En ellas encontramos otra vez ese paisajista que ya descubrimos como una aspiración latente en el Verdugo Landi de las notas bilbaínas y donostiaras.

Fernando Labrada persiste en su arte de «grandiosa minucia»—consentid la adjetivación—con dos cuadros admirables. Un retrato:

*Amalita*; un paisaje: *Embarcando la red*. Con ser ambas obras dignas del más subido elogio, yo prefiero la última, delicadísima nota de grises, que reproduce uno de los aspectos de la incomparable villa montañesa *San Vicente de la Barquera*.

Pedro Antonio es siempre el casticista sin posos ni heces. Su cuadro *Cosiendo* ostenta, con la señorial simplicidad peculiar en el ilustre artista, sus grises de sutil delicadeza, su sobriedad compositiva.

Es una alegría descubrir otra vez á Rafael Boti. Este joven pintor ofrece en sus cuadros, tan parcos de dimensiones y tan henchidos de espiritualidad, refugios amables y dilectos.

El *Paisaje español*, de Francisco Prieto, es como una de esas panorámicas creaciones literarias de Eugenio Noel. Tiene del gran escritor no sólo los motivos del coso taurino y la tierra ardiente y los olivos plateados y la gente de esbeltas actitudes, sino el sabor áspero y la claridad de estilo noelianos.

A Soria Aedo se le ve luchar con los últimos pruritos de sumisión espontánea á la fórmula de que hablé antes, aludiendo á los hábiles *pastiches*, donde se extravían y condenan excelentes pintores granadinos demasiado cerca de lo que suponen—¡¡curiosa equivocación!!—norma única de pintura andaluza. Pero ya Soria Aedo está casi libertado.

En cambio, Ramón Carazo y Suárez Peregrín son del número de esos excelentes pintores fatalmente sometidos á la fórmula ajena. ¡Y es dolorosa lástima!

Importa no falsear lo que hay de promesa, de candor incipiente bajo la sabiduría paterna, demasiado ostensible en el cuadro *La cerámica, el libro y el caballito rojo*, de Daniel Vázquez Díaz.

La escultura está representada por Coullaut Valera y Sánchez Cid. Del primero debe citarse un desnudo en bronce, muy interesante, y dos cabezas femeninas en mármol, plenas de expresión y sentimiento.

De Sánchez Cid, el retrato del escritor señor Muñoz San Román.

La sección de dibujo ostenta, sobre todo, los inconfundibles personalismos de Martínez de León, saturados de sevillanía, insuperables en su valor de costumbrismo gráfico. Y en la sección, también, dos cabezas firmadas por Daniel Vázquez Díaz, y un aguafuerte de José Pedraza, maestros ambos en sus respectivos géneros.



Exposición de Artistas Andaluces en el Círculo de Bellas Artes. (En primer término, el notable crítico D. Rafael Marquina, organizador de dicho Certamen) (Fot. Cortés)

tistas ó mudéjares, para definir una pintura andaluza.

Pero prescindamos de ello; olvidemos á los jóvenes de cierto talento y demasiada truvería, obstinados en hacer *pastiches* de la pintura de otro ausente demasiado conocido por sus imitadores; no veamos el crepúsculo lamentable de un maestro de ayer, ni las reiteraciones de sordera cromática de un aficionado distinguido que no puede pasar de tal; atengámonos únicamente á las obras que dicen su credo con personal acento y positiva belleza.

He aquí Alfonso Grosso, cuyo *Altar barroco* es una de las joyas de la Exposición, y del que volvemos á ver con agrado sus sobrias encarnaciones de la feminidad andaluza, tituladas *Soleidad* y *Luisa*.

Santiago Martínez, impetuoso de luz, con una arrogancia exultante de colorista del Sur, á quien Mallorca elevó el diapason sevillano. De él, junto á su bellissimo *Interior*, admirado en otra ocasión, deben citarse *Bajo el sol de Agosto*, *Marea baja* y un *Retrato*.

Vázquez Díaz, ó el clásico de la modernidad. Desde el íntimo, recogido, fervoroso retrato *Mi hijo Rafaelito*, hasta ese *Torero del 98*, verdadera lección cromática y sensitiva, ¡qué seguro camino hacia la limpidez lumínica y la armonía constructiva!

Cristóbal Ruiz alcanza en el retrato de María

José FRANCÉS



## Valencia en fiestas

Pareja de típicos valencianos, vestidos con los admirables atavíos regionales, bailando la jota en los Viveros, durante la fiesta de San José, celebrada con tradicional solemnidad en la ciudad del Turia (Fot. Díaz Casariego)

*Los  
Príncipes  
á  
quienes  
ama  
su pueblo*

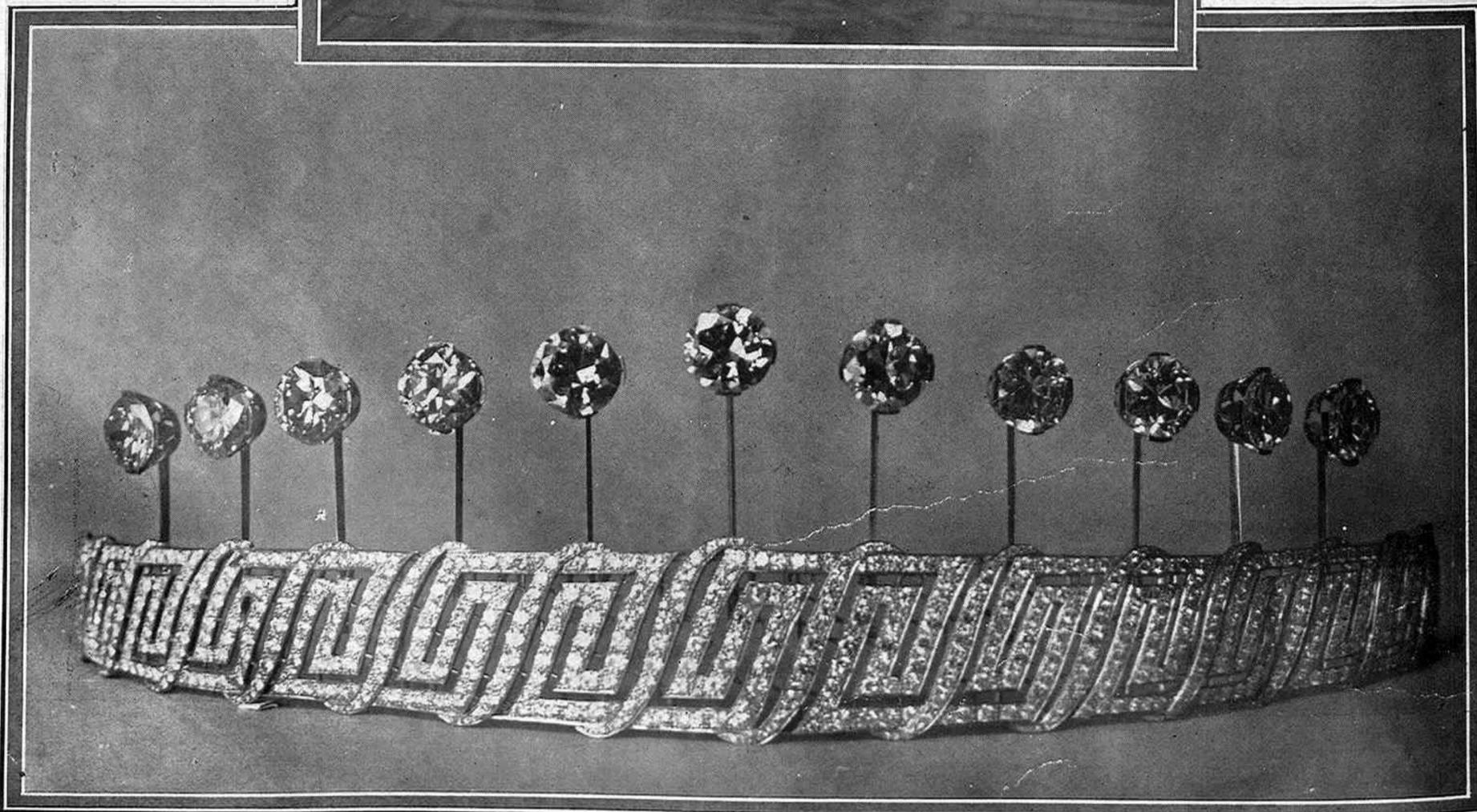


El Príncipe Leopoldo y su esposa, la Princesa Astrid, herederos del Trono de Bélgica, recibiendo á la Delegación de las provincias belgas encargada de entregar á la futura Reina una magnífica diadema con montura de platino y brillan-

*El homenaje  
de las  
provincias  
belgas  
á sus futuros  
Soberanos*

tes incrustados, diadema sobre la que se alzan once soberbios brillantes de gran tamaño, cada uno de los cuales ha sido ofrecido á la Princesa Astrid por una provincia belga

(Fots. Vidal)





## LA SANGRANTE ENAMORADA

(DOÑA CATALINA DE SANTISO)

TRADICION DEL MONASTERIO DE SOBRADO

¿No habrá un cantor,  
no habrá un juglar  
para cantar  
este milagro de un amor?

En la nave sombría  
de una capilla oculta  
de la vieja abadía,  
donde un manto á la piedra  
dan el musgo y la hiedra  
y el silvestre rosal,  
se extiende en medio la blancura  
de pía losa sepulcral.

¿Bajo este mármol quién reposa?  
Aquí descansa una mujer.  
Es la sangrante enamorada  
que tras de muerta y enterrada  
supo sentir, supo querer.

Ella era honesta y era hermosa,  
mal maridada á un mal señor,  
y al desamor que él la mostraba,  
ella, gentil, le contestaba  
ardiendo más en buen amor.

¿No habrá un cantor,  
no habrá un juglar

para cantar  
este milagro de dolor?

Cuanto más él la odiaba,  
ella más le quería,  
y en la roca tan dura  
su jardín florecía.  
Sus vasallos, por santa,  
la adoraron con fe,  
y al fin su santidad fué tanta,  
que, al cabo, mártir también  
[fué.

Fingiendo celos, más celoso  
tan sólo sí, de su bondad,  
un día, bárbaro, el esposo  
rasgó aquel pecho tan hermoso  
con ensañada crueldad.

Y ella, expirante, le decía:  
—Para buscar mi corazón  
no es necesario que me hieras,  
cuando, si tú me le pidieras,  
te le entregara humilde yo.

¿No habrá un cantor,  
no habrá un juglar

para cantar  
esta leyenda de dolor?

A lo largo del cuerpo  
van sus manos caídas.  
Descubiertas parecen  
las sangrientas heridas,  
las flores encendidas  
de purpúreo rosal.  
Y así descende hasta la hondura  
de su yacija sepulcral.

Dos meses ha que está enterrada  
cuando su padre allí llegó.  
De lejos viene el caballero,  
y ver implora, lastimero,  
la hija infeliz que tanto amó.

Y al descubrir que así se hallaba  
cual si acabase de morir,  
y de morir sin ningún daño,  
otro prodigio más extraño  
á todos hizo confundir.

¿No habrá un cantor,  
no habrá un juglar  
para cantar  
este milagro de un amor?

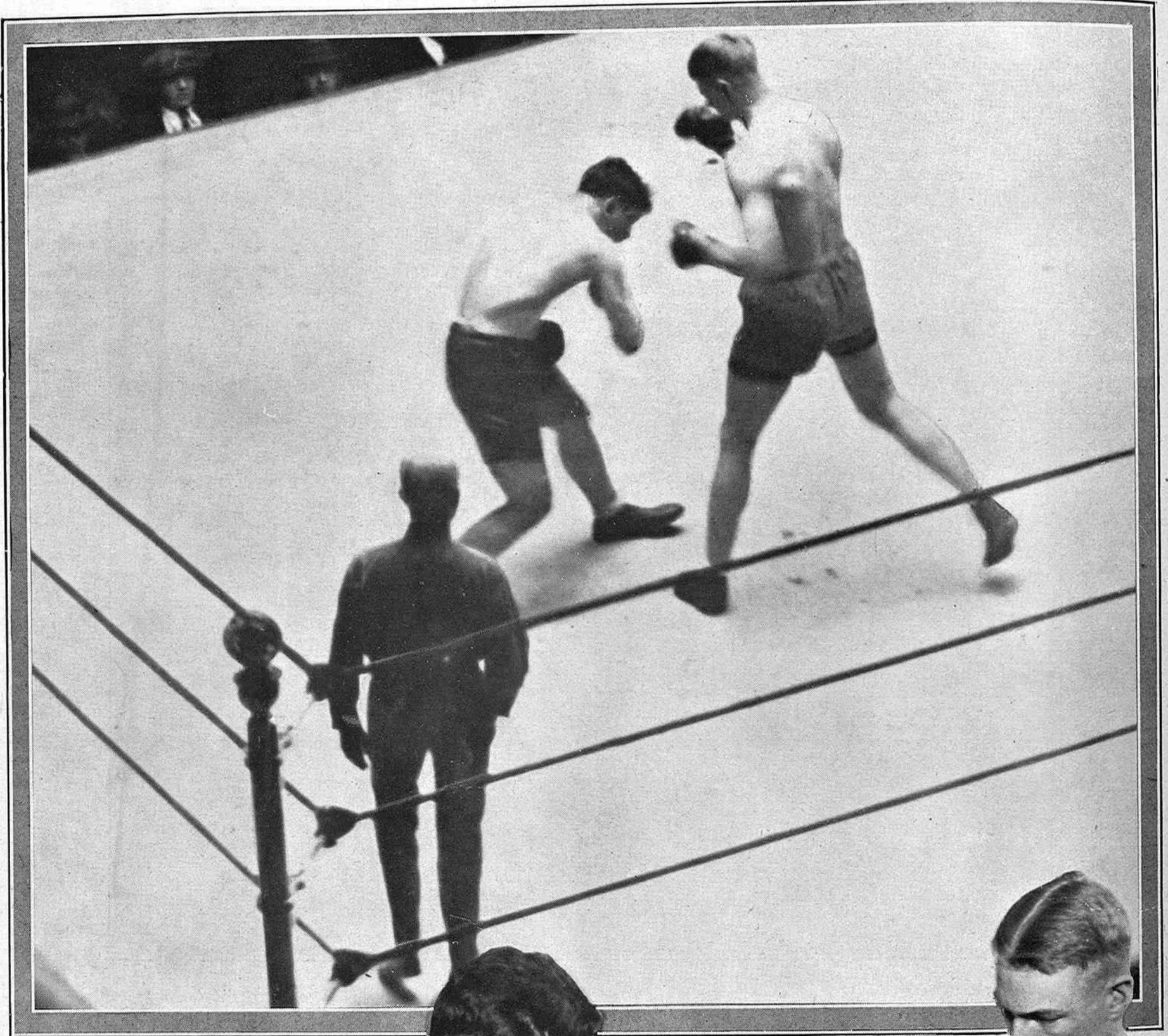
Sobre el pecho ahora tiene  
sus dos manos cruzadas.  
Separárselas quieren,  
y parecen clavadas.  
Es que esconde con ellas  
la sangrienta señal  
que abrió en la seda de su carne  
la aguda punta de un puñal.

Es que los labios de la herida  
pueden decir su acusación,  
y ella los cubre piadosa,  
pues sólo quiere, generosa,  
tener un gesto de perdón.

Si era su vida para él,  
¿por qué impedírsela arrancar?  
Así pensó la enamorada  
que tras de muerta y enterrada  
supo sentir y supo amar.

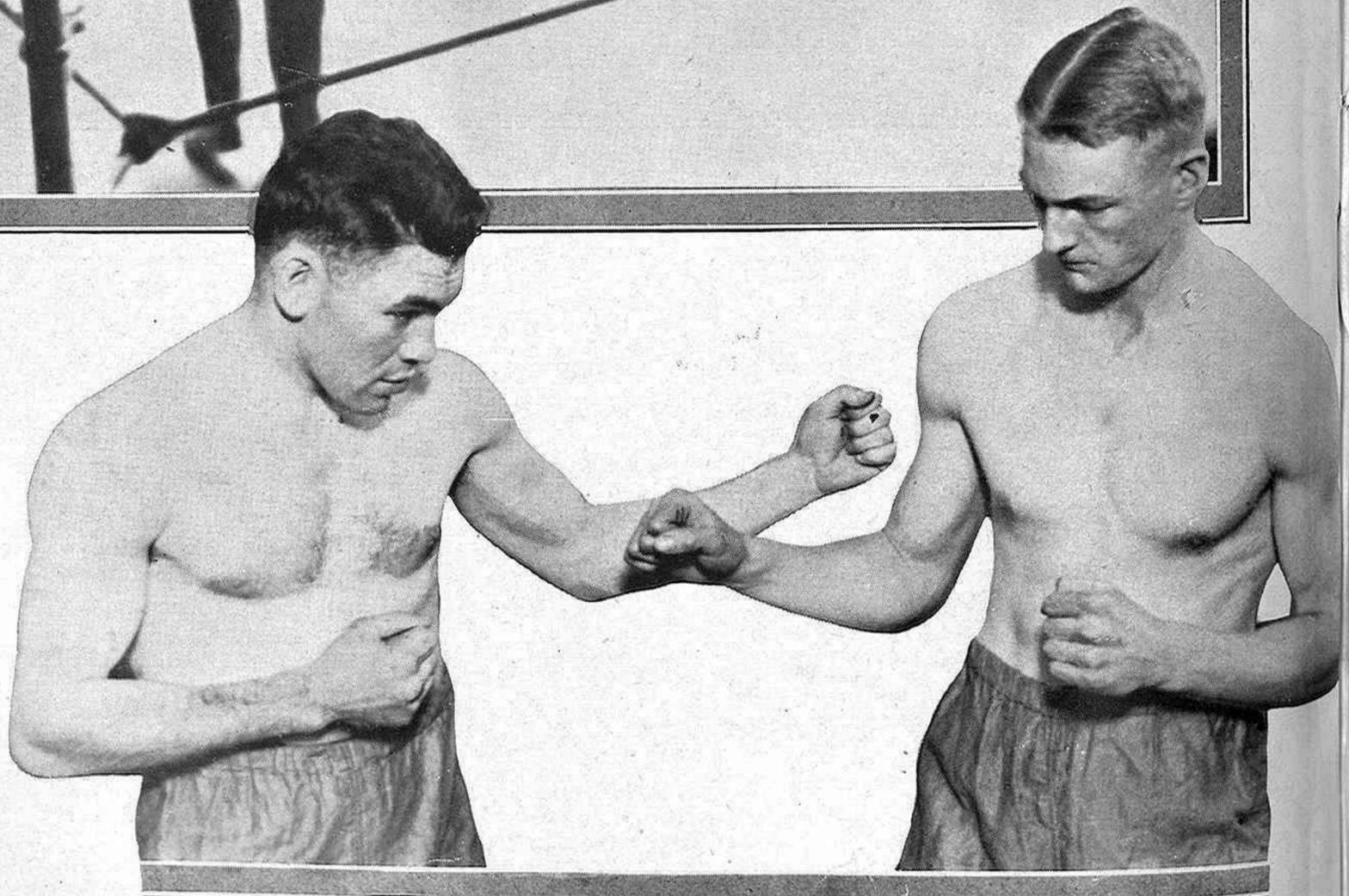
¿No habrá un cantor,  
no habrá un juglar  
para cantar  
este milagro de un amor?

PEDRO DE REPIDE

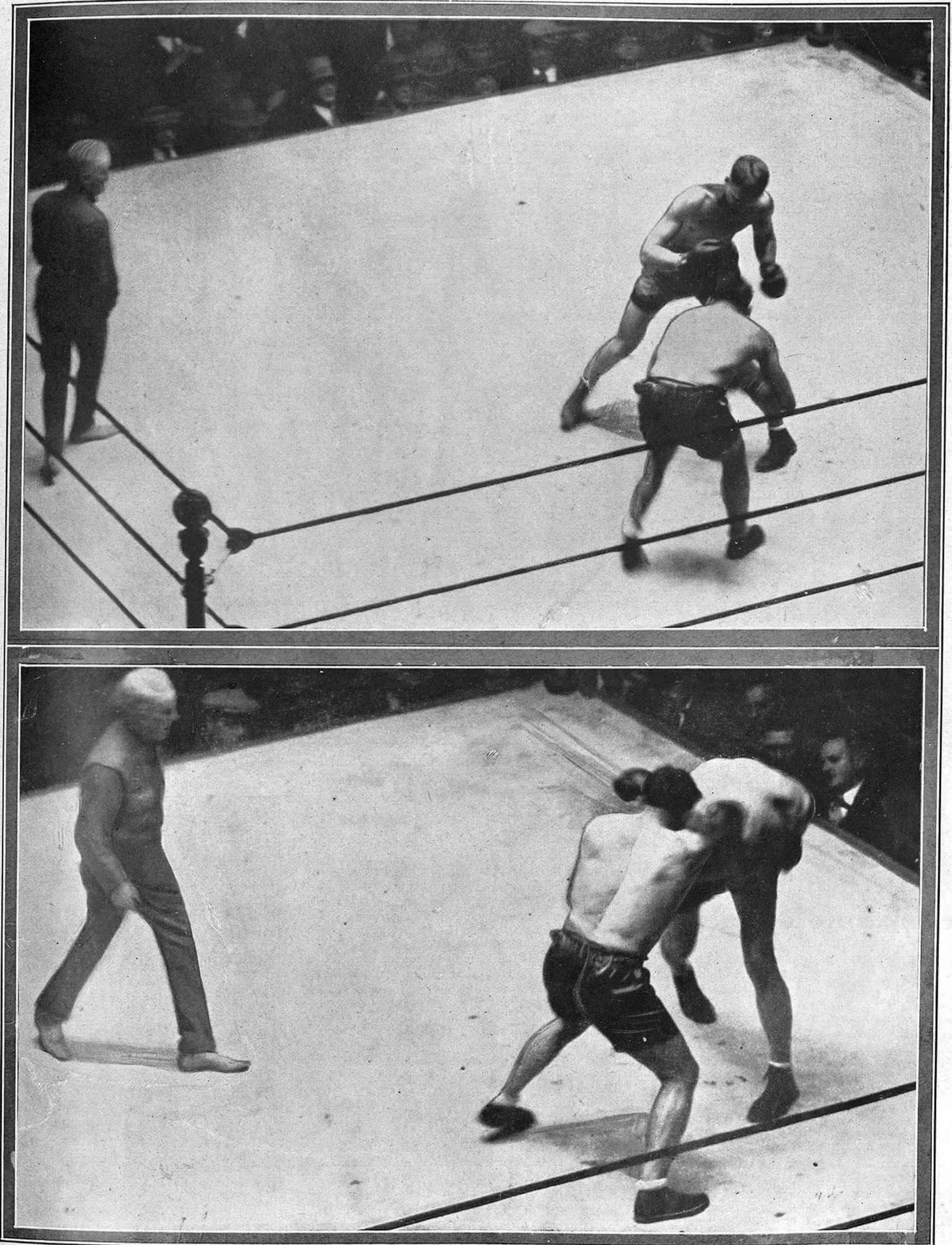


*Los poderosos  
puños de Paulino  
Uzcudun derriban  
más hombres  
en Norteamérica*

EN esa dura carrera del vasco boxeador, ni un combate tan difícil como el que sostuvo recientemente contra Knute Hansen y al que tuvo que ir en condiciones físicas de relativa inferioridad. Su decisión, y el coraje que Uzcudun pone siempre en el «ring», decidieron, no obstante, la pelea a su favor por amplia diferencia de puntos, que confirmaron ante la opinión yanqui los indiscutibles derechos del campeón europeo para optar al título mundial.

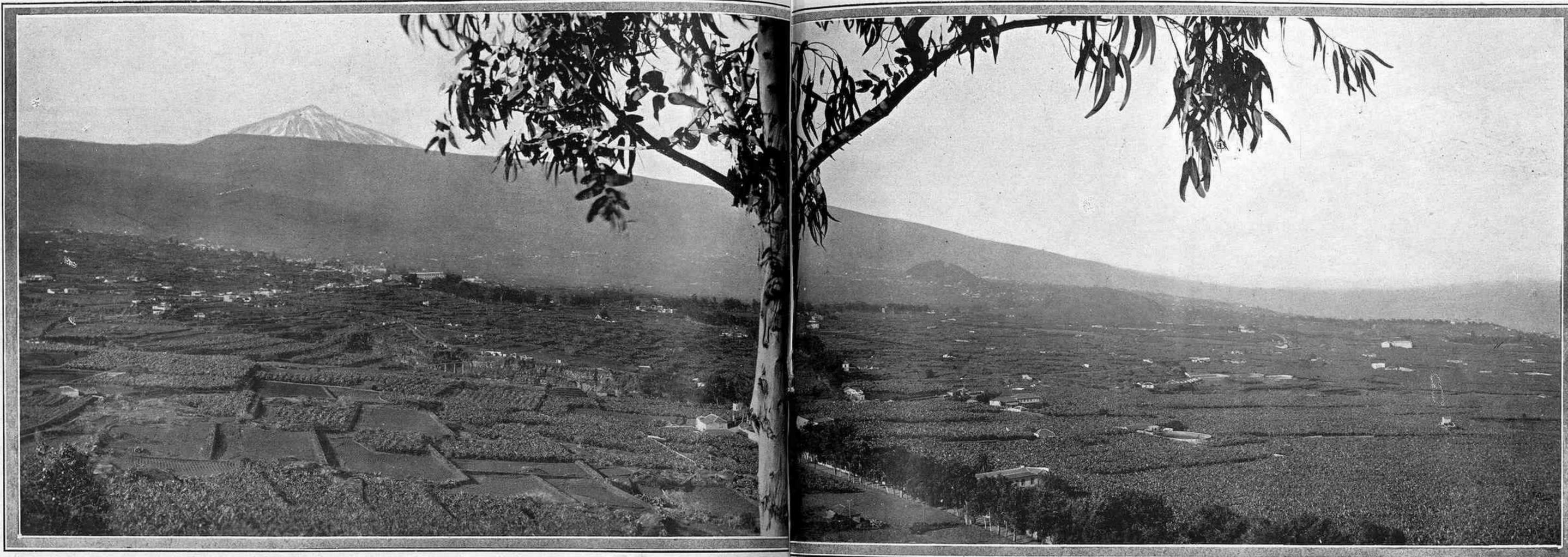


Antes del combate, Paulino Uzcudun y Knute Hansen, sobre la báscula que registra sus pesos, se dejan fotografiar en actitudes de pugilismo desafiador, anticipo de la lucha que habrán de sostener. Arriba, una de las primeras fases de la lucha, cuando en el primer asalto la guardia cerrada del noruego y su gran estatura parece que decidirán a su favor el combate



En el grabado superior, una fase del cuarto «round», cuando Paulino, atacando con su peculiar furia, ha logrado abrir la guardia de Hansen y el castigo violento es prólogo de las posteriores violencias de la lucha. Abajo, un instante decisivo en el octavo asalto, cuando la fortaleza del noruego parece próxima á abatirse, salvándose, sin embargo, del «knock-out» por el afortunado toque del «gong»

(Fots. Agencia Gráfica)



Los maravillosos paisajes de Canarias. Vista general del Valle de Orotava (Tenerife) (Fot. Ba. n. 3)

## LOS PROBLEMAS DE CANARIAS

### El derecho injusto y el instinto de justicia

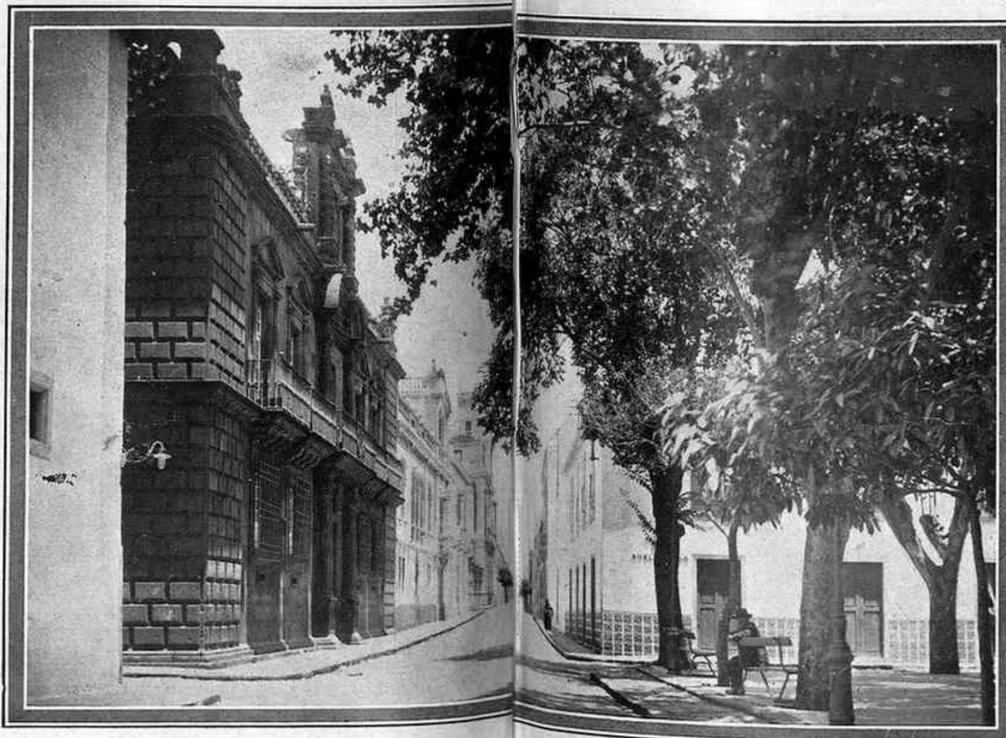
EL haber sido yo designado por los aldeanos de San Nicolás para ampararlos cuando se pensó dar al pleito planteamiento judicial, me cohibe para tratar esta cuestión, pues soy sistemático enemigo de hacer en la Prensa defensas que sólo tienen su adecuado lugar en los Tribunales. Pero, anunciado ya el acuerdo gubernativo que pondrá fin al conflicto, queda virtualmente cesada mi intervención, y puedo hablar despreocupado de toda consideración que no sea la de informar al público con los datos de que dispongo.

Un personaje obtuvo en 1558 Reales licencias para fundar un Mayorazgo. Andando el tiempo, uno de los sucesores de aquel declaró afectas á esa vinculación las tierras de la Aldea, sin que esté claro qué títulos tuvo para hacerlo, ya que no podía acreditar su propiedad sobre las mismas. Y así pasaron siglos, cultivando los aldeanos aquellos eriales como cosa propia (aunque, ciertamente, tampoco eran suyos), sin preocuparse de aquel supuesto dominio que un señor se había atribuido, y que á ellos no les estorbaba para nada.

Cuando, en 1861, se publicó la Ley Hipotecaria, el entonces poseedor del Mayorazgo inscribió á su favor las fincas en el Registro de la Pro-

piedad. Mas todavía transcurrieron muchos años sin que los sucesivos propietarios nominales pretendiesen hacer valer derecho alguno sobre los cultivadores, que, poco avisados respecto á la trascendencia de la inscripción, no se cuidaron de combatirla cuando con mayores probabilidades de éxito pudieron haberlo hecho. No les estorbaba para beneficiar la tierra; tal vez ni siquiera tenían noticia de ella, ó al menos no la juzgaban eficaz para desvirtuar su derecho vivo, adquirido con el cotidiano y mantenido esfuerzo, y sólo se preocuparon de mejorar sus fincas, aumentar sus riegos, fertilizar los eriales y breñas y poner, en fin, sus tierras en condiciones tales de cultivo que su valor actual en tasación es de muchos millones de pesetas.

Así las cosas, en 1921 ofrecieron varios señores, al entonces propietario en el Registro, la compra de sus derechos en medio millón de pesetas, con renuncia al saneamiento en caso de evicción. Consumóse la operación mediante escritura, y una vez otorgada ésta, dispusieron los nuevos dueños á hacer efectivo su dominio por la acción de desahucios, expedientes de posesión judicial y otros procedimientos que desde entonces han tenido al pueblo entero en continua zozobra, y cuyo último resultado había de ser la emigración de quienes no cediesen á las exigencias de los propietarios. Fácil es comprender la resistencia que el vecindario opuso. Agudizada la cuestión recientemente, ha merecido atención del Gobierno, que tal vez cuando este artículo vea la luz,



*Estudios de Angel Ossorio, Julio Senador Gómez y Rafael Guerra del Río*

habrá publicado ya su anunciado decreto-ley sobre el particular.

Es esta una de las cuestiones para cuyo enjuiciamiento hay que despreocuparse un tanto de códigos y leyes. Sería cruel mirar cual cosa sagrada un texto cuando se trata de decidir sobre la vida entera de un pueblo. Hoy, perdido un poco el fetichismo de la ley escrita, adquiere plaza de teoría erudita la del «abuso del derecho». Fácil es comprender que este título cobija una humanísima verdad, innata en el más profano: la de que el derecho sólo es respetable mientras responda á los dictados del supremo instinto de justicia. Un derecho injusto, por deficiencias de la ley ó por concurso de circunstancias especiales, es la más anarquizante de las injusticias. La ley sólo cumplirá su objeto mientras no pierda su contenido social; si se convierte en una seca y ciega fórmula, nunca podrá dar jugosos ni fecundos resultados.

ANGEL OSSORIO

### LAS "AFORTUNADAS" Pasado y porvenir

EN dos cuestiones esenciales reclama Canarias preferentemente la intervención ministerial: en la de la tierra y en la del transporte. Realmente, am-

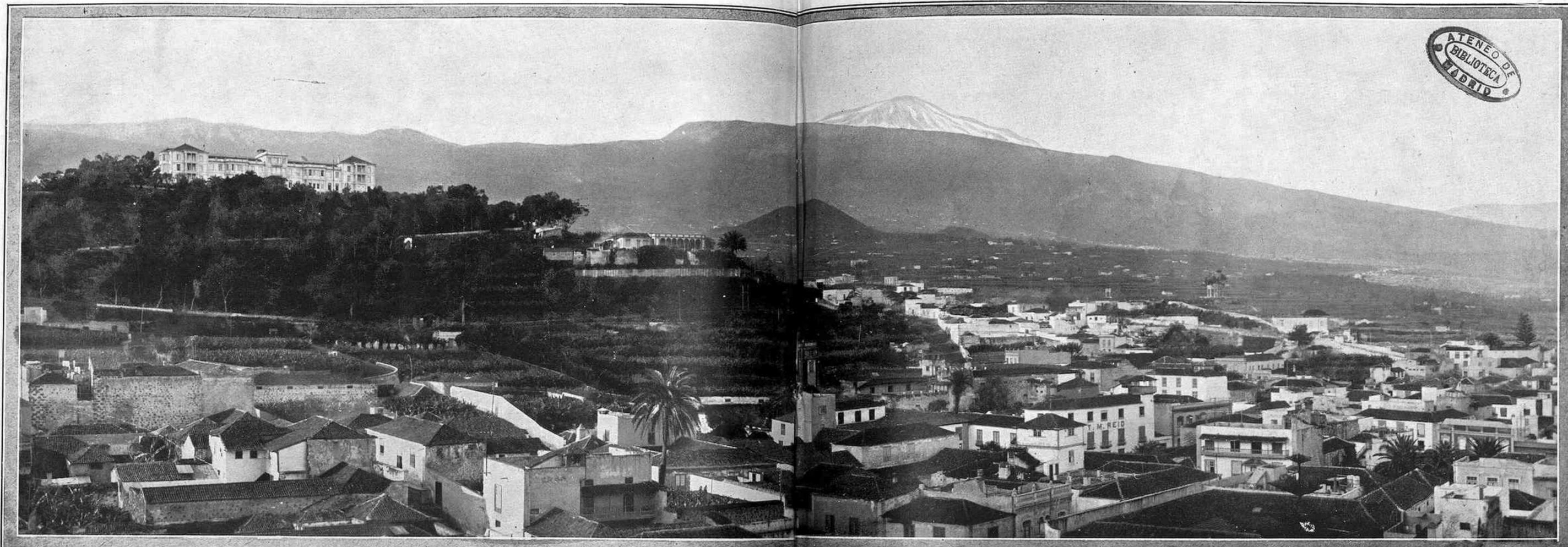
bas cuestiones son sólo aspectos diferentes de una sola, porque á nada conduce aumentar la capacidad de producción, si no se aumenta simultáneamente la de transporte ó viceversa.

Faltando camino al mercado, falta la causa determinante de la producción. Por eso, donde no hay transporte fácil, la tierra, independientemente de su mayor ó menor fertilidad, tenderá siempre á organizarse en forma de latifundio improductivo.

El camino es el gran parcelador mecánico de latifundios. Sin él, ninguna autoridad conseguirá que una parcelación por ingerencia de la ley dure siquiera diez años.

Todos los hechos geográficos se traducen en hechos sociales. Por eso decía Taine: «La filosofía de la Historia Humana refleja, como un espejo, la filosofía de la Historia Natural.»

Lo peor es que el relieve de Canarias parece conspirar contra el trazado de caminos. El suelo es de lava ó de roca basáltica. Palma está atravesada por una cordillera desde Pico Cruz á Punta de la Niebla. Fuerteventura, por otra desde Tindaya á la bahía de la Cruz. Lanzarote, por otra desde Punta Fariones á Punta Papagayo. En Tenerife, todo el territorio sube, en escalones concéntricos, hasta el mismo pie del Teide. En Gran Canaria apenas hay terreno que no sea de sierra. Señal de incomunicación es el mero hecho de que las cinco islas no hayan puesto en cultivo siquiera la mitad de sus siete mil doscientos kilómetros cuadrados.



Los maravillosos paisajes de Canarias— Vista parcial del Puerto de la Cruz (Tenerife) (Fot. Baena)

La provincia está situada entre los 27,30 y 29,30 grados de latitud septentrional, y dista sesenta millas de la costa africana; todo lo cual significa que participa del clima sahariano. Justino Fortunato, en su estudio sobre las causas de la miseria siciliana, determinaba en la siguiente forma las características del clima meridional: larga primavera, largo otoño, poca nebulosidad, gran luminosidad y ausencia de lluvias estivales.

Tales condiciones favorecen la preponderancia de una especial vegetación arbórea que representa importante riqueza en los países de ese ambiente; pero son absolutamente contrarias a la vegetación herbácea de la índole del trigo. Por eso es usual en Canarias el consumo de gofio en vez de pan. Allí, además, se ha venido practicando, desde tiempo inmemorial, un descaje implacable a hierro y fuego. No era ignorancia ni instinto destructor. Si falta el camino por donde han de venir las subsistencias o las substancias necesarias para la fertilización de los sembrados, hay que seguir talando a todo trance, porque, o se siembra, o no se come.

Donde antes estaban los árboles creció luego la hierba. El pastoreo irreflexivo la destruyó también. Las aguas, desplomándose desde alturas colosales, arrastraron al mar la tenue capa vegetal. Cuando brota un renuevo entre las peñas se le comen cuarenta mil cabras, que convierten el país en un hueso roído, como las de Malta o Grecia, impidiendo la repoblación forestal y aniquilando los demás cultivos, porque la sistematización de la montaña tiene que preceder a la del llano. Otro problema. ¿Cuántos cientos de años necesitarán ahora los líquenes y la erosión para volver a convertir en tierra arable la superficie lisa de las rocas?

Cuanto se hable de fertilidad canaria, o de cualquier otra comarca levantina, sólo puede referirse a la porción de regadío. Lo restante se encuentra a merced del primer soplo de viento, como cuando un monzón escaso de humedad arruina a los cultivadores indios y, por repercusión, desata la crisis industrial entre los tejedores ingleses de Holdham o Bradford.

Así, a lo mejor, en Canarias un viento de Levante arrasa los sembrados o el *simoun* de la costa africana lanza sobre las islas un turbión de langosta.

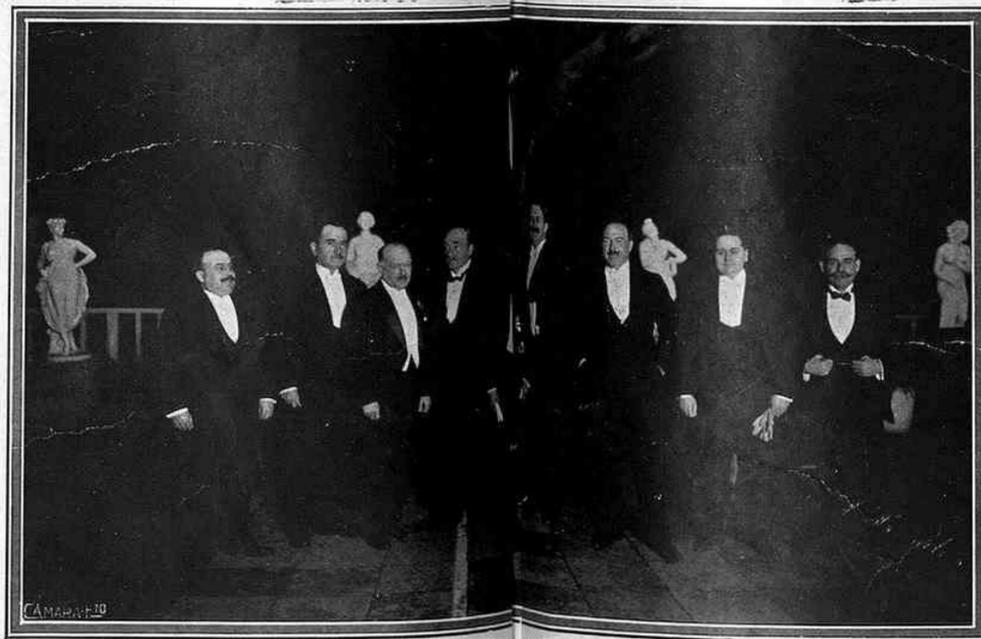
He ahí confirmada la opinión de Taine: todas las posibilidades económicas condicionadas por el factor geográfico.

En tal supuesto, proponer parcelaciones sin otros elementos de transformación que los preceptos de la ley, es lo que Azzimonti, en *Il mezzogiorno agrario*, llama «el simplismo analfabeto que inspiraba las proposiciones de los Gracos».

El avance del desierto se acusa por la presencia de plantas semileñosas, con ciertos caracteres propios de las zonas de sequía: corteza coriácea, órganos de reserva alimenticia, hojas desplegadas en sentido radial, pelos, espinas, fragancia intensa, etc.

En la flora espontánea canaria abundan las especies de ese tipo: tomillos junto al mar, retamas, loteas olorosas. Gente pobre hay que encuentra su alimento en las reservas nutritivas del helecho macho.

El desierto provino de la tala. La tala de la falta de caminos. Hay que hacerles, aunque no será empresa barata. Cuando les haya, la tierra aprovechable retribuirá el esfuerzo de los hombres, por lo menos, en la proporción precisa para evitar en Canarias otra vergüenza nacional: la



En Santa Cruz de Tenerife.—La Comisión enviada por el Gobierno para estudiar los problemas de Canarias. Fotografía obtenida, después del banquete ofrecido a los comisionados por el Ayuntamiento de Santa Cruz, en el «Pino de Oro». De izquierda a derecha: los señores López Peces, secretario de la Comisión; Arana, ingeniero agrónomo del Ministerio del Trabajo; Asúa, de Hacienda; Eguíluz, ingeniero agrónomo, de Fomento; D. Galo Ponte, ministro de Gracia y Justicia; Navarro, del Consejo de la Economía Nacional; Mestre, de Gobernación.

existencia de unas cuatro mil fincas embargadas por débitos de contribución.

El progreso destruyó importantes producciones. La orchilla y la cochinilla fueron suplantadas por las anilinas. La barrilla, por la sosa Solway.

Ya nunca serán más que un recuerdo.

Frente a la gran tragedia que se deduce de esta relación, los acontecimientos de la ya famosa aldea de San Nicolás, sin embargo de su gravedad, no son más que episodios locales de importancia relativamente escasa.

Se ve también que la cuestión territorial no debe ser precisamente la que ocupe, en primer término, la atención del Poder público.

Mientras se abren los caminos de la tierra hay que pensar en los del mar. La ley del 52 declaró francos seis puertos. Si la exención aduanera no ha logrado atraer el comercio intercontinental, es prueba de que tampoco los puertos han conseguido organizarse industrialmente. Ahora sería necesario no dispersar los recursos y los esfuerzos, sino concentrarlos en uno o dos lugares, dotándoles del utillaje indispensable para una explotación intensiva. Casi todos los vapores que cruzan el Atlántico hacen escala en Santa Cruz de Tenerife, pero como final de etapa, más bien que como punto de repuesto; porque, como decía D. Joaquín Sánchez Toca, no es puerto moderno el que carece de herramientas para colocar a bordo tres mil toneladas de carbón y otras tantas de agua cada día, que son, por hora, de cada cosa ciento veinticinco. Ningún puerto español, sigue diciendo Sánchez Toca, puede colocar, por hora, más de nueve toneladas, resultando que un trasatlántico en puerto extranjero quedaría pertrechado al cabo de veinticuatro horas, mientras en puerto espa-

ñol tardaría quince días. No cabe esperar progreso del tráfico sin previa subsanación de esta evidente deficiencia.

Ya se ve que el problema canario no tiene nada de sencillo. Es más: el autor de estas líneas se atreve a creerle insoluble si no se le plantea en términos completamente diferentes de los hasta aquí catalogados, porque el factor geográfico es el antecedente que determina la magnitud y eficacia del progreso técnico y, por consiguiente, el grado teóricamente posible de prosperidad.

Hay lugares apropiados para la explotación de la tierra. En otros sólo es concebible la explotación del mar.

Un ejemplo de estos últimos, en el extremo Sur de Europa, es Torre Vieja, sin casi más suelo que el de las salinas. Otro, bien característico, en el extremo Norte, es Hammerfest, bajo el grado setenta. Quinientos metros más allá del pueblo se alza el cerro de Udsigten, en cuya cima empieza el desierto polar, sin condiciones para la existencia humana. Los dos mil trescientos habitantes de la aldea no sólo han de vivir forzosamente del mar, puesto que carecen de *hinterland*, sino precisamente junto al mar, en una estrecha faja caldeada por el agua tibia que la corriente del golfo trae hasta las costas de Noruega desde el hervidero de la zona tropical.

No se considere exagerada la comparación entre Canarias y un país de las regiones hiperbóreas. El citado Justino Fortunato, reflexionando sobre la intermitencia de las lluvias, calculaba que el ciclo vegetativo de Sicilia era más corto que el de Islandia!

Por analogía de causas, o sea por la escasa extensión de suelo utilizable y por la forzosa mezquindad del rendimiento agrícola, fuera del regadío, en climas contrarios a la producción



herbácea, la población canaria no debía mirar tanto á la tierra, sino algo más al mar. Hay entre aquella costa y la africana, aproximadamente, mil kilómetros cuadrados de campos pesqueros, en abundancia poblados de sardinas, bacalaos y arenques, cuya captura viene, desde hace siglos, manteniendo miles de familias, y podría mantener diez veces más. Por bacalaos van los hombres á jugarse la vida entre los hielos del mar de Baffin, y aquí están al alcance de la mano. Hay elementos para una explotación intensa; lugares de refugio accesibles y próximos; mar casi siempre sosegado, y práctica y conocimiento del oficio.

Sólo falta una flotilla construída con arreglo á los modernos adelantos, capital de explotación y puertos provistos del instrumental é instalaciones necesarias para la rápida descarga y conveniente manipulación del producto; es decir, cosas accesorias y meramente materiales que la cooperación financiera de España podría ayudar á crear en no muy largo plazo.

JULIO SENADOR GOMEZ

## EL DESENLACE DE UN DRAMA Ya la Aldea de San Nicolás es de los aldeanos

*La Escena:* En rincón apartadísimo en la región occidental de la isla de Gran Canaria, de difícil acceso por mar y tierra. Cerrado tierra adentro por montañas ingentes de dos mil metros de altura. Limitado hacia el mar por acantilados inaccesibles, apenas arañados por pequeñísima ensenada que permite el acceso en tiempo de bonanza y con agua á la cintura.

Y entre los altos picos de *La Cumbre* y los derrumbaderos de *La Punta*, el valle delicioso donde se asienta la humilde aldea de San Nicolás, la *Aldea* por antonomasia para los canarios.

A un lado, separada, altiva, destacándose orgullosa frente á las modestas moradas de los aldeanos, la *Casa Nueva*, la *Casa Rica*, la *Casa del Enemigo*, la que erigieron los *Marqueses*, desde donde amenazan hoy los traidores de la aldea y los quieren hacer mercadería de su tierra.

*Personajes:* Hay dos simbólicos. Por sí solos explican este drama secular, que acaba de encontrar su desenlace en las páginas de la *Gaceta*: la aldea y la *Casa Nueva*.

Entre ellos, la tierra. La tierra, que parece muda é indiferente á la lucha. Que en realidad la sigue anhelante, porque sabe que será ella el premio del vencedor, y teme verse privada un día de los cuidados de sus aldeanos y entregada al cálculo despiadado de los de la *Casa Nueva*. La tierra canaria es buena, fiel y agradecida á quien la sabe querer...

En segunda fila, los personajes de carne y hueso. A un lado los aldeanos, poseedores de la tierra desde tiempo inmemorial, los cultivadores, los que han convertido en modestas pero productivas fincas aquel antiguo erial. Al otro, los supuestos propietarios, nobles que exhiben viejísimas cédulas reales de donación, prestamistas que esgrimen certificaciones del Registro de la Propiedad, traidores á la aldea que piden sus treinta dineros.

*Argumento.* Dice la tradición aldeana: Cuando los cristianos conquistaron Gran Canaria, mataron ó se llevaron esclavos á las tierras de afuera á los guanches que la poblaban. Que eran buenos y nobles y valientes; pero que no eran cristianos, ni tenían espadas, ni corazas, ni caballos.

Después los cristianos se repartieron la isla. Los que más podían se quedaron con la tierra buena; los menos afortunados se internaron montañas adentro, traspasaron *La Cumbre* y se establecieron en el valle de la aldea, que era de nadie.

Allí vivieron muchos años aislados y olvidados del mundo, trabajando aquella tierra que ya era suya, hasta que un día un rey de España, entre los reyes que ha habido, desterró á Canarias á un señor marqués de Villanueva del Prado, y para endulzar su desgracia le dió en feudo la aldea de San Nicolás. Esto se dice que ocurría el año de 1558.

Pero la real donación sólo pudo tener efectividad en las tierras no trabajadas por los aldeanos, que fué donde se levantó la *Casa Nueva*, porque en defensa de la aldea surgió la primera heroína de este drama de siglos. Cuenta, en efecto, la tradición que cuando el señor Marqués quiso tomar posesión de la tierra que cultivaban los aldeanos, una mujer vieja lo alejó á pedradas, gritando: «Dile al Rey que la aldea es de los aldeanos.» Desde entonces, Tocodomán, el predio defendido á pedrada limpia por la vieja aldeana, es venerado por los hijos de aquella tierra.

La lucha continuó. Han tenido que pasar siglos de zozobras, persecuciones y sangre antes que los descendientes de la vieja de Tocodomán vean asegurada la pacífica posesión de la tierra adorada.

Una vez, un secretario se acordó con la *Casa Nueva*, traicionando al pueblo. Al poco tiempo apareció su cadáver despeñado en el fondo de un barranco. Se prendió á los diez y ocho principales labradores de la aldea, y encerrados en la cala de un barco se les condujo á Tenerife. Nada pudo averiguarse. Se les ofreció la libertad á cambio de que declararan que las tierras de la aldea eran del marqués. Ninguno renegó de la bien amada. Después de muchos meses de prisión, todos permanecieron fieles á su fe: «La aldea es de los aldeanos.»

Se recrudeció la guerra. Acaudillados por su cura párroco, aldeano como ellos, los labradores supieron defenderse en las encrucijadas curialescas. Y llegó un día, día inolvidable para la aldea, en que el pastor anunció desde el púlpito la buena nueva: La *Casa Rica* se rendía, el Calvario terminaba. No más temores de ser arrojados de las pobres casas que construyeron sus abuelos y donde nacieron sus hijos. Ya podían tranquilos horadar aquellas peñas y hacer brotar el agua, el agua viva que esperaba la tierra sedienta. «¡Antes saldrá el Sol por la noche; antes nacerá por el mar y se pondrá por la Cumbre que la aldea dejará de ser de los aldeanos!», exclamaba el guía, el redentor de la aldea. Aquel día todos rieron y se abrazaron y besaron de rodillas la mano del que los había conducido al triunfo. Hasta la tierra, la tierra muda, pareció sonreír feliz en los labios entreabiertos de sus surcos.

Pero la traición rondaba de nuevo. La última prueba, la más cruel, se acercaba. Fué el propio Pastor del pobre rebaño el que una vez desacreditada la mercancia ante los propietarios de la *Casa Nueva*, se asoció á otros negociantes y compró en 105.000 duros la finca de los marqueses y los ilusorios derechos que en vano habían intentado hacer efectivos, durante cuatro siglos, D. Tomás de Grimón y de Larena, marqués de Villanueva del Prado, y sus sucesores.

Empieza el último acto, desarrollado en nuestros días.

El Pastor, convertido en lobo, acosa al rebaño. Ya no proclama desde el púlpito: «La aldea para los aldeanos», sino que, iracundo, grita: «La aldea es mía; me ha costado mi dinero, y al que lo desconozca lo echaré de aquí y tendrá que ir á América á trabajar otra tierra.»

La pobre aldea, desolada, engañada, traicionada, personifica también ahora su dolor y su protesta en una mujer, viuda, octogenaria, la mujer de Tocodomán rediviva. Se llama D.<sup>a</sup> Severa Montesdeoca y Melo, apellidos de vieja raigambre ibérica, descendiente de conquistadores. Sus hijos y sus nietos están en Cuba, trabajando para reunir dinero y volver á la aldea á mejorar la tierra heredada y á ensanchar la mísera casita. Ella quedó allí esperándoles, al cuidado de lo suyo. No ha salido nunca de la aldea, y es muy vieja para recorrer mundo.

Un día la llamaron á Guía, cabeza del partido judicial, á siete leguas de pésimos caminos. Allí un juez explicó á D.<sup>a</sup> Severa que su tierra no era suya porque hacía más de cuatro siglos un rey la había donado á un marqués; que no volviera á entrar en la casa de sus padres ni á arar sus campos; que se llevara sus vacas y sus pobres muebles adonde quisiera. Así lo había dispuesto un rey que pudría en la tierra hacía más de cuatrocientos años, y así constaba en el Registro de la Propiedad, y así era de hacer, porque lo ordenaba el artículo 41 de la Ley Hipotecaria, precepto intangible cuyo olvido implica-

ría nada menos que el desquiciamiento de la sociedad.

Oyó la buena vieja, entre temerosa é incrédula, las asombrosas palabras del magistrado. Salió del Juzgado é instintivamente tomó el camino de la aldea, revolviendo en su cerebro lo que acababa de oír. Deshizo las siete leguas de camino andadas por la mañana, llegó á su pueblo, entró en su casa y reanudó su vida. ¿Qué tendrían que ver aquel rey muerto hacía tanto tiempo, ni aquellas leyes de que le hablara el señor juez, con la casita que levantara su abuelo, ni con aquellos pobres campos, cercados y cultivados por sus antecesores, que estaban esperando la vuelta de los hombres que marcharon á Cuba?

La lógica de D.<sup>a</sup> Severa fué denunciada por la *Casa Nueva*. Doña Severa Montesdeoca y Melo, convicta y confesa de desobediencia, fué arrancada de su tierra. Volvió á recorrer, esta vez entre una pareja de la Guardia civil, el camino de Guía, y, con sus ochenta y dos años, ingresó en la cárcel.

Pasaron semanas y meses. A cada nuevo requerimiento judicial, á cada declaración que prestaba, D.<sup>a</sup> Severa contestaba invariablemente: «Si es verdad que mi casa y mis tierras ya no son mías, déjenme en la cárcel. Aquí esperaré á los que están en Cuba. Porque si me sueltan volveré á mi casa y á mis tierras. No tengo otro sitio adonde ir.»

Triunfó la extraordinaria lógica de D.<sup>a</sup> Severa, como siglos antes habían triunfado las pedradas de la vieja de Tocodomán. Ante su entereza retrocedieron los sucesores *en derecho* del marqués de Villanueva del Prado, emboscados en la *Casa Nueva*. La octogenaria volvió á la casa de sus padres sin que volvieran á molestarla jueces ni guardias.

El desenlace se precipita. Ocupan la *Casa Nueva* mercaderes de tierras, administradores implacables, abogados, golillas. Y á su frente, el traidor, más cruel cuanto más resistencia encuentra en sus antiguas ovejas. Las sentencias de desahucio se suceden y son ejecutadas á culatazos. Los aldeanos son lanzados de sus casas. Arados que no son los suyos, empuñados por gente de fuera, profanan la tierra aldeana.

Pero la aldea hace un supremo desesperado llamamiento á todos sus hijos, á los que aún permanecen pegados á su terruño y á los que marcharon á América ó á la ciudad (Las Palmas) á ganar dinero para hermosearla y fecundarla. Y todos responden al angustioso llamamiento de la tierra adorada. Desde el centro de Bolivia acude un sacerdote, hijo de la aldea, párroco de no sé qué pueblo americano. Desde Cuba afluyen los indios... Frente al Pastor que hizo traición se yergue otro hombre. Es el alcalde de la aldea de San Nicolás, Salvador Araujo. A su alrededor se agrupan todos los hijos de la aldea.

Y unido con los votos fervorosos de sus vecinos, el alcalde de la aldea emprende la extraordinaria aventura de venir á Madrid á pedir justicia. Justicia contra la *Casa Nueva* y sus valedores, contra la traición, contra lo que diga el Registro, contra lo que hiciera el rey hace cuatrocientos años, contra lo que hayan tenido que fallar jueces y Tribunales...

¡Fabulosa hazaña! Más de tres años ha luchado en Madrid Salvador Araujo, hasta lograr interesar al Poder Público en el pleito de la ignorada aldea de San Nicolás. No ha luchado sólo contra la natural resistencia de la administración; ha tenido también que luchar y vencer, desde su humildad, contra la influencia de la *Casa Rica*, extendida á Madrid.

Contra todo esto, Araujo logró que un ministro fuera á la aldea de San Nicolás. Ese día la aldea ganó su pleito, el pleito tantas veces perdido en los folios de papel sellado, y ganado de una vez para siempre en las páginas de la *Gaceta*.

Ya la aldea es de los aldeanos, que podrán ofrendarle su trabajo sin temor á la *Casa Nueva*. La tierra rojiza sonríe de nuevo á la caricia ya confiada de sus amadores.

Por esta vez, la Dictadura ha hecho Justicia, con mayúscula.

No le duele reconocerlo al último representante en Cortes que votó la aldea de San Nicolás.

R. GUERRA DEL RÍO  
Ex diputado á Cortes por Gran Canaria



# LA PINTURA CONTEMPORÁNEA

«Valenciana», cuadro de Salvador Tuset



**S**OBRE las ojeras, profundas y moradas, casi terrosas, brillaban las fascinadoras pupilas color de miel. Los labios, muy rojos, ponían su nota viva en el rostro exangüe, surcado por tenues venas azules. La nariz mostrábase insaciable bajo la frente amplia, y el pelo, sujeto apenas por unas horquillas de oro, era tan negro que azulaba.

Mas ni su aristocrática palidez, ni la flexibilidad de su cuerpo, siempre envuelto en exóticas sedas, atraía tanto en Elsa Keller como sus manos afiladas y largas, llenas de sortijas y amuletos; manos espiritualizadas y transparentes como las de Santa Teresa.

Una tarde de Noviembre, Elsa conversa-

ba con nosotros en el gabinete íntimo de Lina González, la gentilísima actriz. Formaban la tertulia Fernando Soler, el poeta; Mora, el pintor, y Jiménez Díaz, el médico, cuyo último libro acerca de Patología general había causado una honda revolución en el mundo científico. Sin poder explicárnoslo, á todos perturbaba la presencia de Elsa, porque de aquella mujer fluía una extraña fascinación irresistible.

Deslizábase la tertulia un poco triste. Tras un silencio que amenazaba ser infinito, Elsa dió una chupada á su dimitrino, y con palabras, que á ratos era trágica y dura y á ratos acariciadora, nos refirió el fin de cierta aventurera rusa, condenada á muerte por

haber asesinado á su amante arrojándole al Neva. El acento de la mujer tomaba inflexiones tan aceradas, tan escuetas, al describir los miembros rígidos del cadáver apisionado entre el hielo, que sólo Fernando Soler se atrevió á elogiar aquel relato de ferocidades.

—Es usted admirable—exclamó, sosteniendo con firmeza en sus ojos la mirada de la rusa—. Su amor debe ser algo deliciosamente torturador, próximo á las fronteras de la muerte.

—Así es—repuso ella con indiferencia—; el hombre que llegue á ser mi amante un día, una hora tan sólo, morirá irremisiblemente. Ya saben que yo misma me hago lla-

mar *El Vampiro*. Aunque soy rusa, pasé toda mi infancia en Nápoles. Supersticiosa y aficionada á lo maravilloso, consulté con una afamada saludadora el modo de sanar de cierta fiebre en que me consumía casi desde que era niña, y de la que ningún médico acertaba á curarme. Recuerdo las palabras de la vieja, entre gestos y evocaciones que hicieron estremecerme de miedo bajo las sábanas... Aseguró que yo tenía el alma emponzoñada; que mi boca, al besar, daría la muerte, como la de un vampiro...

Nadie creyó aquel ridículo cuento, y, sin embargo, no nos atrevimos á mirar frente á frente á la narradora. La presentíamos con los ojos brillantes en la exaltación de su maléfica fiebre; envuelta en una nube de humo blanco, con el dimitrino entre el carmín de los finos labios, toda ella esfumada en la sombra azulosa que en el salón extendía el crepúsculo.

Repentinamente murmuró unas palabras de despedida y se fué, como un fantasma, sin hacer ruido, sin sonreír. Tras ella el tapiz de terciopelo rojo cayó pesadamente.

Todos, sin quererlo mostrar á los demás, sentimos un malestar no disipado con la ausencia de la rusa. Obedeciendo á un secreto impulso, nos asomamos al balcón para verla salir á la calle. En la luz indecisa del atardecer vimos destacarse su figura flexible, angulosa, envuelta en pieles de cibelina. Nos saludó con su diestra enjovada. Un lujoso automóvil la alejó de nosotros. Fernando Soler exclamó con voz ligeramente trémula:

—Es raro. Se ha ido y aún sigo viéndola...

Comenzaban á lucir las primeras estrellas en el cielo violeta. Volvimos al gabinete. Lina encendió todas las luces, hizo quemar perfumes y mandó traer licres. Todo inútil; flotaba una vaga quietud, envolviendo como en un velo de misterio todas las cosas. Nadie se atrevía á mirarse en la luna de los espejos, como temiendo adivinar, tras la propia figura, la silueta cruel y aprisionadora de la rusa, de la mujer que al besar daba la muerte.

•••••

Pocos días después, sintiendo esa gran pena, sin amor y sin dolor, de que habla Verlaine, paseaba yo por la Castellana mirando con ojos indiferentes el eterno espectáculo de los próceres aburridos en sus lujosos automóviles, bajo ricas mantas de pieles, lo mismo que los pobres, que, á pie y con las caras lívidas por el frío, discurrían por las calles laterales. Era la gran democracia del Tedio, igualitaria y justa.

Súbitamente escuché una voz conocida que me llamaba. Era la de Lina González, que había mandado parar su coche.

—Suba usted. Suba usted. Acompañeme. Tengo que contarle algo muy triste. ¿No lo sabe? Fernando Soler se muere.

Al notar mi sorpresa, la González añadió:

—Recordará usted que tras un tenaz asedio, Fernando logró conquistar á la rusa. Han paseado su amor por todas partes como dos locos. Ella, asombrando con su fastuosa riqueza y el mirar de sus ojos embrujados. El, como un autómata, sin más voluntad que la de ella. Es extraordinario el maravilloso poder de Elsa. Recuerde usted que siempre nos inspiró un sentimiento de admiración, no exento de terror...

Por decir algo, objeté:

—Esa historia no tiene interés alguno, amiga mía.

Los labios de Lina balbucieron:

—Desde hace tres días Fernando se muere. Lo mata una fiebre terrible. *El Vampiro*, la mujer fatal, lo asesina en plena juventud. Se cumple la predicción de la vieja napolitana: el amor de esa mujer es un invencible maleficio.

A pesar mío, sentía miedo; paróciame también estar bajo la influencia de Elsa Keller. No obstante, quise bromear con la González, y, burlándome de aquel embrujamiento en que era estúpido creer, atribuí la enfer-

medad de Soler á una infección cualquiera, completamente vulgar y bien conocida en los libros de Medicina. Sin embargo, cuando la actriz me invitó á acompañarla hasta el café donde nos esperaban nuestros amigos para darnos noticias acerca del enfermo, sentí un inexplicable pavor y estuve á punto de idear un pretexto para alejarme. El amor propio triunfó, y avergonzado de mí mismo, grité:

—¡Vamos! Y deseche usted, Lina, esas ideas bien propias de su temperamento exaltado, pero que yo no puedo admitir.

No obstante mi aparente valor, mi brazo temblaba al oprimir el de mi amiga. Ninguno de los dos nos atrevíamos á hablar.

Llegamos al café. Sentados alrededor de una mesa, discutían Mora y Jiménez Díaz. En sus frases advertíase que las dictaba una gran excitación.

—¿Cómo está Fernando?—preguntamos con ansiedad.

—Muy mal—repuso el doctor Jiménez—. No es dable combatir á los hombres esta fiebre intensa, cuyas características no se explican en los textos. No es una enfermedad del cuerpo. Parece como si á Fernando le hubieran envenenado el alma.

Nos miramos los unos á los otros, sobrecogidos por el terror. La González no pudo di-

simular un grito de angustia y señaló á la calle. Elsa Keller iba á entrar en el café. Su silueta dura, angulosa, diseñóse fantasmal é indecisa tras el cristal del antepecho, como una sombra apenas perceptible en el gris azul del crepúsculo... Sentimos sus pasos, tácticos, lentos, que se acercaban, y, al fin, contemplamos una de sus manos lívidas, constelada de joyas, adelantarse hacia nosotros.

Estaba palidísima. Sus pupilas brillantes, felinas y casi fosforescentes, se hundían en las plomizas ojeras. La boca escarlata entreabríase en una mueca de crueldad. El perfume que emanaba de su cuerpo enardecía los sentidos. Todos los hombres, al mirarla, sentimos odio, rencor, hacia ella; pero todos también nos estremecimos flagelados por un deseo que torturaba nuestra carne.

El doctor Jiménez le preguntó imperativo:

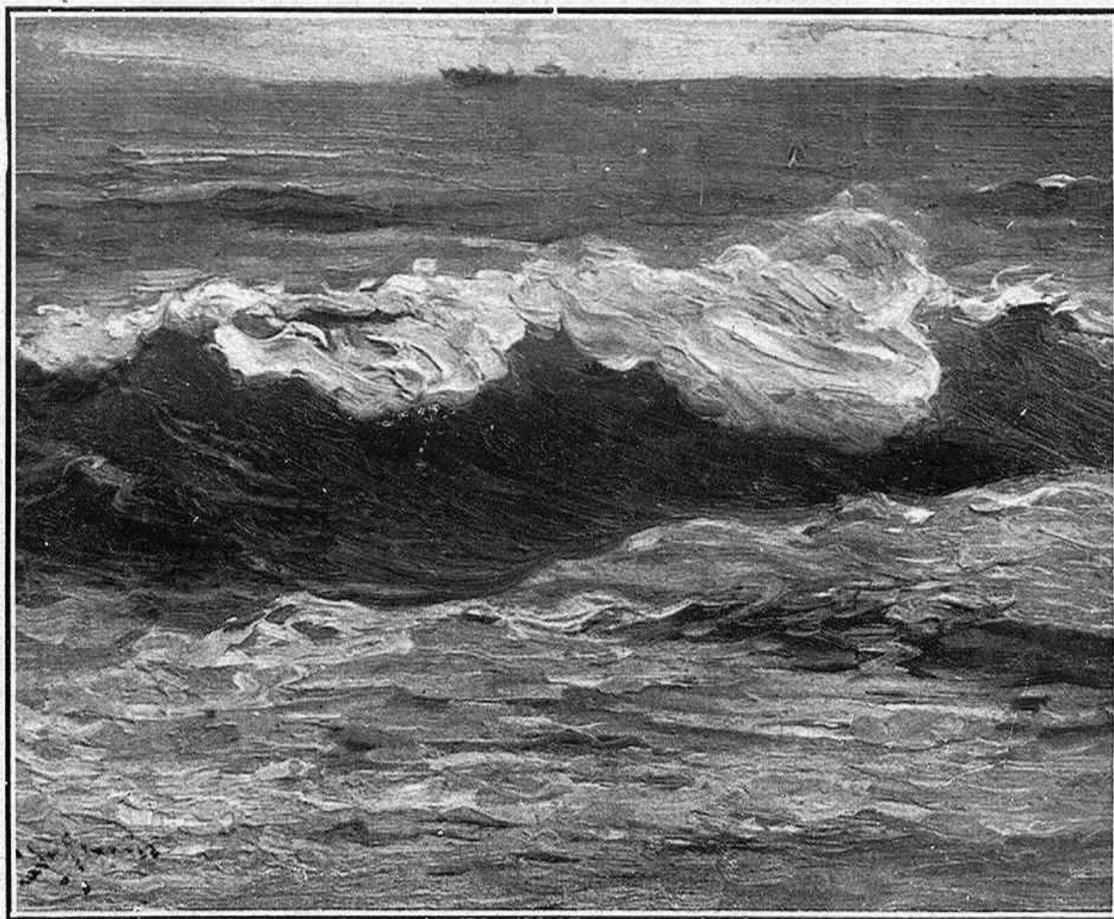
—¿Cómo sigue Fernando Soler?

*El Vampiro* entreabrió su boca de sangrientos labios y mostró los dientes blancos y afilados de tigresa. Su voz acre, cortante, exclamó, dejando caer las palabras, como gotas de plomo fundido, sobre nuestra angustiosa ansiedad:

—Acaba de morir.

(Dibujo de Aristo Téllez)

## LA CANCIÓN QUE AHORA DIGO



Mar nosco á los eunucos, profundo mar amigo,  
mucho más grato que la tierra y la mujer;  
en tus surcos azules sembré todo mi trigo,  
y en los cuatro horizontes lo miré florecer.

Albas me das, espigas celestes que bendigo;  
algodoneros blancos sobre el añil de ayer;  
el pan que ahora reparto, la canción que ahora digo...  
La tierra, en cambio, nunca me dió un amanecer.

Cuando la tierra muerde mi planta marinera,  
busco el mar, como el niño busca la primavera;  
el barco, sacerdote que deja atrás la estola;

la estrella, que del palo mayor hace un altar.  
¡Ay! ¡Antes que el reptil, yo prefiero la ola  
que me lleve á galope por los prados del mar!

(Dibujo de Verdugo Landi)

Alfonso CAMÍN

## PÁGINAS OLVIDADAS

## DE «LA INDIA SIN LOS INGLESES»

He aquí la luz. Viene siempre muy rápida en este país, lo mismo que se extingue tan pronto, que es como un efecto teatral. Perspectivas prodigiosas de columnas se indican de pronto en las palideces diáfanas, palideces tan pálidas, que diríanse más bien reflejos de ceras lejanas, una fantasmagoría de impalpables decorados vistos á través de una gasa gris. Aspectos inmensos se revelan súbitamente; encrujidas de naves cuyos finales se pierden. Formas humanas que yacían en tierra, se levantan envueltas en sus muselinas, estiran los brazos, bostezan y se van. Personajes blanquecinos y como transparentes, á los que sorprende oír andar en este irreal, en este encantamiento incoloro.

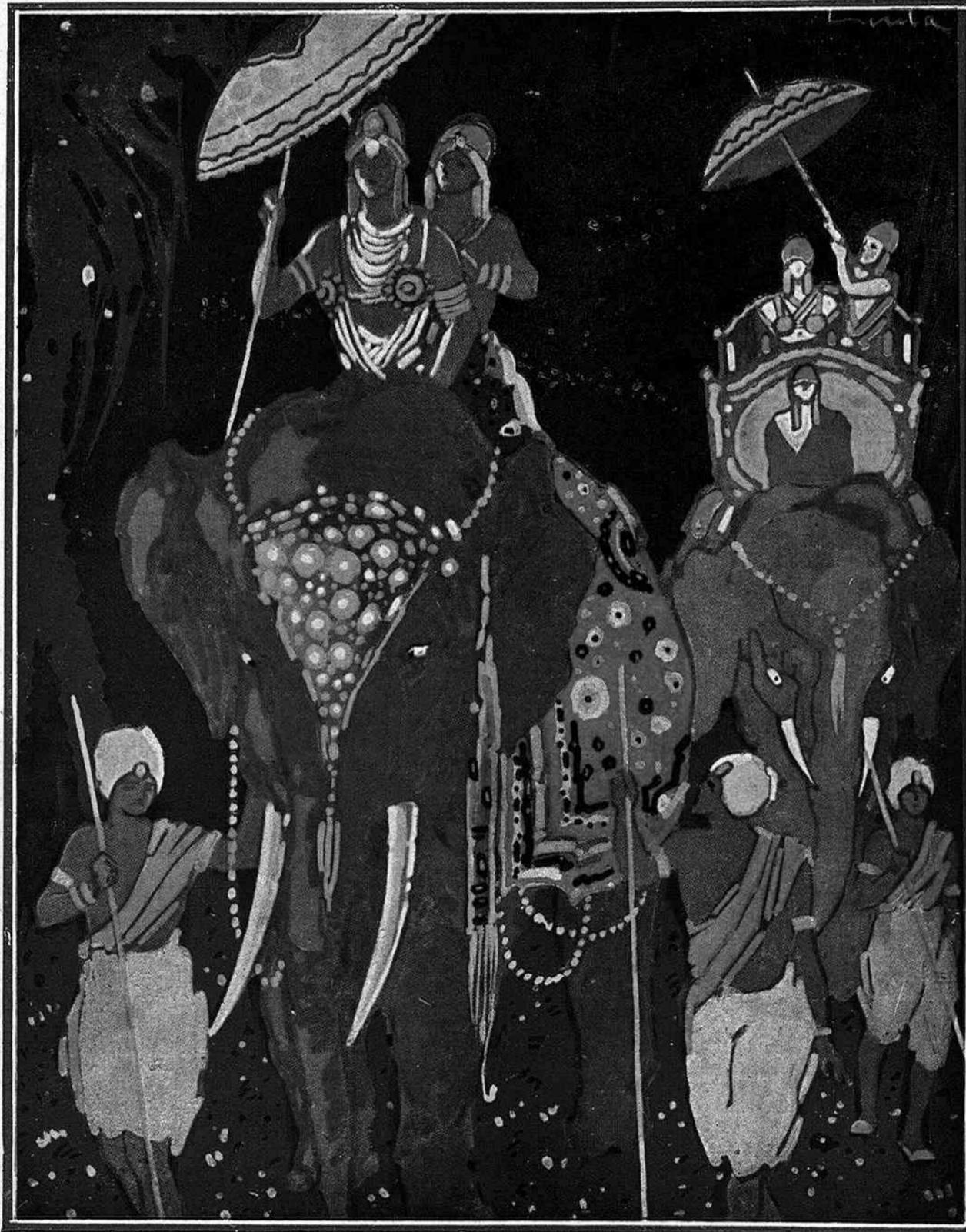
Cerca de la losa donde me dormí ayer, una escalera de granito sube hasta las terrazas del templo. La encuentro á tientas, rasando con mis manos las paredes frías. Y asciendo á lo alto.

Diríase un desierto pétreo de viejas y enormes aceras; un desierto que se extiende por todos lados y que parece confinar allá lejos con las cimas de las nubes. Aquí es una fantasmagoría distinta de la de abajo. Hay un poco más de claridad; pero aún no es de día y, como en

el templo, nada de cuanto comienzo á distinguir me parece real. Estas nubes circundantes de la inmensa explanada son vapores que la noche condensó sobre la tierra, tan espesos, que diríase onatas azulinas, casi palpables si nos acercáramos á ellas. Todo el llano permanece sumergido en sus masas algodonosas, y únicamente se ven emerger aislados algunos ramos de plumas negras ó negros abanicos, que son las copas más altas de las palmeras. Una luz verde color de aguamarina y deliciosamente diáfana gana cada vez más al horizonte de levante como una mancha de aceite que se extendiera sobre el velo del cielo nocturno, mientras que al horizonte del Oeste se arrastra y languidece un gran globo rojo, un viejo planeta fatigado, un viejo mundo muerto, inquietante por su cercanía á la tierra: la luna, que se acuesta.

Los elefantes sagrados, desnudos de sus bellas vestiduras, reposan cada uno en su estrado granítico á ambos lados de la puerta principal del templo. Sobre sus frontales, el mismo emblema de Vichnú que sobre las frentes humanas, pero duplicada.

Ya es casi de día. El sol no tardará en surgir. Los grandes sacerdotes de Brahma descienden de la capilla, donde pasaron la noche en oración. Delante de ellos baja la teoría de los efebos con



sus antorchas de tres llamas, que van apagando mesuradamente apenas salen á la claridad recién nacida. Los viejos aparecen uno detrás de otro, envueltos primero por el fulgor humoso de la resina y como muy remotos en lo alto de la escalinata negra; pero á cada escalón que descienden su silueta se precisa bajo la fresca y nueva claridad, como asombrosas figuras místicas de cabellos blancos. Llevan afeitado el cráneo, para que pueda mejor distinguirse el emblema impreso allí de su dios. Desdeñosos de las cosas terrenas, van casi desnudos. Un trozo de tela sujeto al talle por fino cordelillo de lino, signo de su casta, se confunde con la espesa maraña de pelos blancos que crece en su pecho.

Una orquesta de músicos negros empieza á tocar algo ensordecedor y lúgubre que me estremece.

Ya está terminado el ornato del Carro sagrado. Delante han puesto cuatro grandes caballos de madera encabritados que baten el aire con sus patas y sus alas. En torno del trono del dios, que ocultan impenetrables cortinas de seda roja, han hecho con ramas floridas una especie de jardín. Franjas y guirnalda colgantes de flores naturales mezcladas con hilos de oro cuelgan desde dos ó tres metros de altura y por todas partes. Y en cada piso del edificio rodante van apare-

ciendo efebos desnudos que hasta ahora estaban ocultos entre las colgaduras, bajo los baldaquines y entre las ramas entrelazadas. Forman la guardia de honor del dios y empiezan á tocar las trompas, que responden á los siniestros mugidos que les envía la orquesta desde abajo.

Traen á los elefantes sagrados, que se arrodillan cerca del Carro para recibir de nuevo sus vestiduras bordadas y rutilantes, sus cabezales bordados de oro y perlas. Luego se van, con su paso acostumbrado, á situarse detrás de los sacerdotes, mientras que los adolescentes se colocan delante, en cuatro filas, á lo largo de los cuatro monstruosos cables extendidos en el suelo.

El muro del templo, que forma uno de los lados de la avenida, permanece sombrío y entristecedor. Pero más allá, ante las casitas de los brahmines, la muchedumbre aumenta y acecha. Las ventanas, las galerías chatas, con sus pesadas columnas, los porches ornados de monstruos, son invadidos por niños y viejos. Y, sobre todo, por las mujeres de muselinas tejidas con oro, de collares floridos y bisutería fulgurante.

Las brumas condensadas por la noche se han desvanecido como un espejismo que se borra.

Pero, ¡cómo este alba tropical, este esplendor luminoso daña y perjudica á los ensayos de la magnificencia humana!

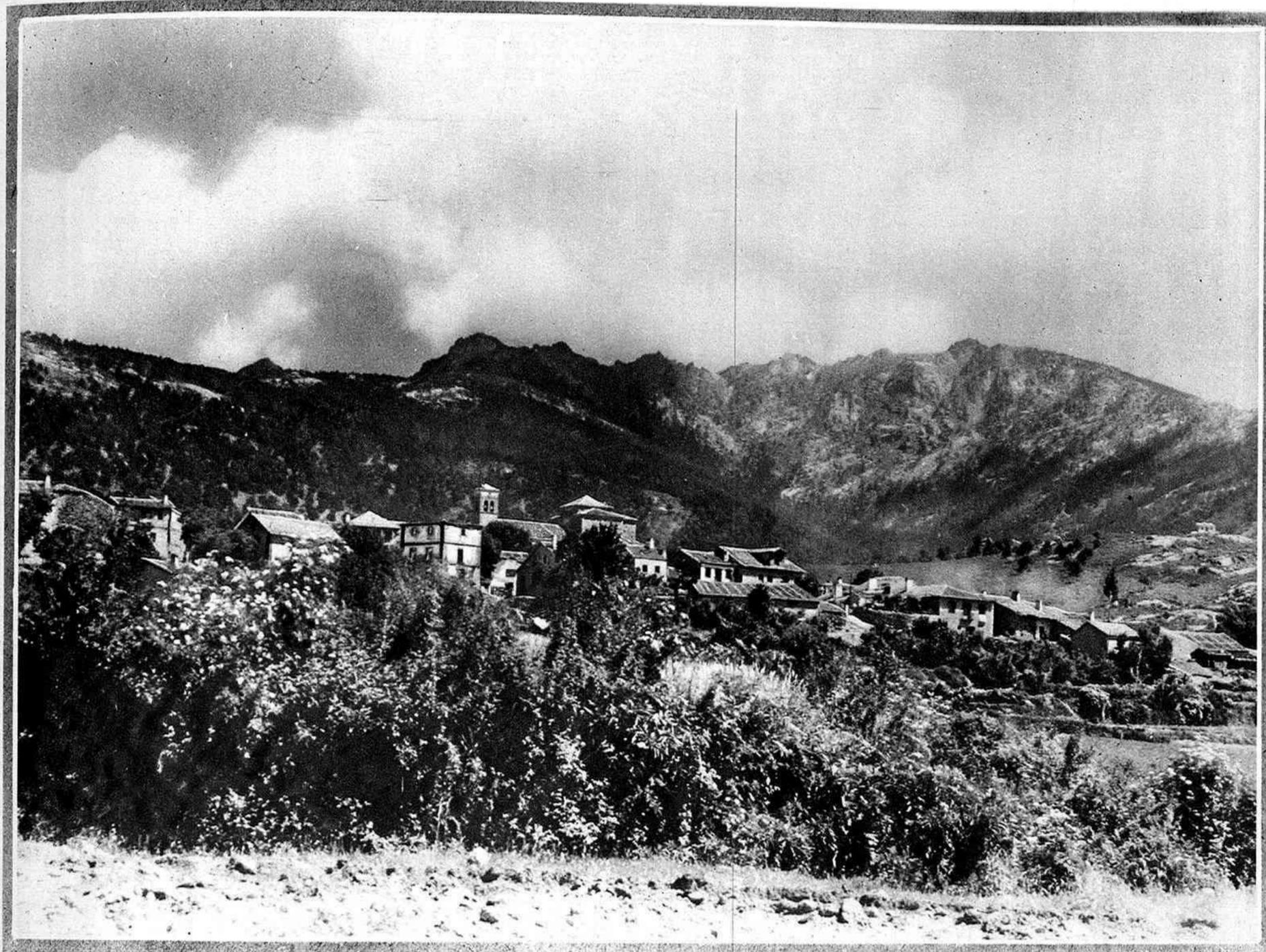
Todo cuanto parecía encantado, hechizado hacía unos momentos, cuando subí á las terrazas, y las últimas antorchas ardían aún en la aurora vacilante, no reviste la limpidez virginal de este cielo matutino. No hay nada comparable á este cielo infinitamente puro y admirablemente verde. Bajo él todo es misérrimo y sucio. El muro del templo muestra su vetustez y sus rojizas lepras, que se ven demasiado faltas ya de la complicidad de la noche, ó que no lograron aún el deslumbramiento solar. El lujo del Carro es grosero y pueril. Las gualdrapas de los elefantes, desteñidas y raídas. Cierzo que el bronce claro de los rostros y de los senos de las adolescentes resiste un poco entre las baratijas y vestiduras harapientas y sórdidas.

Pero la decrepitud y la decadencia de la India brahmánica, la resina de sus monumentos sobre-humanos, los escombros polvorientos de sus ritos y sus fiestas litúrgicas se me aparecieron irremediables en este minuto de desencanto y revelación, que mostraba también el empequeñecimiento de una raza soberbia.

PIERRE LOTI

Traducción de FORTUNIO

(Ilustración de Escribá)



Cercedilla, el pueblo serrano, convertido, al correr de estos últimos años, en centro y punto de partida de las excursiones, tanto para los deportistas de la nieve, en invierno, como para los amantes de la montaña, en verano

(Fot. Wunderlich)

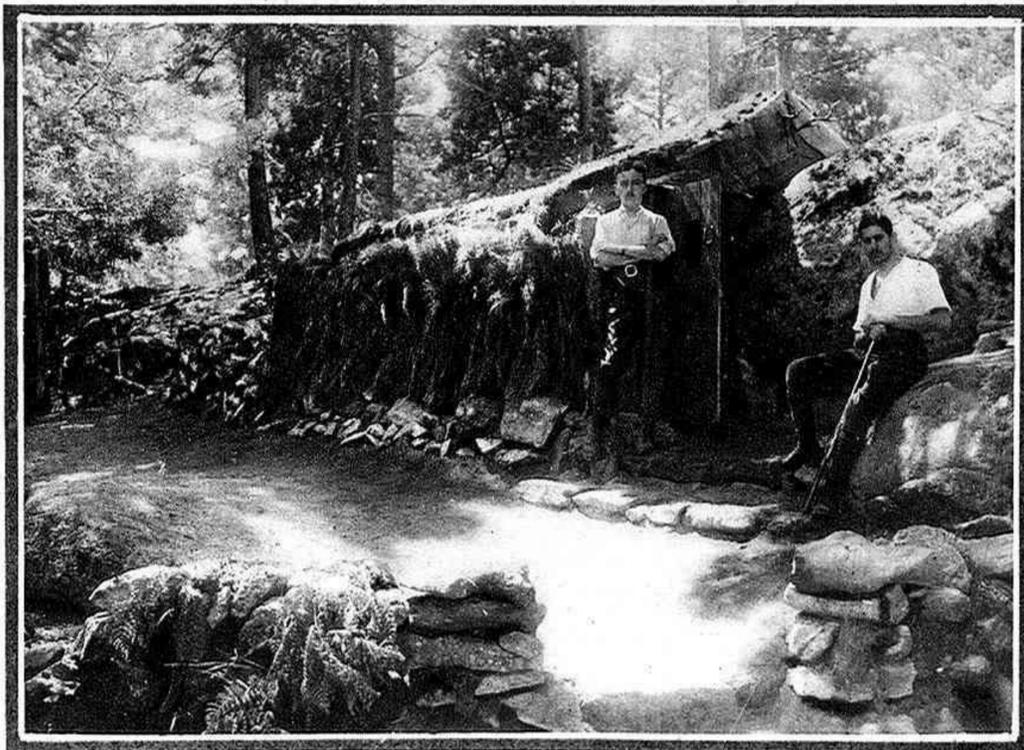
## A LAS PUERTAS DE MADRID LA SIERRA Y SUS MARAVILLAS

LA Sierra inmediata á Madrid presenta esta temporada su mayor esplendor, á causa de las abundantes nevadas de este invierno, que han animado grandemente á los cada vez más numerosos adeptos al esquí. Esta afición aumenta de continuo en la Corte, y hay ya excelentes patinadores que manejan diestramente los esquís, logrando no solamente grandes éxitos en los concursos nacionales, sino haciendo un honroso papel en las pruebas recientemente celebradas en Chamónix, en competición con los naturales de los Alpes y de los países norteros de Europa.

Al tratar de las entidades que en España más se han destacado en propagar la sana afición á la Sierra, sana física y moralmente, hay que colocar en el puesto de honor al veterano Centro Excursionista de Cataluña, que ha celebrado ha poco el cincuentenario de su fundación. Creado para conocimiento del suelo de su región, su labor acercó á la gente á la montaña, y el Montserrat, cercano á la urbe catalana, el Montseny más tarde, y finalmente el Pirineo, hasta el corazón mismo de los elevados macizos centrales, han ido recibiendo la visita de los excursionistas catalanes y han sido descritos en sus

encantos en una época en que todavía los madrileños miraban atemorizados al Guadarrama, vivienda de todas las pulmonías cortesanías. Parte por ser quizás más bellas las cercanías inmediatas á Barcelona, parte tal vez por mirarse aquel suelo como la patria clica querida (porque en Madrid hay de todo menos madrileños), es el caso que la afición al campo llevó en Barcelona de la mano á la montaña antes que en ninguna otra parte de España. En el haber del Centro Excursionista de Cataluña figuran la construcción de los tres grandes chalets de los Pirineos: el de Ull de Ter, el de la Renclusa, al pie del más alto macizo, La Maladeta, y finalmente el de La Molina, inaugurado el año pasado, destinado principalmente á hospedar á los aficionados al deporte del esquí, que aumentará notablemente en Barcelona con las facilidades que significa tan amplio y confortable albergue.

Análogo al Centro Excursionista de Cataluña, el Club Deportivo de Bilbao ha laborado grandemente por el desarrollo de la afición montañera en su país, y merced á su excelente organización y entusiasmo, todo el terreno de las encantadoras provincias vascas está ampliamente



El «Albergue de los alemanes», construido en plena Sierra por algunos excursionistas de esta nacionalidad, hace años, y que ha servido de refugio á innumerables aficionados al «camping» y á la vida en la montaña (Fot. Wunderlich)



El chalet de la Fuenfría, construido por la Sociedad Peñalara en pleno bosque

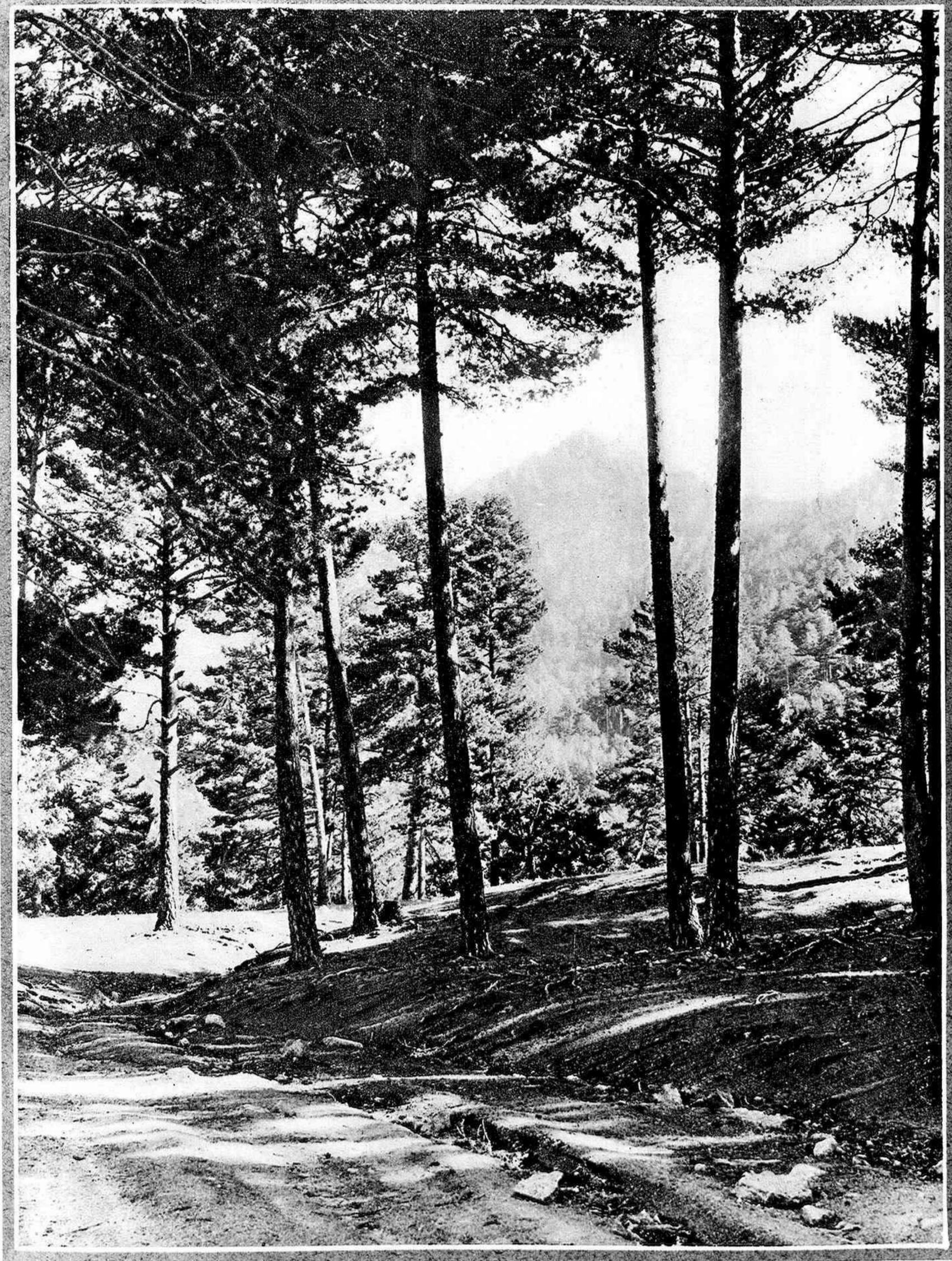
(Fot. Wunderlich)

descrito y detallado en sus magníficos archivos.

En Madrid, el acercamiento a la montaña ha empezado por la afición a la caza. En el año 1906 se constituye el primer grupo alpinista, el «Twenty Club», y construye el primer refugio

del Guadarrama, frente a la casilla de los peones camineros del Ventorrillo, alojamiento este de los primeros aficionados al esquí. De este grupo nació el Club Alpino Español en el año 1908, capitaneado por el entusiasta D. Manuel G. de

Amézua, a quien puede considerarse como iniciador y principal propagandista del esquí en la cordillera central. Antes debe citarse a la «Sociedad para el estudio del Guadarrama», constituida en Madrid en el año 1886 por los sabios



El segundo de los Siete Picos, visto desde la Calzada Romana

(Fot. Wunderlich)

naturalistas Sres. Macpherson, Quiroga, Saura, Hauser y el gran educador D. Francisco Giner de los Ríos.

Fundado el Club Alpino Español, construye el *chalet* social del Ventorrillo, que tiene que sufrir frecuentes ampliaciones para poder albergar

á los patinadores madrileños, que aumentan de año en año.

En el año 1913, un grupo de valiosos y entusiastas montañeros constituye en Madrid la «Sociedad Peñalara. Doce Amigos», para el estudio y conocimiento de las montañas españolas, prin-

cialmente el sistema central. Bien pronto se agrupan en torno de sus fundadores nuevos elementos, y en seguida la agrupación se transforma en Sociedad Peñalara, y más tarde, favorecida, á causa de su entusiasta labor, por la distinción regia, en la «Real Sociedad Española de



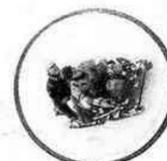
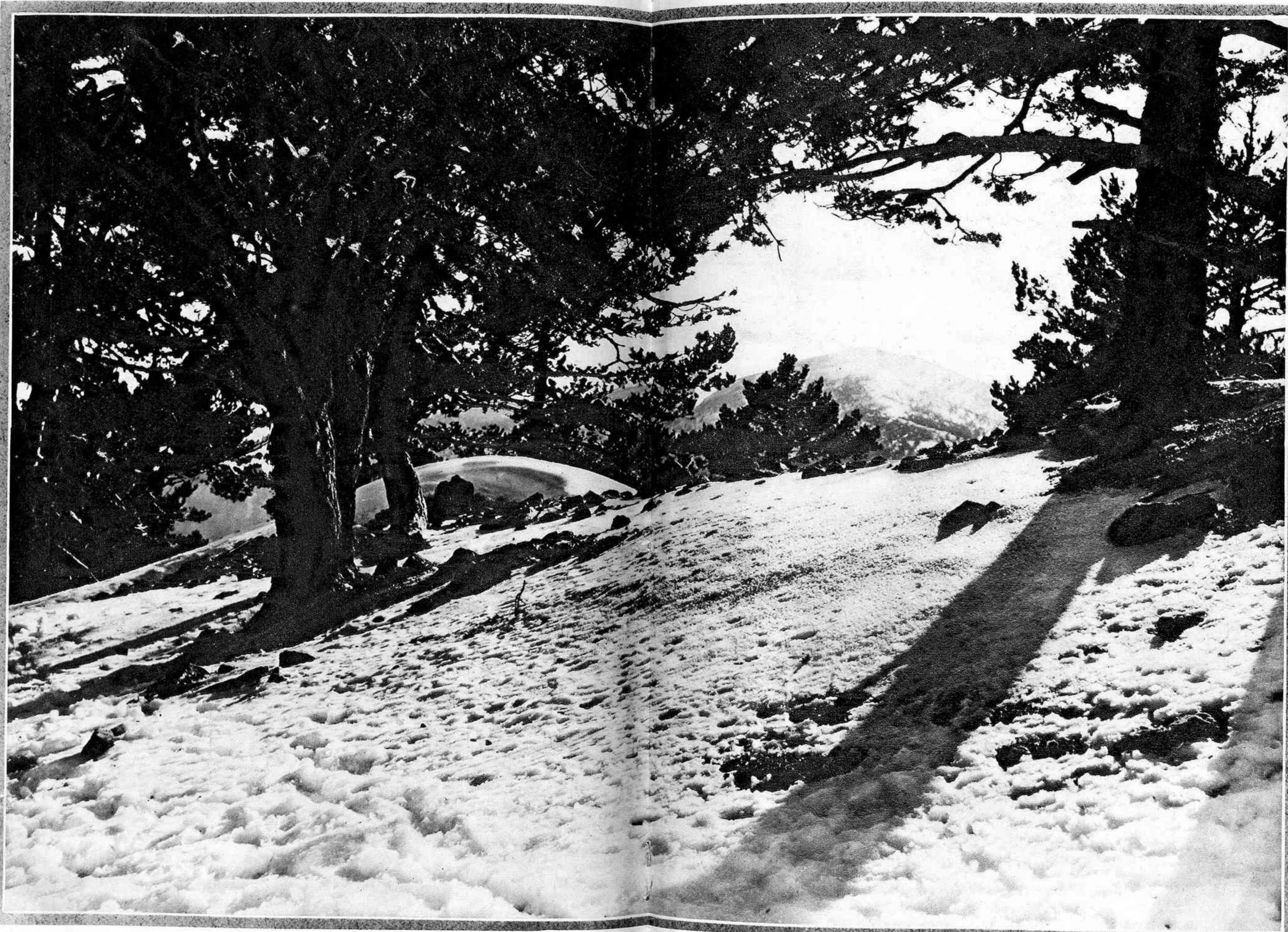


SOL DE INVIERNO  
EN LA SIERRA

Alpinismo Peñalara, que tanto ha trabajado por la divulgación de todas las montañas de España.

La Revista *Peñalara*, aparecida en Octubre de 1913, ya centenaria, es la primera publicación española en cuya valiosa colección se encuentran relatadas excursiones a todos los macizos montañosos, planos, croquis, fotografías, etc., de inestimable valor.

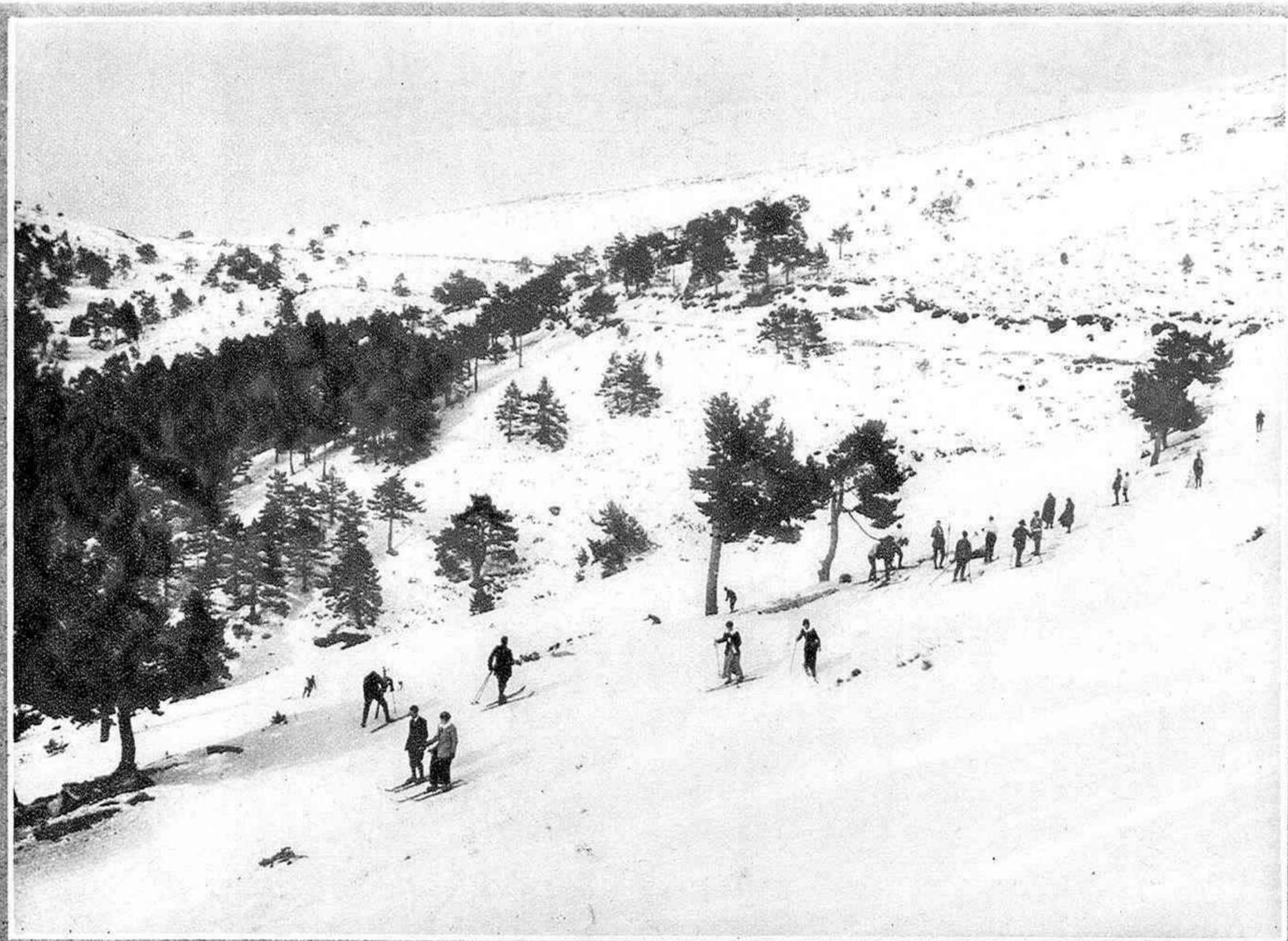
Al Club Alpino Español, por su propaganda de los deportes de nieve y por sus construcciones, y a la Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara, por su incansable labor de Revista; de ciclos de conferencias celebradas no solamente en Madrid, sino también en Barcelona, Bilbao, Granada, Salamanca y otras pobla-



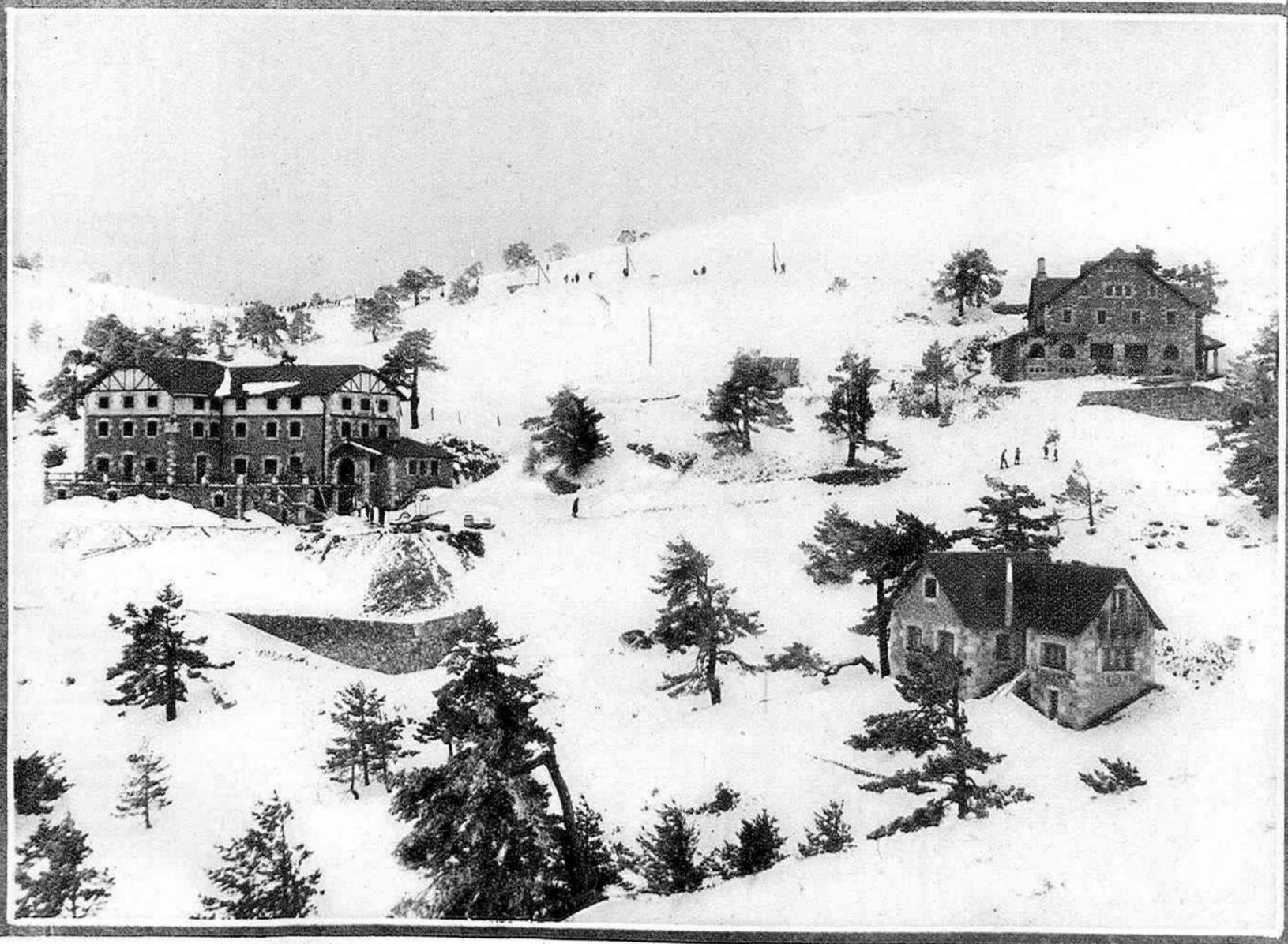
Contraluz obtenido  
por Wunderlich

ciones; por sus Exposiciones de fotografías que no solamente han recorrido España, sino el Extranjero, y a otras dos Sociedades, aunque en plano más modesto, Los Amigos del Campo y la Sociedad Deportiva Excursionista, deben los madrileños conocer su Sierra, y con las otras Sociedades antes citadas, los españoles las montañas de España.

En estos últimos años, tras de la desinteresada labor de las entidades alpinas, ha llegado el esfuerzo industrial al Guadarrama, y un tranvía eléctrico y un hotel ofrecen al viajero fácil acceso al Puerto de Navacerrada, después de un pintoresco viaje, y alojamiento cómodo en las alturas. Pero, ¿qué es esto para una



Las cercanías del puerto de Navacerrada en 1914, cuando aún no habían sido construidos los chalets ni la línea del tranvía



El mismo lugar de la Sierra en la actualidad. A la izquierda, el Club Alpino Español. A la derecha, el chalet de la Sociedad Peñalara

(Fots. Wunderlich)

población que tiene un millón de habitantes? Solamente plácemes merecen las Compañías del F. E. Eléctrico y del Hotel, y más todavía que plácemes las sociedades alpinas que con es-

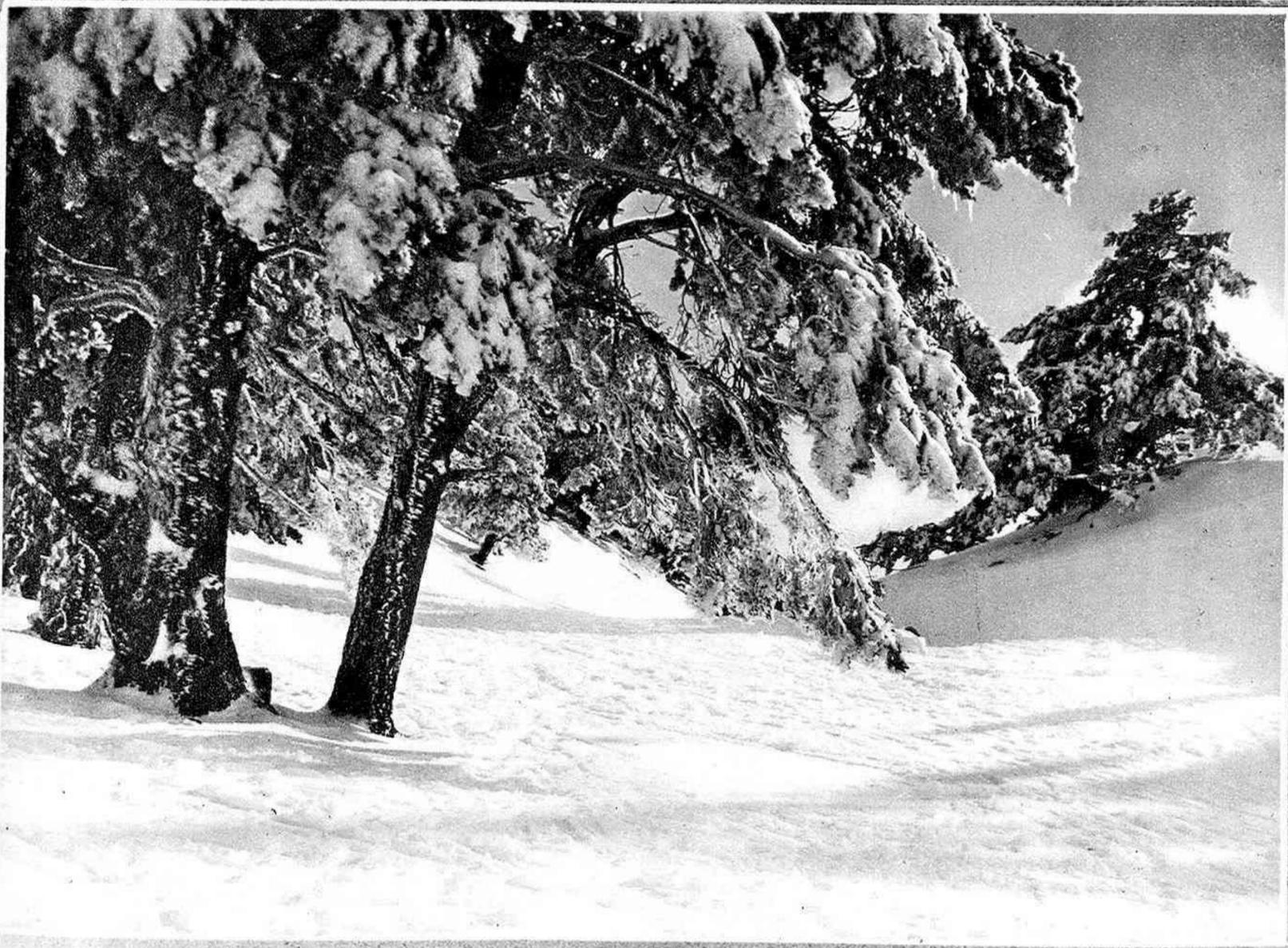
casísimos recursos y modestas cuotas han edificado: el Club Alpino, dos *chalets* en la parte de Navacerrada y uno Los Amigos del Campo; la Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara,

un albergue en la bravía Pedriza de Manzanares, después un *chalet* en el incomparable valle de la Fuenfría y, finalmente, otro excelente, acertadísimo modelo de construcción alpina, en



Magníficos aspectos de la nieve, cubriendo las ramas de los árboles, en el puerto de la Fuenfría

(Fots. Wunderlich)



la parte más alta del Puerto de Navacerrada. Lúchase actualmente para que el viaje á la Sierra sea más económico y más cómodo, y no cabe duda que los Poderes Públicos tienen la

obligación de coadyuvar también á la conservación de la salud de los ciudadanos, facilitando á los madrileños su expansión á la Sierra. Dinero que se invierta en esto, auxiliando á las entida-

des que bien han demostrado su valía y entusiasmo, es dinero ahorrado sobradamente en los presupuestos de sanatorios.

ANTONIO VICTORI



El amor sobre esquí.—Un matrimonio deportivo, en plena luna de miel sobre la cumbre nevada  
(Fot. Wunderlich)

# EL ADEMAN PREMATURO



**S**OBRE la punta de los pies menudos se alza anhelantemente la figura joven, fina, tirante, que quiere alcanzar el fruto. Fruto como esa figura femenina, aun débil, joven, sin los oros de la madurez. En la actitud de la mujer niña que busca la rama hay la impaciencia del esfuerzo ansioso y prematuro.

Primavera en Febrero, deseo de juventud cuando aún se es adolescente... Esto es lo que reflejan todos los apasionamientos florecidos antes de su hora. Perseguir y alcanzar ávidamente el fruto que todavía no maduró, es renunciar á postreras y más sabrosas voluptuosidades. Equivale á no gozar de la dulzura plena que ese fruto ha de ofrecer más tarde, cuando ya quiera desprenderse de la rama porque le llegó la hora...

Esta es, sin embargo, la juventud. Una actitud impaciente en los músculos ágiles. Una sed inextinguible en los voraces labios. Un afán de conquista en el inquieto pensamiento y en las manos ávidas.

La juventud bebe muy de prisa, en un solo sorbo, el licor de las pasiones y de las voluptuosidades. Tiene prisa de conseguirlo todo, de llegar á todo, de conocer todo, aunque sea prematura-

mente. Para su sed todos los vinos, aunque tengan un fondo de hiel, y todos los frutos, aunque tengan un zumo ácido. ¿Esperar, apaciguarse, serenarse?... No. Embriagarse de todo, gozar todo en un instante, como si fuera á ser el último. Llevar en el alma, como un airón, los bellos versos rubenianos:

Goza del sol, de la pagana  
luz de sus fuegos;  
goza del sol porque mañana  
estaréis ciegos.  
Goza de la carne, ese bien  
que hoy nos hechiza  
y mañana se tornará en  
polvo y ceniza.

Pero, ¿está el secreto de esa gran esfinge devoradora que es la Vida en vivirla de prisa, ansiosamente, con un impaciente deseo de alcanzar todos sus frutos, aunque sobre ellos la madurez no tienda aún sus oros? Beber precipitadamente, de un solo sorbo, es renunciar al sa-

bor, al paladeo lento, voluptuoso del vino. Sólo cuando ese fuego loco de la juventud abate sus llamas violentas es cuando cabe gozar de las cosas con plena serenidad y con plena conciencia. Los amores precipitados, absorbentes, de los

años mozos dejan de su paso rápido una huella poco intensa, poco gustosa. Se ama mejor cuando ya la madurez nos sostiene en su cima serena, sin arrebatos, hondamente, dando á cada palabra su sentido y á cada emoción su valor. Muchas veces se ha dicho que es mejor ese sueño de última, en que el espíritu se da cuenta de que los sentidos duermen, que el otro sueño: el primero, el profundo, el que recoge toda la sed de reposo de nuestros nervios y de nuestros cansados músculos.

Que nuestras manos ávidas, que nuestro inquieto pensamiento sepan esperar, para conocer más tarde una emoción más gustosa. Que no haya en el corazón una sed por lo prematuro. Que nuestra boca sepa aguardar la hora oportuna y única en que el fruto se dora por la madurez.

GABRIEL ARACELI

(Dibujo de Laura Albéniz)

En un centenario solemne

## L U I S V A N B E E T H O V E N

UNA personalidad tan sólida en sus concepciones artísticas, tan influyente en el orden de la cultura universal, y que tan firmemente viene prolongando su reputación como Luis van Beethoven, ofrece, por fuerza, facetas múltiples, todas interesantes



Retrato de Beethoven que se conserva en el Museo de su nombre en Bonn, pintado por Latronne en 1814

y dignas de estudio. Y esas variadísimas facetas inspirarán, á buen seguro, los correspondientes comentarios en todo el orbe intelectual, desde Escandinavia hasta Australia y desde las Islas Británicas hasta las que forman el Imperio japonés, en este mes de Marzo de 1927, por ser ahora cuando se cumple el centenario del día en que cerró para siempre los ojos aquel insigne músico.

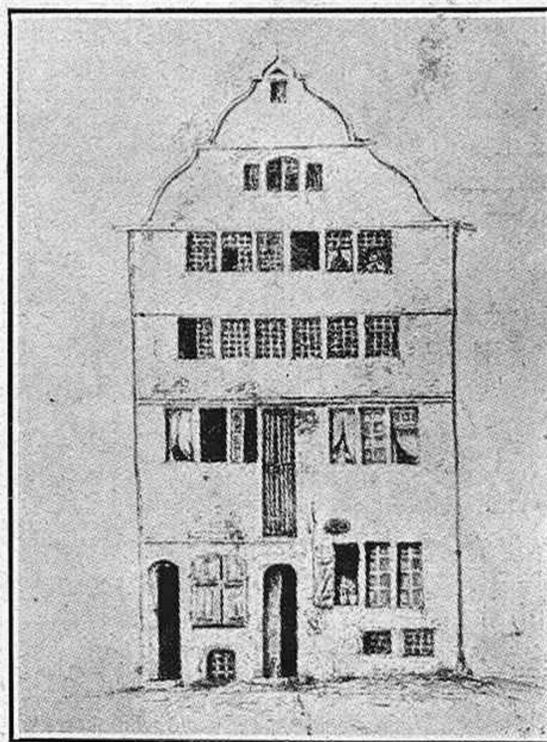
Como no existe actualidad más viva que la del centenario de un gran hombre, por estas semanas se habrán visto en la precisión ineludible de presentarnos á Beethoven todos los diarios y todas las revistas que se precien de recoger la actualidad, á fin de rendirle los debidos homenajes. En millares de publicaciones se dirá, con pocos días de diferencia, que aquel compositor era nieto de un músico de capilla por la línea paterna, y de un cocinero por la materna; que tuvo un padre alcohólico y una madre tuberculosa; que á los doce años era cembalista en la capilla electoral de Bonn, su ciudad natal; que á los trece le colocaron, como organista adjunto, en la Catedral de aquella misma población; que muy joven aún, considerando ese ambiente harto angosto para sus aspiraciones y sus inspiraciones, se trasladó á Viena, donde arraigó de tal modo, que tuvo allí su morada entre los vivos, y después su tumba entre los muertos.

Se dirá que, como creador, produjo nueve ó diez sinfonías, según que se omita ó se incluya aquella denominada *Sinfonía Cero*, descubierta hace pocos lustros; que escribió para el teatro un *Fidelio* cuya difusión no corresponde á su elevado valor artístico, y para el templo una *Misa Solemne* cuya extensión la inhabilitaba para tener el marco requerido por su índole; que compuso varias docenas de sonatas (entre ellas la *Patética*, *Claro de Luna*, *La Aurora*, la *Appassionata* y *Los Adioses*), con las cuales hoy se solazan los pianistas y auditorios en igual medida que con las mejores obras de Chopin; que en la música de cámara dijo palabras definitivas con sus cuartetos de cuerda.

Los aspectos físico y espiritual del músico no se quedarán sin sus respectivas menciones; se recordará que arrastró consigo una desconsoladora sordera durante muchos años; que su carácter se distinguía por lo enérgico, y que aquel hombre era á ratos duro en

muchos momentos infantil, y siempre severo para consigo mismo y para con los demás. Se pintará su alma recordando aquellos pensamientos beethovenianos que dicen textualmente: «No reconozco más signos de superioridad y excelsitud que la bondad.» «Sócrates y Jesús han sido mis modelos.» «El verdadero artista carece por completo de orgullo, pues sabe que, desgraciadamente, el arte carece de límites; y percibiendo vagamente cuán alejado se halla del fin, mientras acaso recibe admiraciones ajenas, deplora no haber llegado á aquel lugar donde un genio mayor refulge para él como podría refulgir un sol remoto.»

Sus tribulaciones familiares por culpa de un sobrino díscolo, sobre el cual Beethoven ejercía tutelar acción, constituirán motivo adecuado para más de una fantasía musical. Y constituirán temas con variaciones su veneración transitoria por Napoleón Bonaparte, así como sus aceradas apreciaciones ante la actitud sumisa del Goethe ceremonioso y cortesano, por revelar todo ello la altivez de un hombre para quien la dignidad del artista debía sobreponerse á toda otra de orden social, ó, á lo sumo, no dejarse pisotear ni so-



Casa natal de Beethoven, en Bonn. (De un dibujo antiguo conservado en la Biblioteca del Conservatorio de París)

portar humillaciones por razón de jerárquicas prerrogativas.

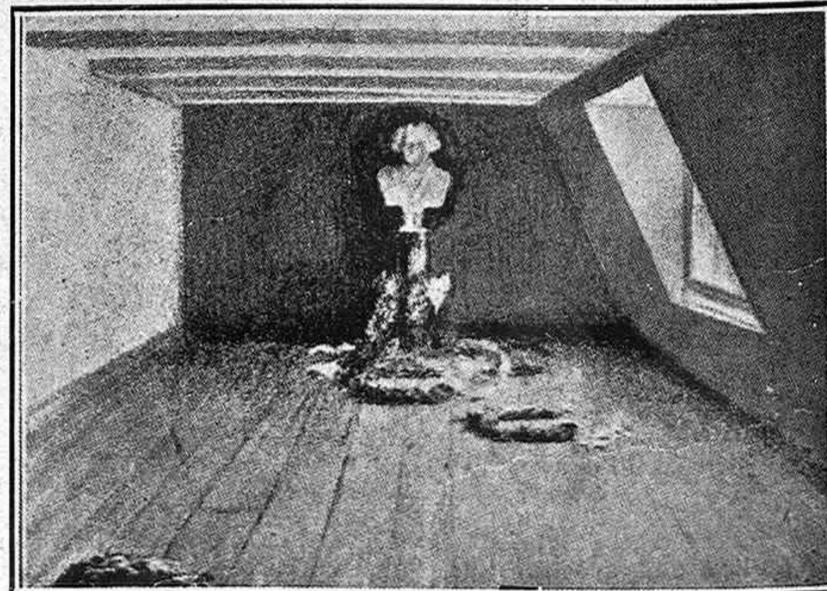
Se asociarán en acordes armoniosos los efímeros fervores beethovenianos de cuantas personas veneran toda actualidad intelectualista, sin tener para ello razones emotivas ó sentimentales, salvo la inspirada en la necesidad incoercible de seguir la moda. Por otra parte, se destacarán las manifestaciones disonantes de quienes, deslumbrados —y con una sinceridad no siempre leal— ante lo ultramoderno, consideren públicamente á Luis van Beethoven como un pobre músico ramplón, hinchado, hueco, envejecido y romántico...; sobre todo romántico, ya que para los actuales «filoneistas», romántico es sinónimo de vulgar, detestable y ruin.

Ahora bien; por encima de aquellos infelices veneradores ocasionales y de estos desventurados desdeñadores sistemáticos, millares y quizás millones de almas—creámoslo así, en beneficio de la Humanidad misma—oirán con devoción suma la sonata, la sinfonía ó el cuarteto predilecto de su amadísimo Beethoven, precisamente por los días en que se cumple el primer centenario de tan dolorosa pérdida, y sentirán conmovirse ante el artista que fué tan grande en sus creaciones y no menos grande en sus pesadumbres.

•••••

Porque Beethoven creó y sufrió. Creó menos que otros colegas suyos si medimos con criterio cuantitativo la fecundidad; pero sufrió tanto como el que más. ¡Cuántos sinsabores y amarguras le proporcionaron el hogar en que vivía solo, á la merced de la criada; las traiciones que habían de llegarle á lo más hondo de su alma sensible, y las penurias económicas renovadas incesantemente! Y todo ello junto, sin embargo, no era nada en comparación con aquella sordera que le afligió en plena juventud intelectual, unida al estado de su salud, tan precario siempre. Cuando se cercioró, horrorizado, de que aquel mal que le privaba del sentido máspreciado para un músico, había hecho progresos formidables, sin que hubiese remedio capaz de devolverle la facultad auditiva, tentado estuvo de suicidarse. Pero se sobrepuso á su dolor, á sus angustias, á sus impulsos liberadores de una vida cruel. En aquella serenidad ante el magno dolor había de tener buena parte Plutarco, de quien Beethoven aprendió dos virtudes óptimas: la resignación y el heroísmo. Comprendió el músico que no se debía él tan sólo á sí mismo, sino al Arte y á la Humanidad; y advirtió cuán injusto sería privar al uno y á la otra de las creaciones que germinaban ó bullían dentro de su ser. Y resignado á la postre ante la fatalidad de lo irremediable, realizó la conquista de lo que él mismo ha denominado, con frase concisa, «A la alegría mediante el dolor» (*Durch Leiden Freude*). ¿Qué otro lema tan atinado cual éste hubiera podido tener el escudo de armas del pobre y gran Beethoven?

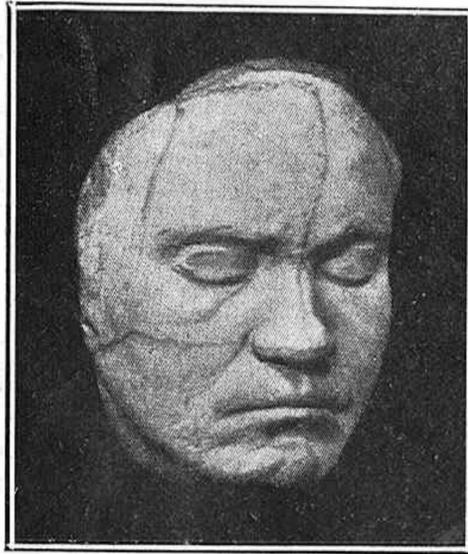
No fué pérdida para la Humanidad esa prolongación de una vida humana que voluntariamente iba á perder Luis van Beethoven, porque él realizó en el arte suyo una tarea tan grande como la efectuada, un siglo antes, por Juan Sebastián Bach. Y si con algún otro músico se puede hacer un paralelo de la personalidad beethoveniana, es, precisamente, con este de *El clave bien templado*, de las *Cantatas* y de las *Pasiones*. Como ha dicho Mr. Vermeil, el catedrático de la Universidad de Estrasburgo, sintetiza el



Guardilla en que nació Beethoven, en el barrio de Bongasse, en Bonn

primero todo el período musical que va desde la Edad Media hasta la mitad del siglo XVIII é integra su dinamismo en las formas musicales creadas por Italia, recogiendo el doble y contradictorio influjo del optimismo y el pesimismo. Y lo que Bach efectuó en el terreno religioso, Beethoven lo realizará después en el terreno humano, con medios novísimos, afirmando él también esta doble expresión del dolor y del triunfo.

En efecto, el dolor y el triunfo representan algo consubstancial y sólidamente trabado tanto en la vida como en la obra del sinfonista. Y el triunfo alcanzó á veces manifestaciones tan estrepitosas—aunque no percibidas por el músico, á quien la sordera le impedía percibir toda manifestación sonora ó ruidosa, y le tenía recluído en sí mismo—, que, por vivir precisamente en una época y en un lugar que rendían culto al «genio», cuando se estrenó su *Novena Sinfonía* con coros, se le otorgó el privilegio de obsequiarle con una quintuple salva de aplausos, aunque, según el ceremonial mantenido rigidamente, el Emperador de Austria, su vecino, recibía esas salvas de aplausos en número que no rebasaba la cifra tres. Con ello, ese auditorio tan selecto como entusiasta, manifestó bien claramente que, para él, un artista podía valer el doble que un jefe de Estado, aun siendo el artista extranjero, como lo era en Viena, la ciudad bañada por el



Mascarilla de Beethoven

pio Beethoven—se conoce por doquier bajo el título *Claro de luna*. Pero Giulietta le fué infiel al músico bonnense, contrayendo nupcias con el conde Wenceslao von Gallenberg, maestro en las artes de la equitación y la esgrima, y más tarde compositor de *ballets* y obras escénicas menores, de las cuales esperaba obtener algunos provechos económicos cuando le trajo la ruina su actividad como empresario...

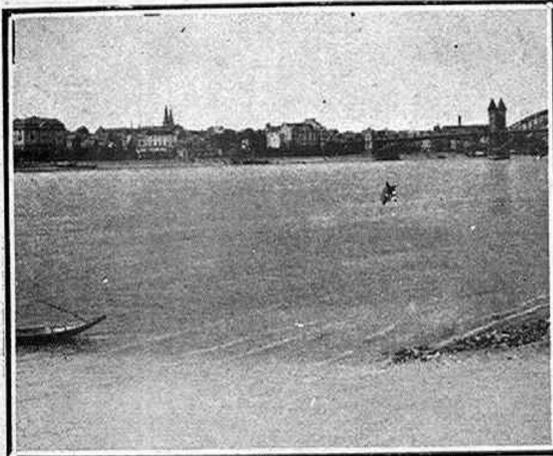
Enamorado Beethoven algunos años después de Teresa von Brunswick, la serenidad que imprimió en el espíritu del compositor esta espiritual mujer aparece reflejada en la *Cuarta Sinfonía* y el *Concierto de violín*. Supónese, asimismo, que ese mismo amor inspiró tres sonatas para piano: la *Appassionata*, la que lleva el triple título correspondiente á sus tres números *La despedida, la ausencia y el retorno* y la dedicada á Teresa por Beethoven, cuyo número de orden es 24.

Interesóse cordialmente, algún tiempo después, por Bettina Brentano. Esta mujer tan intelectual, tan sentimental y tan sincera á un tiempo, y que tanto veneraba á Goethe, quedó profundamente impresionada cuando estableció una relación personal con Beethoven. En su gran veneración por el nuevo amigo, Bettina declaró al viejo maestro: «Bien te puedo confesar que toda naturaleza espiritual se distingue por un encanto divino, y que Beethoven ejerce este encanto con su arte. Cuando le vi por primera vez, todo el universo desapareció para mí. Beethoven me hizo olvidar el mundo, y hasta á ti mismo, Goethe... Ningún rey ni emperador tiene tanta conciencia de su poder como este Beethoven; ninguno tiene tanta conciencia como él de que toda fuerza dimana de uno mismo... Si yo le comprendiese como le siento, yo sabría todo.» Del trato que sostuvieron Bettina y Luis no se llegó al enlace matrimonial; pero sí á una intensificación del espíritu poético en el alma del músico. Diríase que Goethe influyó sobre él, de un modo indirecto, por intermedio de aquella mujer, ya que esa relación personal contribuyó, sin duda, á que

el gran sinfonista utilizase textos del autor de *Fausto* para componer *Egmont*, *Mignon*, *Amor nuevo* y otras obras más. Fué también entonces cuando Beethoven escribió un soneto para tan adorable inspiradora; pero esa producción poética no fué, precisamente, la que le ha granjeado una inmortalidad cuyo relieve se destaca en los días del centenario.

Tres son, pues, los tiempos fundamentales de esta *Sinfonía amorosa de Beethoven*. El primero, *allegro con brio*, nació y murió por obra y gracia de la famosa Giulietta Giucciardi. El segundo, *andante appassionato*, nació por obra y gracia de la famosa Teresa von Brunswick, y murió no se sabe por culpa de quién. El tercero, *scherzo*, difícilmente hubiera podido tener otra inspiradora tan adecuada como aquella Bettina Brentano que veneró á Goethe con una admiración correspondida. ¿Y el «final»? Esta *Sinfonía amorosa de Beethoven*, como la *Sinfonía incompleta*, de Schubert, no tuvo «final». El «final» hubiera sido el número de la boda; y el gran corazón de Beethoven sintióse inflamado innumeradas veces; pero si era grande su hondura, su versatilidad no era menor. Habiéndose trazado el lema «A la alegría por el dolor», es indudable que cada pasión amorosa puso en su alma un poco ó un mucho de esa alegría ahuyentadora de penas y sinsabores sin cuento.

Y cuando le llegó su pobre hora, cerca de



Vista panorámica de Bonn sobre el Rhin

Danubio, aquel Beethoven que había nacido al margen del Rhin.

•••••

Sí; Beethoven creó y sufrió. Creó y sufrió lo indecible. Pero también amó mucho. «Nunca vivió sin un amor, y á él se entregaba impetuosamente, sobre todo durante su estancia en Viena»; así dice con referencia á Beethoven su biógrafo el Dr. Wegeler. Eleonora de Breuning, Bárbara Koch, Juana de Honrat, Giulietta Giucciardi (la futura condesa de Gallenberg), Teresa Malfatti (la futura baronesa de Drossdick), Teresa von Brunswick (la hermana del conde Francisco de Brunswick), la baronesa Ertmann, Bettina Brentano (la célebre amiga de Goethe), Amelia Sebald (la excelsa cantante), la condesa de Erdödy, y otras mujeres más, hubieran podido formar el cortejo femenino que, sucesivamente, atrajo á Beethoven, haciéndole sentir el encanto de las afinidades electivas, é inspirándole, en más de un caso, el deseo de contraer matrimonio. A pesar de todo, Beethoven murió soltero.

Detalladamente han presentado este aspecto sentimental las páginas de un libro mío, tratando la materia en una sucesión de capítulos que llevan por epígrafe *La Sinfonía amorosa de Beethoven*.

La pasión amorosa de Beethoven proyectó sobre sus composiciones más de una vez. Enamorado de la condesa Giulietta Giucciardi cuando ella tenía diez y seis años y él le doblaba la edad aproximadamente, dedicó á esa muchacha la famosa sonata para piano que—merced á Rellstab y no al pro-

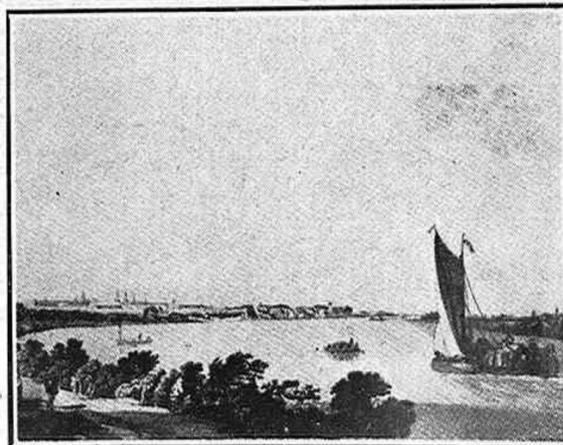


La catedral de Bonn, en donde fué organista Beethoven

aquel Danubio donde había visto venir tantas horas ingratas, así como también algunas gratuitas, y lejos de aquel Rhin cuya imagen, conservada desde los años infantiles, no cerraron sus ojos la esposa amante ni la adorada ferviente que, en el supremo trance, quizás habrían hecho menos doloroso el tránsito desde el mundo de los vivos á la mansión de lo insondable.

Si Beethoven hubiera vivido algunos años más, indudablemente habría amado á más mujeres de un modo sucesivo, por obra de esa dinámica fuerza pasional que tuvo también su proyección en las creaciones artísticas incubadas por su espíritu. Y seguramente no se habría casado con ninguna de esas nuevas adoradas. Pero tales amores tampoco habrían sido estériles, pues merced á ellos, habría nacido alguna nueva *sonata appassionata* que ahora—en estos días del centenario—se tocaría por doquier, como se están tocando las inspiradas por Giulietta Giucciardi y por Teresa von Brunswick, para emocionarse en las más diversas altitudes y latitudes—desde Trondhen ó Upsala hasta Punta Arenas ó Sidney, y desde Dublin ó Cork hasta Yokohama ó Tokio,—á las almas sinceramente emotivas, que no necesitan de estímulos especiales para fingir admiraciones transitorias, ni se dejan arrastrar por intelectualismos *filoneistas* cuyo pernicioso influjo exige—con harta doblez en muchos casos—que se condene por anticuada, vulgar y contaminada de romanticismo, la obra de aquel gran músico cuyo glorioso apellido dice: BEETHOVEN.

JOSÉ SUBIRA



Bonn en la época del nacimiento de Beethoven (1770)



## LOS GORRIONES DEL TEJADO

Quietos en el alero contiguo á mi ventana,  
codiciosos acechan una y otra mañana  
para ver si sorprenden la esperada señal;  
y apenas me divisan, en vuelo refrenado,  
uno tras otro vienen por cima del tejado  
al sitio donde abro la puerta de cristal.

Cuando por despistarlos alguna vez me escondo,  
sin dejar de mirarme con su ojillo redondo,  
por un lado se acercan, por el otro se van;  
hasta que se convencen de que no es el momento,  
y de nuevo posados quedan sin movimiento  
esperando que caiga la miguita de pan.

Llega al fin el instante que les colma el deseo;  
detrás de cada miga surge un revoloteo;  
se entabla una disputa por el trozo mayor;  
y aquel que en el combate su pedazo se deja,  
buscando mejor puesto salta de teja en teja  
y viene á colocarse de frente al mirador.

(Dibujo de Echea)

Las hembras, más valientes ó menos recelosas,  
con el pico entreabierto, las alas temblorosas,  
poco á poco á la mano se acercan á comer;  
hay una pizpireta, color de seda cruda,  
ágil, inquieta, fina, recortada, menuda,  
con la inocente astucia de la niña mujer.

Una vez que el tejado limpio de migas dejan,  
los que están satisfechos prontamente se alejan,  
y aquellos más glotones aún esperan allí;  
hasta que persuadidos de que nada les echo,  
se retiran pensando que están en su derecho,  
mientras no tengan hambre, de olvidarse de mí.

Cierto que son ingratos; pero yo no me quejo:  
la ingratitud del mundo me enseñará á ser viejo;  
los desengaños siempre provechosos serán.  
¡Los pájaros, al menos, nunca me han engañado,  
porque yo sé que sólo vienen á mi tejado  
cuando puedo ofrecerles una miga de pan!

JOAQUÍN GUICHOT

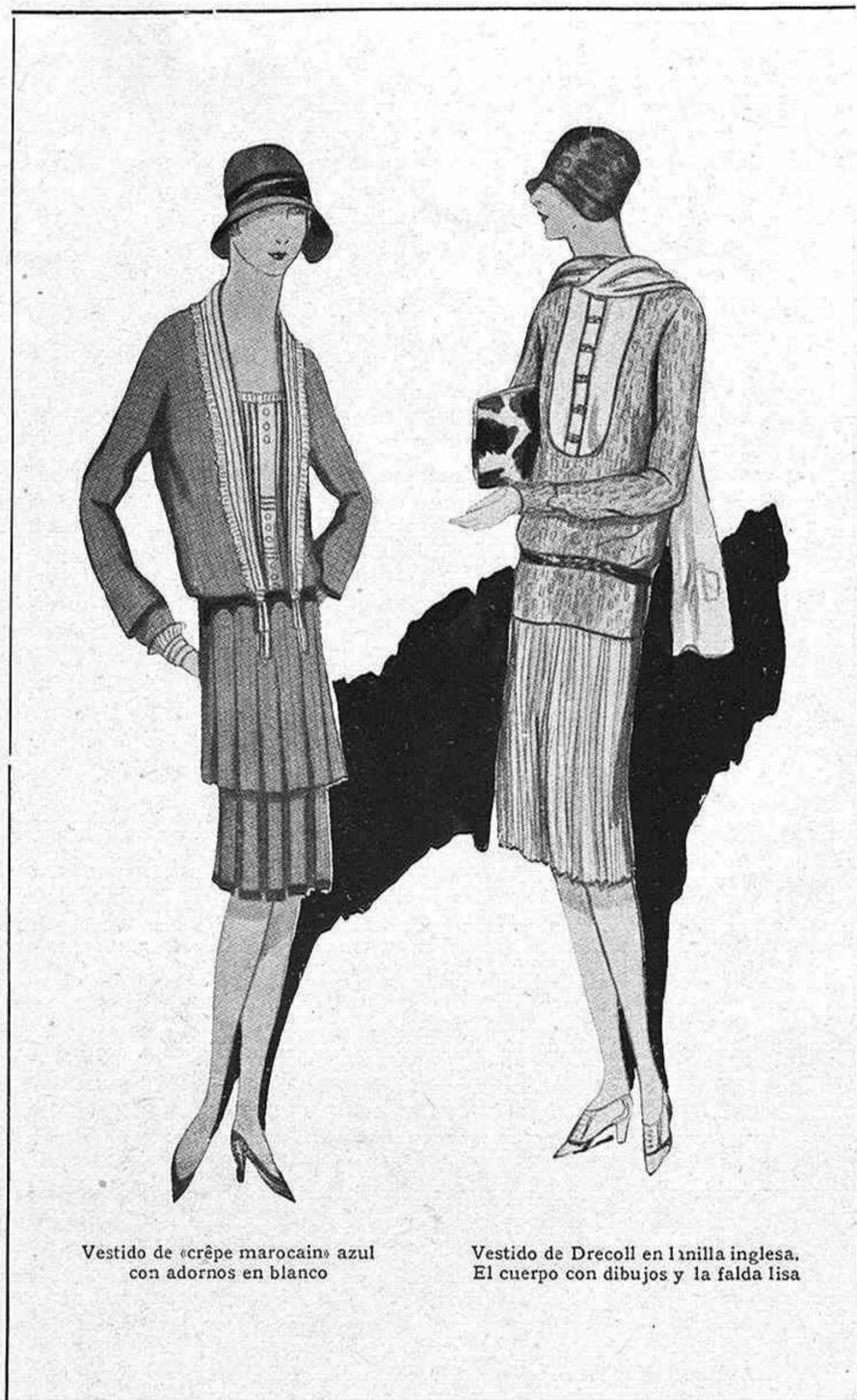


El notable escultor Vicente Navarro, trabajando en su retrato en mármol de Don Alfonso XIII

UNA OBRA  
 DEL  
 ESCULTOR  
 VICENTE  
 NAVARRO

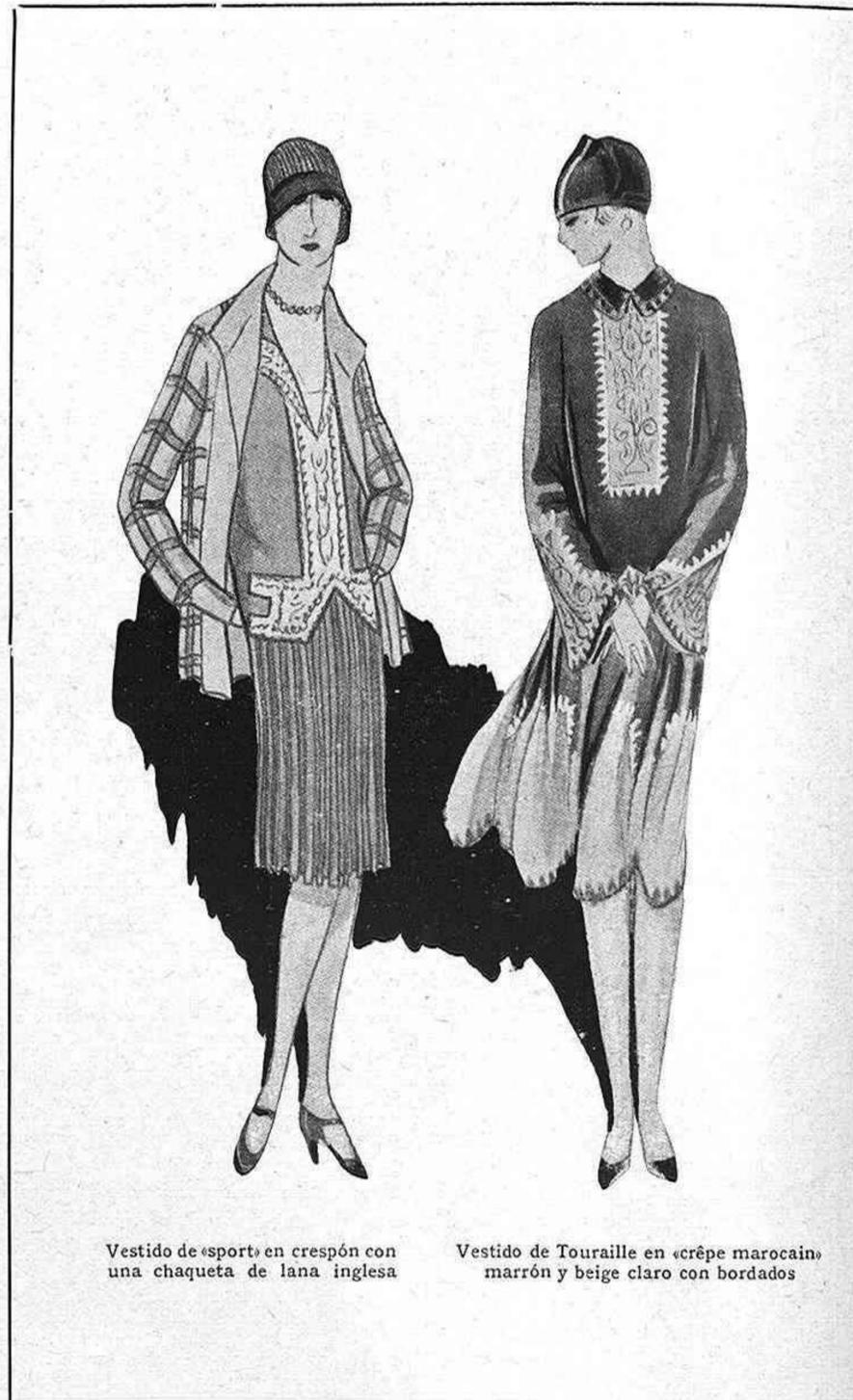
Busto, en mármol,  
 de S. M. el Rey  
 Don Alfonso XIII,  
 destinado á la Ex-  
 celentísima Dipu-  
 tación de Barce-  
 lona

Detalle del magnífico retrato en mármol, de S. M. el Rey, obra del escultor Sr. Navarro



Vestido de «crêpe marocain» azul con adornos en blanco

Vestido de Drecoll en l'inglés. El cuerpo con dibujos y la falda lisa



Vestido de «sport» en crespón con una chaqueta de lana inglesa

Vestido de Touraille en «crêpe marocain» marrón y beige claro con bordados

# Elegancias

ADMIRANDO las bellas colecciones de sombreros primaverales, nos ha venido á la imaginación la idea de que los grabados y fotografías de modas de nuestra época quedarán en lo porvenir como prueba de la sencillez y el refinamiento de nuestro siglo.

La fantasía chillona, relumbrante, ha muerto para dejar paso á las tendencias sencillamente ejecutadas. Nada de adornos recargados y excesivamente costosos, y sí minuciosos trabajos de alta costura. Los adornos son como accesorio y reducidos casi á la nada; por ejemplo, se llevan cintas anudadas á un lado, ó una flor, ó un trozo de fieltro recortado y superpuesto sobre la copa.

Las materias empleadas en los sombreros primaverales son todas, sin excepción, de una finura tal, que el fieltro se confunde fácilmente con la seda, y la paja con el terciopelo *chiffon*.

Las materias rígidas, como las pajas exóticas,

se usan sólo para los sombreros de playa ó deportivos. El *Bakou*, *Bambou*, Panamá y Manila son los derivados del *Bangkog* y las pajas que más se usan para estos sombreros. Combinados con una cinta escocesa ó un trenzado de otras calidades de paja, resultan unos modelos muy sencillos y prácticos, y, sobre todo, muy adecuados para practicar toda clase de *sport*.

Para vestir, la paja se lleva también mucho; pero ha de ser de una calidad maravillosa y rica. Complicados trenzados de paja, seda y lana forman el conjunto de muchos de los modelos admirados; unos en un solo tono y otros formando cuadrículados tricolor.

Las formas lanzadas en la actual primavera se dividen en tres categorías: la toca, el sombrero de ala muy pequeña y el de ala mediana.

A nuestro juicio, la primera va á tener mayor

aceptación; pues, entre otras múltiples ventajas, tiene la de armonizar maravillosamente con la silueta extremadamente espiritual y grácil de la mujer moderna.

El sombrero de alas pequeñas se presta, sin embargo, á mayor variedad en la interpretación de los modelos, y aun, incluso en los adornos, la originalidad y el buen gusto encuentran más ancho campo y variedad.

Por regla general, estos modelos van adornados en la parte de detrás con una cinta de cinco ó diez centímetros de ancha, formando un lazo ó un motivo cualquiera graciosamente trabajado.

A veces, una flor ó un adorno muy sencillo de plumas de gallo glicerizadas destaca en algunos de los nuevos modelos; pero lo más corriente son las cintas, formando nudos, lazadas ó bandas.

El tono gris y el negro, así como el blanco, palo de rosa, *fañé*, *martie* azul marino y rojo,



Vestido de noche en lamé con el cuerpo bordado en perlas

(Creación de Dreco'1)

son los preferidos para los sombreros de fieltro y *gros-grain*; la paja brinda mayor amplitud á todos los tonos de la paleta y, sobre todo, cuando se emplea en modelos para llevar durante el día.

El uso del fieltro es general, y casi puede de-

cirse que tendrá en el rigor del verano la misma aceptación que en los gratos días primaverales; para entonces, los tonos neutros que imperan ahora harán concesiones á los colores brillantes, azules, verdes, amarillos, etc. Los creadores de la moda harán con los fieltros cosas tan bellas,

que aun cuando su uso sea un poco más molesto, por el excesivo rigor de la canícula, las mujeres habremos de rendirnos entusiasmadas ante la maravilla y la gracia de las lindas confecciones.

ANGELITA NARDI

# UN CAPÍTULO DE "LA NOVELA SIN TÍTULO"

*Guillermo Díaz-Caneja, el excelente novelista á quien la Academia Española galardonó con el Premio Fas'envath por su novela «El sobre en blanco», acaba de publicar un nuevo libro en el que triunfa la amenidad, la viveza de ambiente y la humanidad en los tipos que caracterizan á este escritor. «La novela sin título»—así se llama el nuevo libro—está obteniendo un gran éxito de librería. La historia de mujer que en la novela se narra tiene emoción y ternura; tiene esa sensación humana de lo que antes de vivir en las cuartillas ha sido realmente en la vida. A continuación reproducimos un capítulo de esta novela de Guillermo Díaz-Caneja.*

XV

AQUELLA mañana Florita se levantó más tarde que nunca. Su cuerpo estaba quebrantado; su espíritu, abatido. El recuerdo de la noche precedente gravitaba sobre él, manteniéndolo en un lamentable estado, del que no eran suficientes á sacarle las más severas reflexiones ni las detenidas consultas á su conciencia. De nada tenía que avergonzarse la viuda, y la mayor vergüenza pesaba sobre su ánimo.

Sobre una butaca del gabinete estaban el vestido y las demás prendas que engalanaron su cuerpo, despertando tantos deseos. El vestido, tirado sobre el mueble, parecía un guiñapo, derrotado, vencido en impía lucha.

La visión de su tío inspiraba á Florita una franca repugnancia, que crecía por momentos, á medida que recordaba las palabras de Charito. Era mil veces más repugnante que los demás, porque no tenía el valor de arrojar á su cara franca y descaradamente el consabido «si usted quisiera», sino que seguía un camino torcido, en el que, con el falso ramaje de su cariño paternal, ocultaba la negra sima de sus apetitos y brutales inclinaciones.

El asco que sentía por su tío se hacía extensivo á cuanto la rodeaba en el gabinete, regalo suyo. Aquel traje, como los muebles, le parecían cómplices del taimado viejo, y el recuerdo de sus familiaridades le daba náuseas. Su cuerpo se estremeció, cual si en él sintiese su contacto.

¿Qué lección más provechosa la que Charito le había dado en pocos momentos y con pocas palabras! Nunca podría agradecerse bastante. La simpática gitana fué el único ser noble y bueno que tuvo á su lado en aquella noche fatal. A no ser por ella, ¿qué habría sucedido?

El dolorido pensamiento de Florita cayó en profundo sopor durante unos instantes, para recobrar en seguida su actividad, acuciado por los recuerdos pretéritos. La protección del tío tendría que cesar, bien porque la retirase él mismo ó porque ella renunciase á seguir disfrutándola... La peregrinación, la lucha tendría que empezar de nuevo...

Las alegres voces y las risas de Paquito y de Conchita suspendieron sus meditaciones. Sonaban en el comedor, contiguo á la cocina y con ventana al patio. ¿Qué podría sucederles para que sintiesen aquel alborozo?

Corrió hacia la habitación mencionada y pudo ver á los dos niños encaramados en una silla, ante la ventana, que palmoteaban y reían.

Al ver que los pequeños, con las cabecitas levantadas, miraban hacia arriba, tuvo un presentimiento, y la olvidada figura de Jorge acudió á su imaginación.

El poeta era, en efecto, quien promovía aquel alborozo infantil. Decidido á atraerse la atención de los chicos, como medio de conquistar la de la madre, con la habilidad especial que para aquella clase de menesteres tenía, construyó un grotesco muñeco de papel.

Comprendiendo que su enmarañada melena era lo que causaba terror á los niños, empezó por peinarla lo mejor posible, y luego, acechando su presencia en la ventana, salió á la suya, haciendo bailar al muñeco. El efecto, como se ve, estaba conseguido, y entre Jorge y sus pequeños admiradores se cruzaban ya algunas palabras, encaminadas á expresar el gozo con que éstos se verían dueños del muñeco, y el gusto que tendría el constructor en cederles la propiedad, al llegar Flora á la ventana.

Cuando la viuda le saludó con una sonrisa y un leve movimiento de cabeza, Jorge creyó haber conquistado el reino de los cielos. ¡Quién se hubiese atrevido á decirle al enamorado poeta, en aquel momento, que tan bellos prólogos del



GUILLERMO DIAZ-CANEJA

Ilustre escritor, autor de «La novela sin título», recientemente publicada

amor suelen tener unos epílogos desastrosos!... El suceso era ya inevitable. Los niños habían hecho cuestión de gabinete la posesión del muñeco, y Jorge pidió permiso á la madre para hacer la solemne entrega.

La ceremonia tuvo lugar en la puerta del piso de la viuda, donde se entabló un breve diálogo entre ella y el poeta.

Florita, aunque con alguna repugnancia, porque, visto de cerca, Jorge estaba como para cogerlo con pinzas, le invitó á pasar; pero el poeta tuvo la delicadeza de no aceptar en aquel momento lo que ya consideraba logrado para lo sucesivo. Terminada la solemne ceremonia, volvería ebrio de felicidad á su buhardilla, para derramar aquélla en forma poética sobre unas cuartillas, que nadie sabía de dónde pudo sacar, y ofrecérselas ya directamente al objeto de su amor.

Por breves instantes ocupó Jorge el pensamiento de la viuda. ¿De qué viviría aquel poeta que era casi un adolescente, un niño? ¡Y qué sucio y roto iba por todas partes! ¿No tendría familia ninguna? La verdad es que su presencia invitaba á la risa de un modo lamentable. ¡Pobre muchacho! Acaso, como ella, se hallaba en plena lucha con la vida. Y parecía simpático. Bien arregladito, sería un guapo chico...

Florita puso fin á sus pensamientos sobre el poeta con una nota cómica propia de su carácter, exclamando: «Me parece que nos hemos reunido en la misma casa el hambre con las ganas de comer, porque con lo ocurrido anoche, me parece que la familia se ha concluido; y si no se concluye por lo de anoche..., se tendrá que concluir de todos modos..., y yo tendré que hacer muñecos en otra buhardilla, como el poeta.»

Y el pensamiento de Flora tomó de nuevo el cauce de su situación, dando al olvido á Jorge, que, inflamado por la inspiración, trazaba versos y más versos sobre el papel, en el silencio de su buhardilla.

Llegó la tarde, y con ella se acentuó la preocupación de Flora sobre las consecuencias de su huida del *restaurant*. ¿Qué habría pensado el tío Camilo al verse desairado en aquella forma? Seguramente estaría furioso con ella, y lo probable es que no fuese aquella tarde á verla.

La gentil viudita se encogió de hombros. ¿Qué más daba? ¿Ese resultado no tendría que llegar un día ú otro?

Pasaban las horas, y nadie llamaba á la puerta de la casa. El tío no iba, pero no porque estuviese enfadado, sino porque estaba en cama, causando la desesperación de la Desi, que no cesaba de renegar por tener que remediar los males que otras causaban.

«¿No le decía ella constantemente que no estaba para ciertos trotes? Pero ¿es que se creía que los años no pasaban para él como para todo el mundo? Pues sí, señor, que pasaban; ya lo creo que pasaban. Y para él, que toda la vida había hecho una vida de... de... correrla todo lo posible, mucho más. La prueba era que estaba hecho una carraca, que en cuanto se le alegraban un poco las pajarillas, tenía que meterse en la cama.»

Don Camilo, lleno el cuerpo de dolores, renegaba y bufaba oyendo á Desideria, sin poder ni siquiera volverle la espalda, teniendo que limitarse á maldecir de su suerte y á gritarle que era una lástima que no se le cayese la lengua.

—En qué estaría pensando Dios cuando es puso la lengua.

—En que teníamos que decirles á los hombres muchas verdades; y usted ha de oírlas como puños.

—Antes te pondré en el tren, para que te vayas á tu maldito pueblo y no vuelvas.

—Pero mañana mismo, en cuanto se duerma usted, si es que puede dormir, para dejar en paz á alguien, me voy á avisar á la señorita Flora, para que venga á cuidarle, que es lo que Dios y la decencia mandan.

El empresario, que nada había dicho á su criada de que Flora hubiese ido al teatro con él y luego al *restaurant*, estuvo á punto de saltar de la cama para estrangular á Desideria al oír aquel propósito. No necesitaba á nadie ni le hacía falta nadie. Escenas como ésta se repetían constantemente aquella tarde en casa del tío, mientras la sobrina esperaba su visita.

Esta no llegó, pero sí otra que Flora no esperaba tan pronto, y quizá nunca, aunque le había rogado que se la hiciese: Charito.

Cuando Eulogia abrió la puerta y se encontró con aquella señora tan elegante, se quedó con la boca abierta, sin acertar á responder si allí vivía su señorita, que era por quien le preguntaban.

Creyendo que aun pudiera ser el tío, Flora acudió casi al mismo tiempo á la puerta, y lanzó una exclamación de sorpresa al ver á su amiga.

—¡Charito!

—Mujé... ¿no me esperaba tan pronto?—dijo Charito suprimiendo el tratamiento, como si ya conociese á su amiga desde hacía muchos años.

Florita, por la falta de costumbre, vaciló un momento; pero comprendiendo que si no la imitaba sería un desaire, respondió:

—Cómo iba yo á suponer que te acordaras de mí...

Los niños, atraídos por la curiosidad, se habían acercado. Al verlos, Charito, al mismo tiempo que los acariciaba, prorrumpía en exclamaciones de admiración.

—Pero mujé... qué *chiquiyo ma guapo tiene...* Si *paresen do angeliyo...* Lo mimito que la mare, que *paese una vingen bajá del pedestá...*

—Calla... calle... y ven á sentarte—dijo Flora invitando á su amiga á pasar al gabinete—. Qué alegría tan grande la que me das con tu visita... ¿Cómo iba yo á esperarte tan pronto?

—Como que te iba yo á *dejá* aquí sola con *er* *permaso* de tu tío...

—No ha venido.

—Ya me lo figuraba yo.

—¿Por qué? ¿Se habrá enfadado?

—¿Qué se va á *enfadá*! No ha *venío*, porque en cuanto *seña* fuera e casa, *ar* día siguiente *tie* *caser* cama... Eso e cosa *sabía*...

La viuda no pudo por menos de echarse á reír al ver el gesto picaresco con que Charito acompañó sus palabras.

—Po, claro, *mujé*... ¿Tú no *ve* que *lo año* son *lo año*... y *lo hombre* son tan *imbésile* que se creen que *toa* la *vía* *tien* veinte? Lo mismito le pasa *ar* *señó* Gregorio—dijo Charito recordando y haciendo burla en sus últimas palabras de su amante.

—¿También don Gregorio?

—También. *Ejalos*, á ver si se mueren *toos*...

El simpático hablar de Charito y su franca y noble expresión atraían cada vez más á Florita, que por momentos sentía aumentar su cariño acia ella. En un momento de efusión, cogiéndole las manos, exclamó:

—¿Qué buena y qué simpática eres, Charito!

—Ezo será *pa* ti, que *ere* una *santiya*; pero pregunta á *lo emá*, y *verá* lo que te *isen*.

Que era una santa... ¡Y tanto! La conversación, tomando este giro, por lo que de su vida le había contado Florita la noche anterior, dió lugar á que ésta se la contase al detalle desde su matrimonio con Andrés. Al concluir la viuda el largo capítulo de elogios á su difunto marido, Charito no pudo por menos de interrumpir á su amiga, exclamando:

—Pue mira que é la *primé* *notisia* que tengo de *caya* *habío* un hombre *güeno* en la *vía*.

Cuando Florita llegó por segunda vez, ya que esto se lo había contado la noche anterior, al momento de ir á ver á su tío, para buscar en él un auxilio y apoyo para encontrar trabajo, hizo con toda clase de detalles.

—No está *ma* trabajo el que *quie* *proposionar* te. Y como *pa* *trabajá* *hase* *jarta* *aprendé*, yo he *venío* á *darte* la primera *lesión*, si e que no *quiere* se una *infelí* *toa* la *vía*...

—Si vieras qué difícil es tener que aprender ciertas cosas

—No *crea* *questa* *matemática* *der* mundo *saprenden* *deseguí*a. Y que me *parese* que tú no *va* á *sé* una *disípula* *mu* *aventaí*a...

Charito tuvo que reconocer que su amiga tenía razón al decir que ella no serviría para dedicarse al arte. No serviría, no; y era lástima, con la voz que tenía, según el tío, y con lo guapa que era.

No sabía las matemáticas de la vida, según expresión de Charito, y sería una desgraciada. La prueba de ello era el efecto que le había causado el «si usted quisiera» que tantas veces fué escuchando en su camino de viuda... ¡Y eso que aquello no era más que hablar! En este punto, Charito dió el más formidable suspenso á su discípula, y pasó á explicar su primera lección sobre el tío.

Todas aquellas ideas que Flora tenía de renunciar á su protección eran la estupidez más grande que podía cometer una mujer. Lo que allí estaba indicado era darle *coba* al tío, dejarse querer, sin comprometerse, hasta que obtuviese de él lo que deseaba, y después, darle la *patá*.

La gentil cupletista acompañaba sus palabras con ademanes, y en ese momento estiraba un pie con fuerza, como si ella misma se la estuviese dando al empresario.

—Ahora que está en la *mua* es cuando tiene *caprovechá*, *mujé*, que *despué* no *sabe* tú lo *arrastro* que se *vuerven* *toos*. ¡*Mar* tiro lo *peguen*!...

Florita hacía movimientos negativos de cabeza, que querían declarar su torpeza para seguir aquellos procedimientos.

La profesora, comprendiendo que Flora tenía razón también en esto, exclamó con una vehemencia, con un dolor que no era dado sospechar en ella:

—E *verdá*... Tú no *pue* *haser* eso, *po* que te *jarta* la verdadera *lesión* de *esa* *matemática*. Tú *tas* *casao* con un hombre *güeno* y *ha* *sío* *felí* con él. Tú no *ha* *pasao* por *er* *transe* de que, siendo *mosita*, se *taya* *asercar*o un hombre *disiéndote* que no *pue* *viví* sin ti, de que tú te *lo* *haya* *creío*, de que *thayas* *vorcao* *pa* quererlo, y de que, cuando *su* *amó* ha *consegúo* *too* lo que *quería*, *thaya* *abandonao*, *hasiéndote* *pedaso* *er* *cra* *són*... Esa si *que* é una *lesión* de las *matemática* de la *vía*...

En los grandes y negros ojos de Charito brilló un intenso fulgor, que poco á poco se fué apagando.

—¿Has sido desgraciada, Charito?

—He *sío* como *toa* la *mujé* á quien engañan cuando *eya* *cree* en *too*... Pero no te *quieo* *desí* na cuando *yegó* *er* segundo con la misma *cantilena*, porque *toos* *disen* *igudá*, de que no podía *viví* sin mí... ¡A *grito* pedía por las *cayes* que lo *mata* *sen*! ¡Si lo haría yo *sufri*!

La risa de Flora llenó un momento la habitación.

Aun continuó la conversación entre las amigas un buen rato, al cabo del cual Charito se puso en pie para marcharse. No le quedaba más que el tiempo preciso para cenar é ir al teatro.

Prometió á su amiga ir á verla siempre que pudiese; pero Flora habría de ir también á visitarla; para lo cual, le entregó una tarjeta en la que se leía: Charito, y las señas.

—No *vaya* á *cree* que no tengo *apellio* como lo *emá*, que lo tengo y *mu* honrao, pero en el teatro á nadie *lase* *jarta* *sabelo*.

Ya en la puerta, y al besar á los pequeños, Charito cayó en la cuenta de que había sido un *malage* al no llevarles unos caramelos á los chiquillos, y prometió subsanar su falta en la primera visita.

La viuda vió partir á su amiga desde el balcón, en un *taxi* que la esperaba en la puerta.

Al desaparecer éste por la glorieta, Flora se retiró del balcón, sintiendo renacer en su corazón la innata alegría que siempre lo había llenado. La amistad de Charito la encantaba, se sentía feliz con ella, porque, al cabo, no estaba sola en el mundo. Aquella amistad de la noche anterior valía más que otras muy antiguas, por su nobleza y sinceridad.

Y llena de gozo, se puso á hablar con los pequeños, imitando el acento de la simpática gitana...

—Mirá, *chiquiyos*, que no os *afisionéis* al poeta de la *buardiya*, que no vamos á *poé* *quitármolo* *densima*...

Y como una chiquilla rióse de sí misma y del gracioso hablar de Charito, cuya tarjeta guardó cuidadosamente.

## CANCIÓN DE LA VIEJA PRIMAVERA

Ante el balcón florido de la calle sombría  
resucita el fantasma de un viejo sentimiento;  
vive en esta hora nueva la antigua poesía  
y me trae perfumes conocidos el viento.

•••••

Es mi amor tan lejano que me parece un sueño,  
la clave de los versos que ha hecho mi corazón;  
es, en el viejo horario de mi vida, el risueño  
cuento de Abril, el salmo de mi resurrección.

•••••

Esta noche florece mi leyenda encantada  
y perfuma una dulce saudade el alma mía;  
mi paso retrocede por la senda ya andada  
y vivo aquel remoto milagro de alegría.

•••••

¡Mujer! Fuente divina de sensuales temblores,  
sueño... Rayo de luna—que no sé lo que eres—.

Siempre has sido tú misma en los otros amores,  
única en la escultura de las otras mujeres.

•••••

Tu recuerdo es la sola razón de mi existencia,  
y de nuestros amores en la historia doliente  
ya han muerto las palabras, sólo queda la esencia,  
triste como el confuso añorar de la fuente.

•••••

En mis horas, cortejo de todos los dolores,  
negras encrucijadas donde el Desastre espera,  
hay un claro de luna, cantan los ruiseñores  
y pasa por mi puerta la novia Primavera.

•••••

Entre música y flores, digo hoy mi rima única  
bajo la eucaristía de la alba luna calma...  
Su voz suena en mi oído, y el albor de su túnica  
aparece en el claro de luna de mi alma.

EMILIO CARRERE



Madrid.—El ataque de los atléticos madrileños halla siempre la decidida oportunidad del guardameta andaluz, que en la fotografía aparece despejando una situación peligrosa, rechazando la pelota con los puños

## LA ACTUALIDAD DEPORTIVA NACIONAL

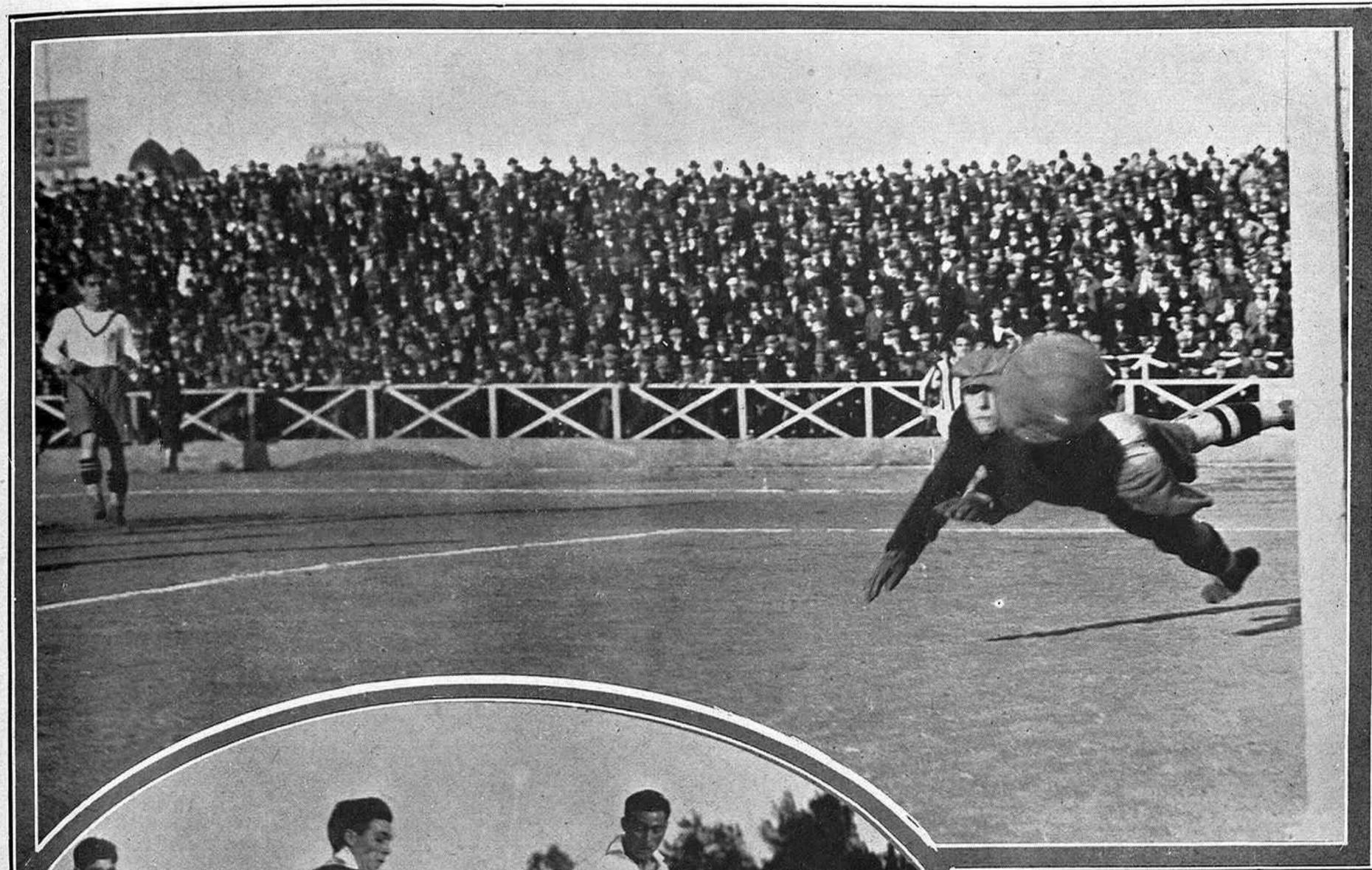
Culmina el interés espectacular de la temporada futbolística, en estos partidos de campeonato nacional en los que se enfrentan los vencedores de los torneos regionales, durante las eliminatorias decisivas que conducen á la final de España.

Han sido pródigas en incidentes insospechados las últimas jornadas, de las cuales los favoritos han salido batidos luego de actuaciones en las que los débiles han borrado, con los impulsos de sus entusiasmos triunfales, las marcas que les clasificaban en planos de inferioridad. Destacan entre tales acontecimientos los éxitos del Valencia, el Arenas y el Sevilla, triunfadores, respectivamente, del Barcelona, campeón de España, de la Real Sociedad de San Sebastián y del Real Madrid, aunque á los tres vencidos, en los campos extraños, les cabe la fundada esperanza del desquite cuando llegue la revancha.

En la dura prueba en la cuesta del Ordal, una de las más difíciles y peligrosas escaladas que pueden acometer los motores de España,



Barcelona.—El notable corredor motorista Ignacio Macaya, lanzándose á tomar un difícil viraje durante la clásica prueba catalana de la carrera en la cuesta del Ordal



Barcelona.—La esperanza «europea», el nuevo guardameta del equipo subcampeón de Cataluña, en una magnífica estirada durante el partido de campeonato celebrado en la ciudad entre el Europa y el Castellón, y en el que los catalanes obtuvieron un brillante triunfo

(Fots. Alfonso, Gaspar, Olmedo y Vidal)



los pilotos catalanes realizaron brillante esfuerzo recientemente. De entre ellos, como siempre, destacó la figura de Vidal, que, dueño consumado de su máquina, logró batir las marcas establecidas, conquistando el título de «recordman» del casi inaccesible Ordal.

Sevilla.—La ofensiva del delantero sevillano es detenida en el momento culminante por la valiente entrada del portero madrileño Martínez, que salva un goal que parecía inevitable

Valencia.— El tiro cruzado del delantero valenciano Montes bate irremediablemente al portero de los campeones de España, Lloréns, á pesar de la rápida estirada de éste, que tan sólo le sirve para contemplar más de cerca el paso de la pelota, que se incrusta en las mallas por segunda vez durante la jornada entre el Barcelona y el Valencia



## NUESTROS POETAS

Entre los poetas jóvenes, la figura de Mariano Tomás adquiere rápidamente un relieve que la destaca de manera envidiable. Sincero y emotivo, Mariano Tomás huye de las afectaciones y las «poses» tan frecuentes en las nuevas generaciones literarias. Su poesía, límpida y



## Mariano Tomás

transparente, tiene la belleza serena de la verdad y de la naturalidad. Reproducimos en esta página dos de las más bellas composiciones del nuevo libro «Isabel-Ana y otros poemas», que acaba de publicar, con excelente éxito de crítica y de librería. Mariano Tomás.

### El cortejo de Isabel

¡Cómo me acuerdo, Isabel-Ana,  
de aquella época lejana  
en que, jinete en mi rocín,  
cruzaba el prado y la besana,  
cruzaba el término de Hellín!

Y al traspasar unas laderas  
—¡cómo saltaba el corazón!—  
entre las pardas sementeras  
y entre las grises oliveras  
se alzaba el viejo caserón.

Ladraba alegre mi lebel,  
y como un eco claro y fiel,  
le contestaban otros canes;  
y se decían los gañanes:  
«¡Ahí va el cortejo de Isabel!»

Y yo llegaba al caserón  
y tú en la puerta me esperabas,  
arrebujada en tu mantón.  
«Vendrás helado», murmurabas,  
toda temblando de emoción.

Luego... Tenías la costumbre  
de calentar mis manos frías  
entre las tuyas, y decías:  
«Hoy encendí una buena lumbre,  
como anunciaste que vendrías...»

«Está muy fría la mañana,  
mira la escarcha en los rastrojos»,  
yo te decía: «¡Isabel-Ana!»;  
y las mejillas como grana,  
bajabas, tímida, los ojos.

Y junto al fuego del humero  
me ibas contando tus afanes:  
«Ayer vendimos el Lucero;  
hoy detestaron un ternero  
y se lo llevan los gañanes.»

Ante las bardas del corral  
jugaba, al sol, con mi lebel  
un arrapiezo de zagal,  
mientras gritaba: «¡Mayoral,  
vino el cortejo de Isabel!»

¡Eramos ambos tan felices  
cuando á la tarde, en un repecho,  
de amor te hablaba!... A poco trecho  
cantaban, quedo, las perdices  
entre los surcos del barbecho.

Y cuando el sol se iba ocultando,  
¡qué dulce angustia nos cogía!  
Tú me decías: «¿Hasta cuándo?»

«¡Hasta muy pronto!—te decía—  
Isabel-Ana, ¿estás llorando?»

Abría marcha mi lebel,  
con mi rocín iba tras él;  
y las mocicas me miraban  
y entre sonrisas murmuraban:  
«¡Es el cortejo de Isabel!»  
.....  
Tiempo después, una mañana,  
tuve una carta de tu hermana  
—¡se me clavó como un puñal!—:  
«Si quieres ver á Isabel-Ana,  
no tardes, ven... ¡Está muy mal!»

Pedí, llorando, mi rocín.  
Temblé de angustia y de emoción  
cruzando el término de Hellín,  
y al divisar la casa, al fin,  
¡cómo saltaba el corazón!

Nevaba. El campo se cubría  
de blanco manto. Un sepulcral  
silencio todo lo envolvía.  
Mi corazón me repetía:  
«¡Isabel-Ana está muy mal!»

Desde un lejano y alto cerro,  
el llanto lúgubre de un perro  
vino en alas de un alud.  
Cruzó los campos un entierro.  
¡Era nevado el ataúd!

Miraba, pálido, al cortejo,  
aullaba triste mi lebel.  
Y al preguntarle á un pobre viejo,  
dijo con blando y dulce dejo:  
«¡Es el cortejo de Isabel!»

### Mañana de la Asunción

Yo no escuché una campana  
de más grato y claro son  
que la que á misa temprana  
llamaba por la mañana  
el día de la Asunción.

Como la Virgen María  
su voz al cielo subía  
—¡campanita echada al vuelo!—;  
pero á mí me parecía  
que es que bajaba del cielo.

Que al venirme á despertar,  
con su alegre repicar  
—¡campana de la Asunción!—,  
yo la sentía sonar  
dentro de mi corazón.

Por la entreabierta ventana,  
con la voz de la campana,  
llegaba la luz celeste;  
y entraba un olor agreste  
á tomillo y mejorana.

Trayendo exvotos y ofrendas,  
de los poblados vecinos,  
llegaban los peregrinos  
por las retorcidas sendas  
que corren entre los pinos.

Ya iba el agraz de las viñas  
tomando el matiz del mosto,  
y cruzando las campiñas  
cogían flores las niñas  
para la Virgen de Agosto.

Brillaba al sol matinal  
el cobre del incensario,  
y del templo parroquial  
salía el señor vicario  
bajo su capa pluvial.

Cortaba el vuelo de un ave  
del cielo el azul intenso;  
llegaba un perfume suave,  
y era como nube grave  
el humo gris del incienso.

Las niñas, de dos en dos,  
iban del vicario en pos;  
vestidas de blanco todas,  
como á unas celestes lodas  
en que el espeso era Dios.

Y cruzaban silenciosas,  
entre las viñas frondosas  
y entre los rastrojos trunco,  
bajo una lluvia de rosas,  
sobre una alfombra de juncos.

¡Qué hermosa en esa mañana  
aquella vega lozana  
que cruza un regato angosto!...  
¡Parece que se engalana  
para la Virgen de Agosto!

¡Qué hermosas en las campiñas  
sobre las pomposas viñas  
las flores de la aceituna!...  
¡Qué hermosas iban las niñas...;  
pero más que todas... una!

Una que el itinerario  
seguía en pos del vicario  
y del incensario en pos...  
¡Fue perfume de incensario  
y voló cerca de Dios!



JACQUELINE LOGAN

«estrella» de Hollywood

## C I N E M A T O G R A F Í A

### LAS GRANDES FIGURAS DEL "CINE"

#### JACQUELINE LOGAN

**L**A despojé de su abrigo de pieles, dejando al descubierto su cuerpo de sirena.

Nunca como aquella noche me pareció Jacqueline Logan tan hermosa. Nunca me había detenido á admirar, como lo merece, su belleza fresca, su perfume de juventud, la magia de sus cabellos de bronce, y el flúido hipnótico de sus grandes ojos de ágata, que de cuando en cuando tienen cambiantes de esmeralda. En aquellos momentos era Jacqueline la reina del «Film Hut Cafe», poblado de bellezas marchitas y de lechuguinos enlutados y ridículos, en cuyas cabezas, peinadas á lo Valentino, se quebraba con destellos áureos la luz de los focos.

Jacqueline Logan tiene veinticinco años, y su frente, alta y despejada, revela el talento. De cuando en cuando, los ojos, grandes é inmensamente claros, de Jacqueline pasean una mirada rápida, relampagueante, en nuestro derredor. En torno de su cuello se enreda, como una ser-

piente de nácar, un collar de perlas que hace juego con el que ciñe su frente, aprisionando su cabellera. Los dos brazos, desnudos, según la moda, son de una blancura rosada que invita á soñar...

Respondiendo á mis preguntas, Jacqueline dice, modestamente:

—Yo todavía no tengo categoría de gran star.

—¿A pesar de *Flaming Bar iers* y *El glorioso mañana?* Me parece que es usted injusta consigo misma...

—Eso no es nada. Mis aspiraciones, usted lo comprende, no son las de quedarme ahí. Para eso no hubiera valido la pena de dejar la compañía de los Schubert, en la que trabajaba...

Recuerdo que la experiencia teatral de Jacqueline Logan se reduce al año de jira con los descendientes del gran músico, que ahora andan por el mundo presentando la música del autor de la *Serenata* en una bella revista que han llamado *Blossom Time*.

—Debe usted haber estado hermosa en *Florodora*. Es su única experiencia teatral, me parece...

Jacqueline se queda mirándome extrañada

—¿Cómo! ¿Y las *Follies de Ziegfield*?

—¿Estuvo usted en las *Follies*?

—Pero, ¿no lo sabía usted?

Una actriz se enorgullece siempre de su estancia en las famosas *Follies*, á pesar de su matiz atrevido, porque son el centro social de New-York. Y es que Florence Ziegfield, el Mack Sennet del foro, sólo tiene bajo sus órdenes á las muchachas más bellas y mejor formadas del mundo...

—Le confieso que lo ignoraba.

—Estuve un año en las *Follies*, antes de trabajar en *Florodora*. Pero antes de eso había sido periodista. ¡Figúrese usted..., periodista yo...!

Su risa agita el hilo de perlas que se ciñe en torno de sus cuello...

—Fué en San Francisco. Pero sólo duré dos años en la profesión, que me gustaba mucho; pero en la que no hubiese llegado á hacer nunca nada práctico. Después, á las *Follies*; luego, á la compañía de los Schubert; y de ahí, al cine, con Allan Dwan, en la *Paramount* de Long Island...



Jacqueline Logan en una de sus deliciosas interpretaciones cinematográficas

—¿Recuerda cuándo fué su primer día de cine?...

—Como si ahora mismo estuviera ocurriendo. Fué el 2 de Diciembre de 1920. Ya ve usted, no soy tan antigua en el arte que ustedes llaman silencioso...

—Realmente...

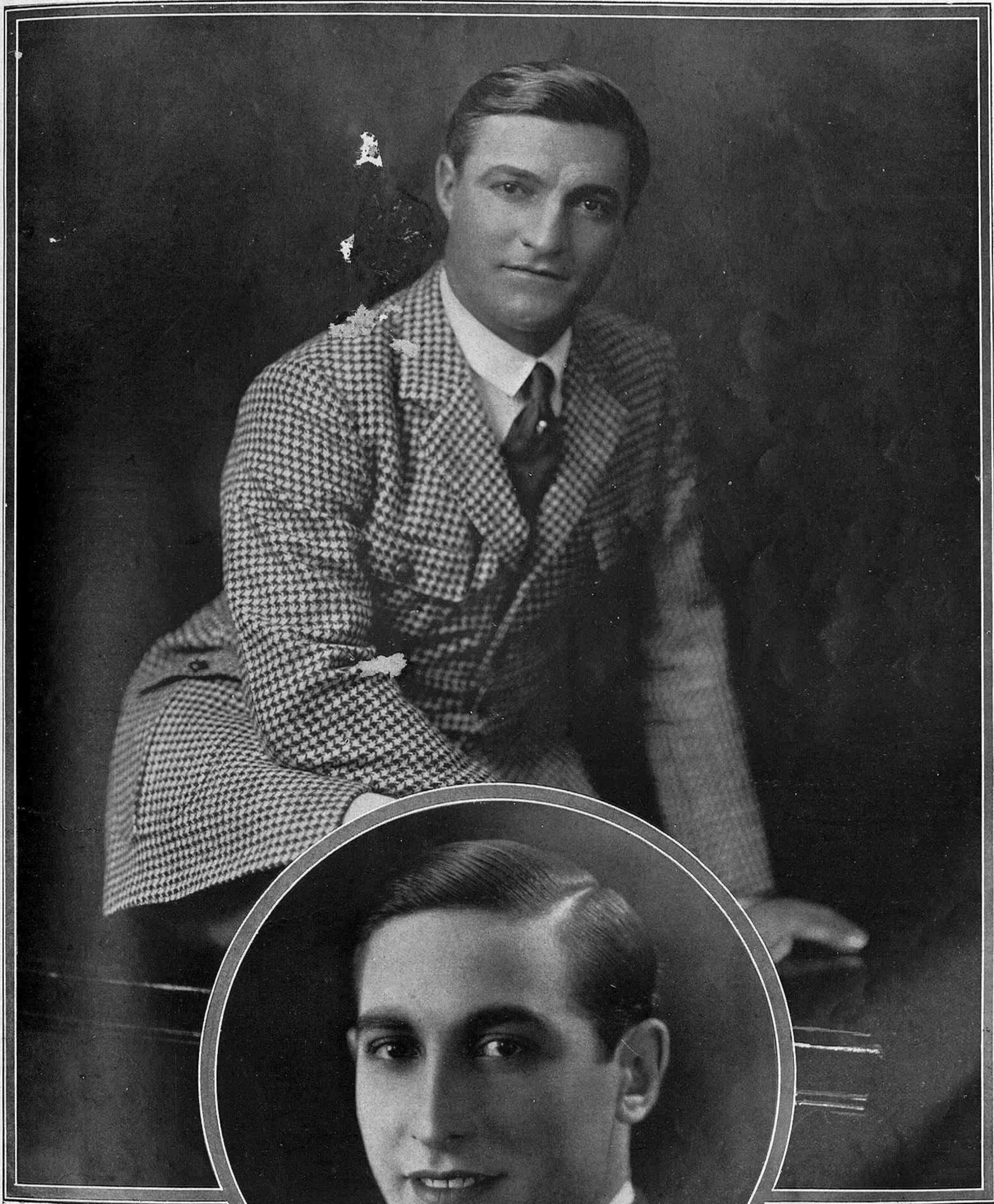
—Ahora verá. Recuerdo que esa mañana tenía que hacerme mi *maquillage*, que me figuraba

sería casi igual al del teatro. Cuando me presenté ante Dwan arreglada como para la escena, se rió de mí, discretamente, por supuesto, y me mandó con una «experta» para que me pusiera el propio *make-up*. Le aseguro que quise salirme del estudio en ese momento, de vergüenza. Pero hube de convencerme de que entre el *maquillage* del teatro y el del *cine* hay una diferencia enorme. Hacía la *leading lady* de *El perfecto crimen*,

una película que no he visto más que en el cuarto de proyección el día en que acabó de filmarse. Después vine á Hollywood, y ahora, sinceramente, no quiero salir de aquí...

—¿Le gusta tanto el ambiente?

—Muchísimo. Sobre todo, estas chiquillas, tan buenas, tan desprovistas de toda envidia, de toda idea de fatuidad. Son las mejores amigas que he tenido en mi vida...



Tom Mix, el popularísimo «cow-boy» de las películas americanas, eterno vencedor de insuperables obstáculos en las ingenuas novelas del amor y la bondad perseguidos y, al cabo, triunfantes

—Supongo que sus ambiciones serán las de llegar a ser una *estrella* dramática. Está muy en moda esa aspiración desde que vino Pola Negri a Hollywood.

—Todo lo contrario. Mi aspiración suprema es la de llegar a la dirección y producción. Tengo escritos unos cuantos ar-

José Nieto, el notable actor español de «cine», que tan brillantemente interpreta su papel en «La Malcasada», la gran película de producción nacional que se proyecta actualmente

gumentos, y espero ese gran día para ponerlos á mi gusto. Pero, mientras tanto, prefiero hacer papeles cómicos, que cuadran mejor á mi temperamento...

—Recuerdo de su última cinta con Moreno...

—No se gué usted por eso. Una parte como la de *The Light that Failed*, que hice con Percy Marmont, es para mí ideal. Escenas movidas, en las que no tenga muchos gestos trágicos ni muchas lágrimas. Escenas que sean de la vida. La ficción en el *cine* tiene para mí poca importancia. Cuando sea directora, sólo haré películas que copien la vida; cintas en las que los personajes se muevan como se mueven en las calles, en sus casas, en los paseos; cintas en las que cualquier momento sea el propicio para el final, sin esperar para ello la culminación del drama..., esa es mi idea, cuando menos...

Habíamos terminado la cena, y ahora Jacqueline había sacado de su bolso, recamado de piedras finas, una boquilla decorada con jeroglíficos egipcios grabados en su tubo interminable. Luego, de una cajita diminuta extrajo cigarrillos, y nos pusimos á fumar...

Jacqueline Logan me ha demostrado en esa breve conversación que es una mujer de excelente criterio. Recuerdo que he leído, no sé dónde, que nació en San Antonio, y que su padre era uno de los arquitectos más famosos de los Estados Unidos, Charles A. Logan, hijo del general Logan, uno de los más bravos caudillos del Sur en la guerra de secesión. Su madre, profesora de música en el Conservatorio de Boston, y cantante también de fama, vive aún, y hace apenas un mes estuvo de visita en Hollywood. Actualmente Jacqueline vive sola; sola á los veinte años, con esa belleza tentadora..., me parece increíble.

Hemos venido al café desde su casa de Lytton Terrace, y ella misma ha conducido el *auto*. Mientras yo medito, ella mira distraídamente á las parejas que bailan en el centro, bajo la luz de un reflector azulado. La orquesta está tocando el *fox-trot* de moda en Hollywood: *Love Tales*...

Nuestras miradas se encuentran en un mismo pensamiento. Y sin consultarnos más, sin hablar una palabra, me levanto, le doy mi brazo, y en silencio nos lanzamos á bailar.

—Es mi placer mayor—me dice al cabo de algunos giros—; bailar es el encanto de la juventud de ahora; bailar es ejercicio, es distracción, es placer... ¿No le gusta á usted el baile?

—Así, ya lo creo. Vea usted cuánta gente me envidia...

En efecto, las miradas masculinas coinciden en la estela de Jacqueline Logan...

Parece una reina. Me figuro que las sirenas tenían los ojos como Jacqueline: de un verde que es más bien gris, que es perla, que es nácar, con todos los matices del agua profunda...

J. SANCHEZ GARCIA

#### UN ARGUMENTO DE PELÍCULA

### “La princesa de la fortuna”

INTERPRETADA POR GRETA NISSEN, LIONEL BARRIMORE, WILLIAM COLLIER JR., MARK MC DERMOTT

SAN Guido es un pequeño país situado en las orillas del Mediterráneo azul, el cual debe su fama y su riqueza á la tan extendida y arraigada creencia de que la ruleta es un juego de azar. Monarquía de nombre, San Guido es de hecho una «proposición comercial», una colosal timba manejada por un flamante «consejo de directores», disfrazado con el pomposo nombre de «Consejo de Estado». Goerlitz, el presidente de este Consejo, es un hombre cuyo principal trabajo consis-

te en conseguir la popularidad de la familia real y en que el casino obtenga pingües dividendos. Sin embargo, desde la muerte inesperada del Príncipe de San Guido, sobre los hombros del leal Goerlitz pesaba el arduo trabajo de encontrar un consorte para la Princesa digno de regir los destinos del pequeño principado. Entre los innúmeros candidatos que aspiraban á la mano de la encantadora Princesa de San Guido, el más aceptable, á los ojos de Goerlitz, era el Gran Duque Ferrenzo, asiduo concurrente á las mesas de juego del casino, del cual era deudor por un millón de francos. Para que nada faltase en San Guido, había en él un grupo de descontentos, quienes imbuídos en las ideas democráticas modernas, pretendían convertir el principado en una república, á lo cual, como es natural, se oponía Goerlitz, pues con el advenimiento de la república perdería irremisiblemente el puesto y las prebendas que disfrutaba hacía un cuarto de siglo. Con el objeto de desbaratar los planes de los sediciosos, Goerlitz llama al Gran Duque Ferrenzo á su despacho y le dice, sin ambages ni ro-



Clara Bow, «estrella» de la Paramount, en su papel de «The Runaway»

deos, que tiene que casarse con la Princesa Antonieta, si no quiere ir á la cárcel por deudor insolvente del casino. Como la elección no es dudosa, Ferrenzo acepta el casamiento y Goerlitz despacha inmediatamente á la duquesa de Comont, tía de la Princesa, al convento de Santa Genoveva, donde aquélla se educa, con instrucciones terminantes de regresar á San Guido con la jovencita en el término de veinticuatro horas. Mas la duquesa no puede cumplir satisfactoriamente su delicada é importante misión, por la sencilla razón de que su sobrina, después del toque de vísperas, escapó sigilosamente del convento para dirigirse al teatrillo del lugar donde aquella velada actuaba una Compañía de humildes titiriteros. Entre los concurrentes al teatro se encuentra Jack Clar, un joven turista americano, á quien le interesa más la peregrina belleza de la colegiala (que él ignora que lo sea), que los chistes chavacanos de los saltimbanquis. Terminada la función, la encantadora desconocida desaparece rápidamente para ocultarse en el *tonneau* del *auto* de Clark. Este se sienta ante el volante de su *auto* sin darse cuenta de que en él se encuentra escondida la mujer que cautivó su corazón. Al llegar frente á la verja del convento, Antonieta sale de su escondite pa-

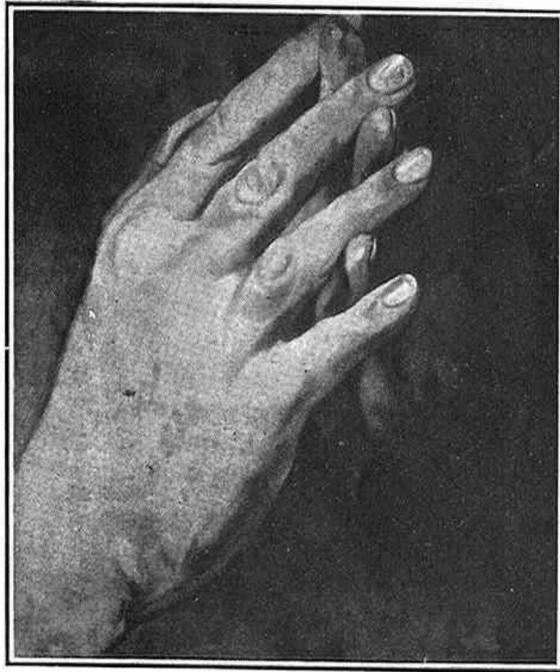
ra suplicarle al simpático turista que la permita desembarcar del vehículo. Clark permanece unos minutos frente al convento sin que logre reponerse de su asombro. Cuando se dispone á continuar su camino hacia San Guido, ve salir del convento un *automóvil* guiado por un *chauffeur* de librea. De una de las ventanillas sale una diminuta mano enguantada que parece indicar al enamorado turista que no pierda la esperanza. Clark sigue el misterioso *auto*, el cual, al llegar á corta distancia de San Guido, se detiene á causa de una ligera avería en el motor. Clark aprovecha esta feliz coincidencia para ofrecer galantemente su *automóvil* á la encantadora doncella que ha cautivado su corazón, y á la respetable dama que la acompaña, quienes momentos después se despiden muy agradecidas del joven americano frente á la imponente escalinata del palacio principesco de San Guido. La diminuta mano enguantada saluda á Jack con un enigmático y prometedor «hasta luego». Decidido á proceder con toda presteza, pues el tiempo apremia, Goerlitz llama al Gran Duque y á la Princesa Antonieta para ultimar los detalles de la boda. Mas la Princesa, al ver al Gran Duque, siente hacia él una aversión tan grande que desconcierta al mismo Goerlitz. Es cierto que la Princesa, decidida á hacerse antipática y desagradable, se presenta ante el Gran Duque vestida á la moda del siglo xv y con un peinado del xii, y éste no puede menos que decirle, en confianza, que prefiere ir á la cárcel por deudor insolvente que casarse con una mujer que no demuestra el más insignificante gusto en el vestir. Goerlitz insiste en que la boda se efectúe, por causas que ya hemos apuntado, y la Princesa consiente en ello con la condición de anular el compromiso si en el término de ocho días se le descubre al Gran Duque un deslíz amoroso con otra mujer. Goerlitz acepta la condición dictada por la Princesa, quien, acto seguido, se dispone á poner en ejecución una estratagema que habrá de desenmascarar al Gran Duque y romper el compromiso. Una noche la Princesa entra en el casino perfectamente disfrazada, y valiéndose de su hermosura y de unas sutiles artes de enamorar no aprendidas en la austeridad del convento, logra en pocos momentos cauti-

var al Gran Duque. Mas temeroso Goerlitz de que la misteriosa coqueta del caballo ensortijado sea una agente de los republicanos conspiradores, la manda salir inmediatamente del país en compañía del turista americano. Los dos jóvenes, perfectamente escoltados, parten para la frontera. Al llegar á ella, Clark, que ignora que su compañera de viaje es la Princesa, tan perfecto es su disfraz, se dispone á continuar su camino hacia París en ferrocarril; mas al encargarse á uno de los empleados del hotel la compra del billete, su compañera, que se hacía llamar *Mademoiselle Tonette*, le pregunta con acento burlón: «¿No le sería á usted lo mismo encargarle al empleado que trajese un cura para casarnos?» Clark no se digna tan siquiera contestar esta enojosa pregunta y se conforma con voltear desdeñosamente la espalda. *Mademoiselle Tonette* aprovecha esta circunstancia para arrojar lejos de sí su falsa cabellera ensortijada, y, llamando la atención al joven turista para que la mire, le ropite la pregunta. Y así termina la romántica historia de amor de la Princesa de San Guido; Goerlitz pierde el empleo, pues San Guido se convierte en una república, y el Gran Duque Ferrenzo va á la cárcel por deudor insolvente del casino...

## EN EL CENTENARIO DE BEETHOVEN

# LAS MANOS QUE ESCRIBIERON LA "NOVENA SINFONÍA"

*Similitudo dissimilis.*  
GUIDO DE AREZZO: *Micrólogo*.



Las manos de Beethoven

HE tenido en mis manos el original de la *Novena Sinfonía*, y ante los ojos el vaciado de las manos que escribieron los diez y seis pentágramas de cada una de sus doscientas setenta y dos páginas; de oro viejo, en el papel italiano del manuscrito de la Biblioteca Imperial de Berlín; de oro puro, en la música de todos los tiempos. Ni los propios cuadernitos de Bonn, del Beethovenhaus, revelan el campo emotivo interior, las depresiones oníricas y claroscuros de angustia de este hombre—«único» sobre la tierra—como esas páginas oblongas, gruesas, amarillentas, en las que se salva la distancia cruel de lo excepcionalmente bueno a lo absolutamente nuevo y perfecto con pinceladas y notas de milagro, con desgarraduras, borrones y tachas bruscas que ilimitan la técnica y fascinan el alma.

Sus manos, manos de hombre que trabaja, «feas», por consiguiente, desorientarían un poco al que más tiempo digno de mejor suerte empleó en estudiarlas, á Paschide. ¿Hay manos más «bellas» que las que disfrutaban los vagos?... La cara de Beethoven, no el rostro estilizado por Stuck ó Max Klinger, sino su faz auténtica vaciada por Danhauser, pide, necesita esas manos. Es probable que Weiss tenga razón y que esa «totenmasken» de la Universidad de Berlín «exija» esas manos del Instituto psicológico de Stumpf. Tales manos como la cara de Beethoven son cosa aparte, y si el dolor y el genio endurecieron ésta á grado de espanto, aquéllas han de ser hijas de la transmisión de esa fuerza. Lo son aquí. En la página diez y ocho esas manos rechonchas, calletrudas, cual si estuvieran hechas á la piocha, rasparon como si cavaran hasta perforar el papel, en la parte de los fagots; luego removieron todo y la tacharon al fin, reescribiéndola con la de los clarinetes donde le petó al centro rudo de esas vibraciones. Con el excedente de esa energía ondulatoria no utilizado, ¿serían posible los «efluvios ódicos» de Reichenbach?... Cuatro veces mayor que el necesario, han dicho Berthelot y Athanassiú, es el número de excitaciones que el sistema nervioso transmite á los músculos; completa esa frecuencia increíble parece estar en la página anterior y en su reverso. Errada una nota, una sola nota de los violines primeros, ¿no era suficiente corregirla? Beethoven borró el compás entero y entero lo repuso con la violencia que, en la cuarenta y nueve, al cerrar el movimiento, traza las barras olvidadas ya. ¡Oh, los dos borrones del margen y el temblor de esas separaciones razonadas como palotes de chico!... ¿Qué le importaba el compás al hombre que en los apuntes y diseños de la *Décima Sinfonía*—¿no será la *Décima Sinfonía* la *Misa Solemne*?—volvía los ojos á los modos viejos, á los ritmos libres de los cantos litúrgicos antiguos? La rigidez de esa simetría monótona en la proporcionalidad de los movimientos, ¿no le inspiraría el mismo despegue que las palabras que le aceleran ó retardan le inspiraban? *Ab initio non fuit sic...* «Querido hacer del compás una condición indispensable de la música es un error», escribía eso Gevaert. Beethoven substituía esas indicaciones y barras con incoherencias que los músicos de un siglo más tarde habían de traducir en notas y sistemas como cosa suya. En ellas, en esas llaves horizontales de expresión, se iba tan lejos hacia atrás como adelante. Atrás era Palestrina con su *Adjuva me, Domine*, puesto sobre la *Misa* llamada del Papa Marcelo ante la que huían los infernales *discantus* y volvían los jubila de San Agustín y los neumas y los angulosos signos góticos y los «quilismas» y las ondulaciones suaves, el claroscuro, del monje de Pomposa, el cien veces admirable consejo de Guido de Arezzo, en el cien veces admirable «Micrólogo»; el «similitudo dissimilis»—la unidad diversificada—. Adelante era su «sentendo nuova forza», «ego ipssimus», su «¿es preciso?... ¡preciso es!», «vivo, no mucho, mas decididamente», y estas indicaciones de es-

tas páginas de la «Novena», escritas, como los matices, en fuertes caracteres desmesurados y á lápiz bermejo. «Queda todo», grita en alemán, al margen de la página setenta y ocho, después de derramar sobre ella un frasco de tinta. *L'ultima volta si prende dopo questa ferma subito la coda*, dice en italiano sobre las hileras del cuarteto. Su palabra rebosa de los dibujos, diálogos, dotaciones y efectos, constantemente, como si la maestría de los incidentes y situaciones obedeciera al timbre de su voz ó se guiara por las aclaratorias y llamadas, enmiendas que parecen enfados, pautados, acribillados por extraordinarias alucinaciones. *Ritmo di tre battute*, escribe de pronto en italiano sobre el cuarteto, en la cincuenta y seis, y en alemán en los fagots... ¿Qué significa eso? ¿Qué significa «todo» en él?... Por algo Grove rogó siempre, y más en esta Sinfonía, que en todas las otras y en todas sus obras, que se fotografiaran, si no el original íntegro, las particularidades marginales. Pero esas divinas manos tan humanas no escribían al margen únicamente; casi no le importaba el poco margen de que el original dispone á esas manos que desesperarían á un Beclard y enmendarían la frase de Richet así: no sólo no hay manos idénticas de hombre á hombre, sino, en el hombre mismo sus manos son diversas.

Apenas ha escrito con lápiz «Allo, vivo» en la primera página del *scherzo*, frente á una hoja mugrienta y rayada, cuando coloca sobre ellas con tinta estas otras dos: «Molto vivace...» Caras, huecos, conjuntos, divisorias, todo hierve nerviosa y pasionalmente, todo es sacudido por contrastes llenos de savia, diferencias, desigualdades nutridas de bellísimos hallazgos, ó cambios que enmiendan así á Bossuet: «Tú varías, luego eres la verdad...» Y pocas, bien pocas veces, esa nueva verdad—aparecida en la mente con velocidad de sexagésimotercer grado, casi en la «memoria sintética» de que habla Bozzano—es superior ó inferior á la ya producida. Y esa superposición de grandezas es la que maravilla y deja rendido. No compone, ni poetiza en sonidos—aunque el «gedicht in Tönen» le sea preferible al odioso «Komponiert», una especie de «Made in Germany»—, los inventa ó los halla en la monstruosa escala de los dos cuatrillones de que nos dicen los sabios y no desdeñaba d'Indy, como me consta personalmente, deducir reflexiones líricas. ¿Cómo admirarse, pues, de sus veleidades ó atisbos inmediatos, que van en su alma, como en su obra, desde las Bagatelas al microcosmos de las Variaciones sobre el vals memo de Diabelli; desde el «Claro de luna», que le inspira la pequeña Julieta Guicciardi, al «Credo» de la «Misa en re», que acerca á Dios mismo?... En la página tres raspa y rae las pautas, y tiene él mismo que trazar el pentágono para la entrada de cornos y trompetas. El inmenso efecto del «re fortissimo» del trombón en el «Presto» lo escribe en renglón suplementa-

rio. En la seis, los oboes hacen equivocarse á los clarinetes, tachón de un compás, y el precioso tema en si bemol pasa de los cornos á los fagots. Los deliciosos retardos de las maderas en la setenta y dos y setenta y tres están acribillados de rojas indicaciones de matización, y en el reverso de ésta, reescritos los acordes; más allá, todo el cuarteto está tachado y repuesto luego, substituyendo con un dibujo de bajos la parte de los violines primeros, como hiciera, en la setenta y cuatro, con otro pasaje, el primoroso diálogo de violines y maderas, borrando aquéllos. Aquí, un último compás escrito en el margen; allá, toda una melodía de violines renunciada y substituída, las dos cerca una de otra ó encima ó debajo; páginas enteras cruzadas enteramente como si hubiera censurado el maestro de maestros lo que «pudo» haber en ellas; partes de violines y violas, como las de la página cincuenta y siete, rehechas y estudiadas; compases añadidos; abreviaciones de unísonos ó dibujos rítmicos; y, lo que es peor é irreparable, bosquesos incomprensibles como la escritura suplementaria de la quince. Renglones no utilizados; raspaduras en todos los sitios que no borran, que rasgan y atraviesan el papel nada blando; vacilaciones laboriosas, como en la catorce, en la que únicamente al final hay limpios los cuatro renglones inferiores utilizados por separado en estudios de oboes y pasaje en fusas, de cuerda; labor de flautas tachadas y repuestas; compases modificados con tinta, lápiz rojo ó lápiz negro; á veces, apenas bosquejado, figurado ó resuelto de este ó del otro modo un trabajo cualquiera, este acorde que regresa á su tonalidad, páginas como la veintinueve, en la que no hay instrumento sin sus compases perforados. ¡Con qué amor está el violoncello tratado en Beethoven...! ¿Quién no le halla insuperable en la ligadura rica de sus cuerdas, siempre resignado y palpitante, con su cromatismo trémulo, pero muy en hombre siempre? En la veintisiete, en el reverso de la treinta, donde queráis, Beethoven cuida ese instrumento como él sólo supo entender esa sinceridad ahogada é impresionante, sintonizadora de todo... Porque es delicioso sentir en esas páginas el cariño de las manos cuando acarician un trozo cualquiera. Siempre que puede, que es siempre que quiere, trata su violoncello en independencia amorosa y salpica las páginas todas escribiendo con su letra amplia y clara la palabra «violoncello». Qué escrúpulo en los fraseos de la cuerda, de que gusta tanto, allá en la nueve; qué limpidez flúida y firme entre la segunda cara de la cuarenta y cinco y principios de la cuarenta y ocho; qué seguridad y encanto en la cincuenta y seis y siete, siguiendo alegremente el gracioso tema de las maderas, tan inesperado, tan bullicioso en ellas, tan encantador más tarde, cuando flautas y oboes y fagots y clarinetes marchan con la cuerda en uno de esos movimientos contrarios de los que Beethoven tiene el secreto y reaparece en el reverso de la setenta y tres por las maderas en re mayor... Y es este hombre el de los ángulos de la treinta y dos, la furia de la cincuenta y una y dos, en las que el papel está calado, como mordido... Sí, ese es Beethoven. Y por eso es tan grande y por ello es tan único.

Un año tardó Beethoven en esa Sinfonía, terminada tres años antes de morir. Nottebohm demuestra que entre los primeros diseños y su fin mediaron seis años y medio. Ries gestionó la venta, y la Sociedad Filarmónica de Londres le mandaba por ella cincuenta libras... Las manos mismas que en el original escribieron la dedicatoria á la benemérita Sociedad pidieron á Federico Guillermo III, en el mismo manuscrito, bajo una réplica de dedicatoria autógrafa como la otra, la condecoración del Aguila roja, de segunda clase. La petición no la vimos en ella; pero Wegeler, en carta de Beethoven mismo, lo reveló así. Qué dolor... El Rey no hizo caso de esas manos extendidas hacia él. Max Klinger le puso el águila á sus pies en la estatua prodigiosa. La Humanidad hubiera buscado la de Patmos para entregársela. Pero... ¿es que tienen los hombres, hoy como ayer, honores ó dinero con que responder al regalo de la *Novena Sinfonía*?...

EUGENIO NOEL



## ABRIL EN SEVILLA

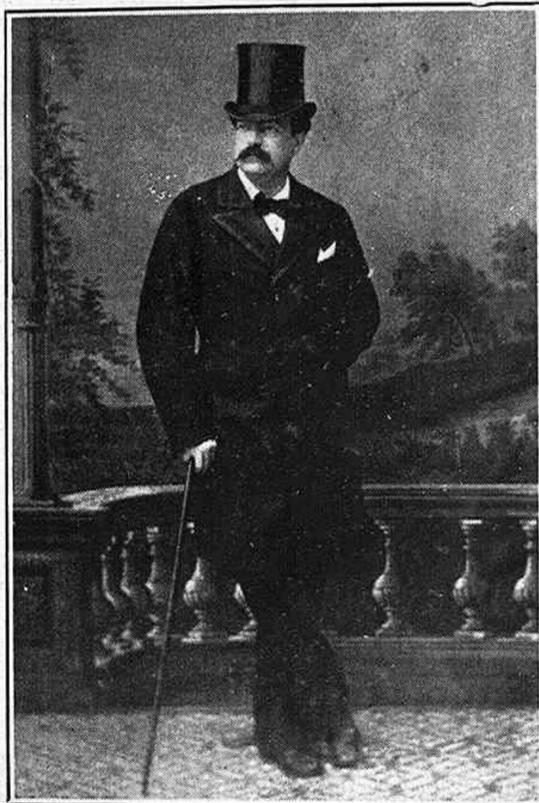
Una perspectiva de la maravillosa ciudad andaluza. Terrazas y voladizos de Sevilla. Al fondo, la Catedral y la Giralda  
(Fot. Serrano)

CÁMARA FIU



Cartel anunciador de las tradicionales y brillantes fiestas de primavera que han de celebrarse en Sevilla del 10 al 20 de Abril

## EN EL CXXX ANIVERSARIO DEL SOMBRERO DE COPA ¿SE CUMPLIRÁ LA PROFECÍA DE GUITRY?



El inolvidable actor D. Antonio Vico tocado con el sombrero de copa de su tiempo (1880)

HACE años, el gran artista francés Guitry profetizó que el sombrero de copa no caería jamás en desuso. Sin reparar en lo aventurado de su afirmación, pues otras prendas suntuarias que también alcanzaron boga increíble hoy la perdieron, la sostenía con estos argumentos de aparente fortaleza: porque es difícil llevarlo con suprema elegancia; exige un vestuario irreprochable y una verdadera distinción incoachable é inimitable de perfecto *gentleman*, por lo cual los elegantes no lo abandonarán jamás, ya que les permite distinguirse del resto de los mortales.

No precavió Guitry que entre otros enemigos comunes á todas las modas estaba el ridículo; el sombrero de copa tiene hace tiempo la predilección de los salvajes. Una vieja *tuba*, como llaman los italianos al copalta, abandonada por un cochero florentino, sirvió, y quizás sirve todavía, de corona á un soberano del centro de África, al cual han copiado otros monarcas igualmente inciviles.

Y puesto á hablar del primer hombre sin civilizar que ha usado el sombrero de copa, no parecerá insólito ni fuera de lugar citar al inventor de los *bombe*, *cope*, *minó*, *hauts de forme*, *stai*, etc., que en lenguas extrañas quiere decir sombreros de copa.

¡Quién creería que la tal tapadera del alcázar del talento—del talento de quien puede ufanarse de poseerlo, pues no es lo más corriente verlo cubriendo cabezas de seso, ni lo ha sido, sino lo contrario, que habrá cubierto más cabezas vacías que rellenas—; quién creería, repito, que tal tapadera, marchamo de elegancia y aristocratismo, armara una trifulca más que regular, poco menos que un motín, el día de su aparición! Nadie sospechara en aquella fecha que este símbolo de las clases defensoras del orden provocara un desorden al presentarse á la pública admiración.

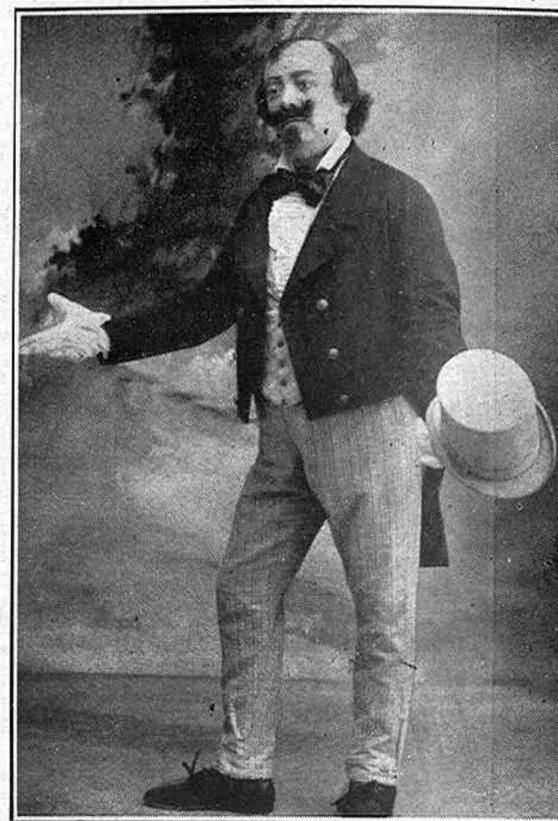
Sin embargo, así fué. En 15 de Enero de 1797—se han cumplido ciento treinta años justos y cabales—se le ocurrió á un comerciante londinense, llamado Hotherington, salir á la calle con aquel extraño tocado. Produjo tan estupefaciente efecto en el público y provocó tales manifestaciones de burla, desagrado y hostilidad, que á los pocos pasos el innovador fué detenido por la policía.

Conducido ante el Lord Mayor como perturbador del orden público, Hotherington se vió obligado á depositar una fianza de un valor equivalente á diez mil pesetas nuestras—lo que en aquel tiempo era una cantidad mucho más respetable que hoy, con serlo hoy no poco—para quedar en libertad provisional.

Los agentes de policía y los testigos de la algarada declararon en el proceso que el monumento llevado por el acusado «había espantado á los transeuntes y provocado asombro y horror tales que algunas señoras se habían desmayado, los niños habían prorrumpido en gritos de terror y en lloros rabiosos, como si vieran al coco; los perros se habían lanzado á ladrar desenfadadamente, y, en fin, la zalgarda armada había llegado hasta hacer que un chicuelo, huyendo espantado, se cayese y se rompiese un brazo.

Ni el Lord Mayor ni Hotherington ni cuantos se espantaron ó se burlaron del primer sombrero de copa pudieron sospechar que un siglo más tarde había de ser una prenda elegante, hasta el punto de adoptarla los soberanos más distinguidos en los más solemnes momentos de la etiqueta.

Luego, al extenderse la boga de tal sombrero y rebajarse hasta llevarlo clases mesocráticas, hizo que no pocos ingenios se dedicasen á explicar la psicología del sombrero de copa. Yo recuerdo hace muchos años haber leído no sé dónde unas líneas muy ingeniosas acerca del modo de llevar el tal sombrero los cómicos en escena, según el personaje que representaban: labio superior apuradamente rasurado, frac á cuadros, las manos en los bolsillos del pantalón, el *cilindro* inclinado, como la Torre de Pisa y como la derruida de Zaragoza; he aquí el tipo del negociante en cerdos—y ciertamente también la caricatura ha representado siempre así al *yankee*—; *tubo* derecho, cabellera prolija cayendo por encima de la espalda, bien guardada por peludo



El popular actor cómico D. Vicente García Valero con el sombrero de copa del año 1840

abrigo negro: he aquí el artista, probablemente condecorado; caído sobre la nuca é inclinado hacia la derecha: he aquí al hombre *chic* de antaño. *Tait* arrugado como el fuelle de un acordeón y erizado y deshilachado..., con sólo asomar el actor, sin necesidad de mostrar más indumento, denotaba un funcionario gubernativo cesante. Chaquetilla destrozada, las rodillas asomando por los calzones, los pies desnudos y un sombrero de copa llevado como si estuviera colgado de una percha: un *pazzariello napolitano* que anunciaba la apertura de un nuevo despacho de macarrones; copalta blanco, adornado de flores, chaquetilla corta española, calzón francés, botas claras de caña, guitarra á la espalda: un maestro de cante que iba á dar una serenata...; es decir, un personaje de *españolada*. La época en que el sombrero de copa alcanzó más alta forma que la del romanticismo, alternó con los cabellos largos y con las barbas. Por cierto que se halla una extraña semejanza entre Verdi y Alfredo de Musetti en los retratos de mitad del siglo pasado.

Verdaderamente, después de haber llegado á la cúspide, siquier un poco cómica, de trocarse en corona de rey salvaje, nada extraño es que le *huit reflets* llegue á ser destronado del reino de la Moda.

ENRIQUE GONZALEZ FIOL

### NUEVO MUNDO

ha publicado ayer viernes un selectísimo número, que une á su brillante contenido literario las notas más interesantes de la actualidad española.

PUBLICA DICHO NUMERO:

Una interesantísima novela corta de Alfonso Hernández Catá, el gran escritor, maestro de este difícil género literario. Eugenio d'Ors, José María Salaverría, Emilio Carrère, Ramón Gómez de la Serna, Luis de Tapia, José Francés, Alfonso Camín, José Montero Alonso, González Blanco, García Maroto, Lorenzo Rodero, Juan Brasa, Anaya Ruiz, Salamero, Guardiola y otros escritores, publican artículos, cuentos, poesías é informaciones en este número, en el que también se insertan Amenísimas páginas de «K-Hito», de Caricaturas mundiales y de Pasatiempos.

### NUEVO MUNDO

recoge y comenta siempre las notas salientes de la vida española.

### NUEVO MUNDO

es la Revista española que por menos precio da más interesante original literario y más amplia información de actualidad.

### NUEVO MUNDO

se vende en toda España al precio de

CINCUENTA CÉNTIMOS el ejemplar.